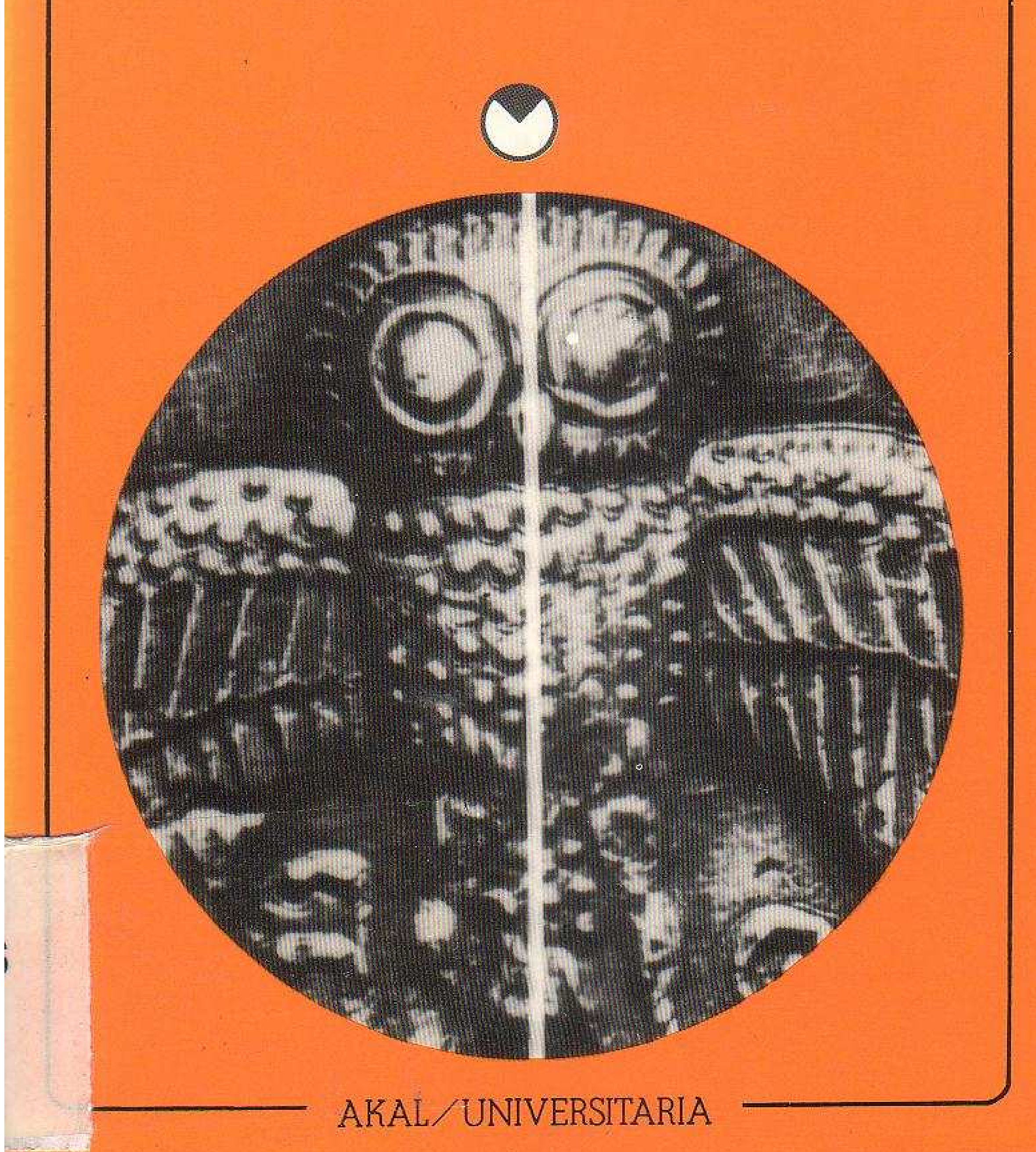
Claude Mossé

Historia de una democracia: Atenas



AKAL / UNIVERSITARIA

Claude Mossé

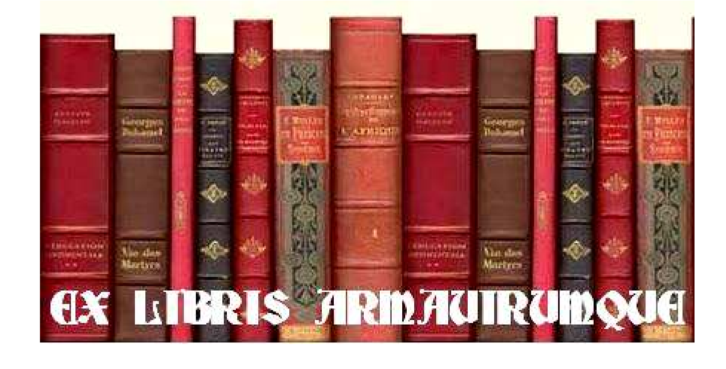
HISTORIA DE UNA DEMOCRACIA: ATENAS

(Desde sus orígenes hasta la conquista macedonia)
(Traducción: Juan M. Azpitarte Almagro

Los Berrocales del Jarama Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 636 56 11 - 636 49 11
Depósito Legal: M-27.440-1987
ISBN 84-7600-225-4
Impreso en Gráficas GAR
FUENLABRADA (Madrid)

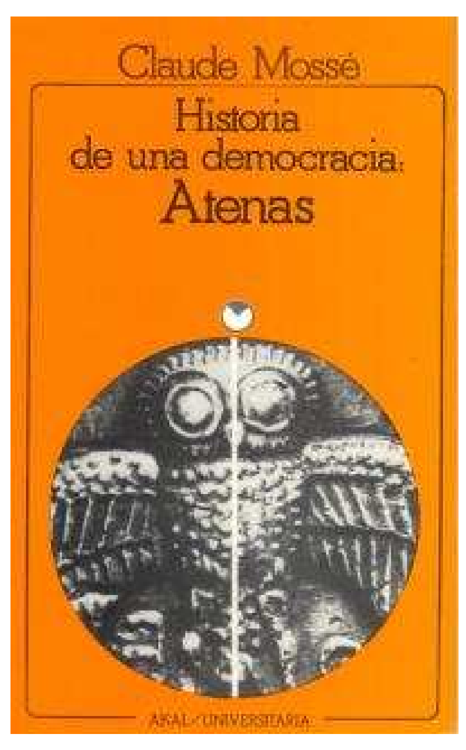
AKAL

Maqueta: RAG

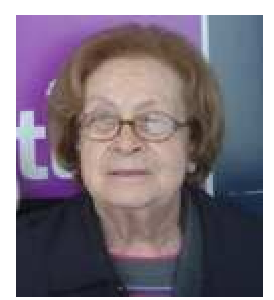


Claude Mossé
Historia de una democracia: Atenas

La civilización que alcanza su plenitud entre los siglos VIII y IV antes de nuestra era en la península Balcánica y sobre las costas del mar Egeo es una de aquéllas a las que el hombre de hoy suele referirse con más agrado. Los griegos estuvieron entre los primeros en plantear, si no en resolver, algunos de los problemas más esenciales que debe afrontar la inteligencia humana. Sin embargo, nada aparentaba en principio el destino de este país de recursos limitados, de árido suelo, de clima intemperado, destino que lo iba a llevar a una primacía tal, nada sino un conjunto de circunstancias que alumbraron un tipo de estado original, la ciudad, que iba a constituir el marco privilegiado de una experiencia política excepcionalmente rica.



Suele hablarse de civilización griega, de historia de Grecia. Ciertamente, los griegos tenían el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad, sentimiento que debió afirmarse particularmente a lo largo de las luchas llevadas a cabo contra los bárbaros. Hablaban la misma lengua, honraban a los mismos dioses, se divertían con los mismos deportes y con los mismos juegos de ingenio. Pero cada ciudad constituía un estado autónomo, y entre una y otra existían grandes diferencias. No olvidemos que la más larga y dura de las guerras de la historia griega, la guerra del Peloponeso, fue una guerra entre ciudades griegas. De entre tales ciudades, hay una cuya historia conocemos mejor, hay una cuya vida nos resulta más próxima y más familiar: Atenas.



Cabe preguntarse por el carácter excepcional de la documentación ateniense, si fue obra del azar o consecuencia del eminente papel que la ciudad de los atenienses fue inducida a jugar dentro del mundo egeo durante casi dos siglos.

Claude Mossé, nacida en 1925, especialista en la historia de la antigua Grecia, historiadora francésa. Es parte de equipo de la escuela francesa de historia antigua con Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet. Ella ha capacitado a los historiadores como Alain Schnapp.

Hija de un comerciante de vino, Claude Mossé nació en el distrito XVI de París. Su primer contacto con Grecia tuvo lugar en el oscuro invierno del año 1941 en que la adolescente y brillante estudiante del Liceo Jules Ferry descubre un texto de Demóstenes, un vibrante elogio de la libertad y la democracia. Bajo las ventanas marchaban los ejércitos del Reich y sus padres, de origen judío, viven en el temor de una denuncia; este texto tendrá el efecto de una revelación. Ella decide dedicarse exclusivamente al estudio de Grecia. Estudió durante 25 años el declive de la ciudad griega en siglo IV a.C., que será el tema de su tesis doctoral. Si, desde entonces, se ha cuestionado la idea de una caída desde el siglo IV a. C., los análisis que ofrece para la historia económica siguen siendo esenciales. De inspiración marxista, su método primero tiene el mérito de la renovación de un tema hasta entonces dominado por estudios que presentó la lucha patriótica y nacionales aspectos de la cuestión griega.

Profesora emérita de la Universidad de París VIII, escribió unos 20 libros, principalmente en la Grecia clásica (siglo V a. C.) y cuarto siglo a. C. y período helenístico (finales del siglo IV a.C. en la conquista romana). También es autora de una novela de misterio histórico, asesinato en el Ágora, que acontece en Atenas en 349 a.C.. Sus obras están traducidas en diferentes idiomas (inglés, español, alemán, italiano).Claude Mossé llevó la redacción de los artículos en la sección "Historia de la Grecia antigua" de la *Encyclopædia Universalis*.

INDICE*

* La paginación corresponde a la edición original. Las ilustraciones se han obtenida de diversa procedencia dada la malísima calidad de la reproducción de la edición original [Nota del escaneador]

NOTA DEL TRADUCTOR

Para la traducción de los fragmentos de textos clásicos del original francés, se han utilizado las siguientes ediciones:

TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso,* (3 vol.), Trad. de Francisco Rodríguez Adrados. Ed. Hernando, Madrid 1967. 2ª Ed.

TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso* (Antología). Trad. de José Alsina. Ed. Guadarrama, Madrid 1976.

ARISTÓTELES: *La constitución de Atenas,* Trad. de Antonio Tovar. Ed. Instituto de Estudios políticos. Madrid 1970.

ARISTÓFANES: *Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata.* Trad. de Francisco Rodríguez Adrados. Editora Nacional. Madrid 1975.

ARISTÓFANES: *Los asambleístas.* Trad. de Antonio López Eire. Ed. Bosch. Barcelona 1977.

ARISTÓFANES: *Comedias completas* (2 vol.). Trad. de Ed. Iberia. Barcelona 1965.

DEMÓSTENES: *Discursos escogidos.* Trad. de E. Fernández-Galiano. Ed. Nacional. Madrid 1979.

DEMÓSTENES: *Discursos políticos.* Trad. de Montserrat Corominas y Esteban Molist Pol. Ed. Iberia. Barcelona 1955.

JENOFONTE: *Historia griega* (2 vol.) Trad. de Juan B. Xuriguera. Ed. Iberia. Barcelona 1965.

JENOFONTE: *Helénicas.* Trad. de Orlando Guntiñas Tuñón. Ed. Gredos. Madrid 1977.

LISIAS: *Discursos* (2 vol.) Trad. de Manuel Fernández-Galiano. Ed. Alma Mater. Barcelona 1954.

PLUTARCO: *Vidas paralelas* (2 vol.) Trad. de Antonio Ranz Romanillos. Ed. librería El Ateneo. Buenos Aires 1952, 2ª Ed.

ESQUILO: *Los persas.* Trad. de José de la Cruz Herrera, recogido en el vol, titulado *Poetas dramáticos griegos,* Ed. Exito, Barcelona 1951.

ISÓCRATES: *Discursos.* (2 vol.) Trad. de Juan M. Guzmán Hermida. Ed. Gredos. Madrid 1980.

Procedencia de las ilustraciones de esta edición digital:

http://rubens.anu.edu.au/htdocs/bytype/arch.sources/stuart.revett/
http://www.fortunecity.es/imaginapoder/artes/154/escgrecia2.html
http://educators.mfa.org/objects/browse?related_people_text=Painter+N&pageSize=90&page=2
http://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Greek_antiquities_in_the_Louvre_-_Room_43
http://commons.wikimedia.org/wiki/Museo_Archeologico_Nazionale_(Naples)#Other_Sculptures_.28Catalogue.29
http://www.flickriver.com/photos/mharrsch/tags/cup/
http://www.hellenica.de/Griechenland/LX/GriechischeVasenmalerei.html
http://www.cvaonline.org/cva/projectpages/cva1.htm
http://www.lessing-photo.com/search.asp?a=L&lc=202020204399&co=&ci=&ln=National+Archaeological+Museum%2C+Athens%2C+Greece&p=1&ipp=6

La civilización que alcanza su plenitud entre los siglos VIII y IV antes de nuestra era en la península Balcánica y sobre las costas del mar Egeo es una de aquéllas a las que el hombre de hoy suele referirse con más agrado. Los griegos estuvieron entre los primeros en plantear, si no en resolver, algunos de los problemas más esenciales que debe afrontar la inteligencia humana. Sin embargo, nada aparentaba en principio el destino de este país de recursos limitados, de árido sol, de clima intemperado, destino que lo iba a llevar a una primacía tal, nada sino un conjunto de circunstancias que alumbraron un tipo de estado original, la ciudad, que iba constituir el marco privilegiado de una experiencia política excepcionalmente rica.

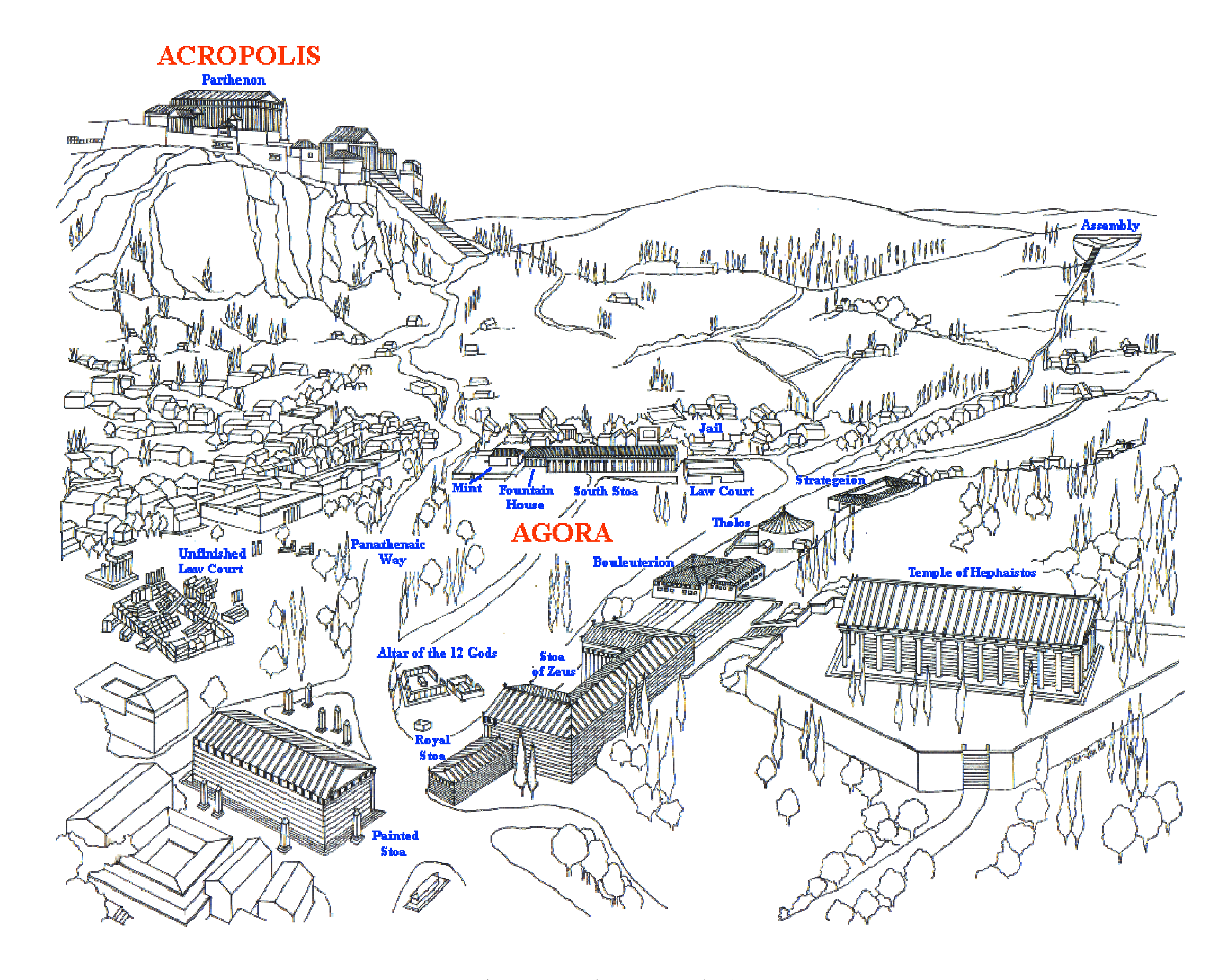
Suele hablarse de civilización griega, de historia de Grecia. Ciertamente, los griegos tenían el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad, sentimiento que debió afirmarse particularmente a lo largo de las luchas llevadas a cabo contra los bárbaros. Hablaban la misma lengua, honraban a los mismos dioses, se divertían con los mismos deportes y con los mismos juegos de ingenio. Pero cada ciudad constituía un estado autónomo, y entre una y otra existían grandes diferencias. No olvidemos que la más larga y dura de las guerras de la historia griega, la guerra del Peloponeso, fue una guerra entre ciudades griegas. De entre tales ciudades, hay una cuya historia conocemos mejor, cuya vida nos resulta más próxima y más familiar: Atenas. Cabe preguntarse por el carácter excepcional de la documentación ateniense, si fue obra del azar o consecuencia del eminente papel que la ciudad de los atenienses fue inducida a jugar dentro del mundo egeo durante casi dos siglos. La realidad consiste en una extraordinaria riqueza de documentos de todo tipo, una profusión de textos históricos, literarios, filosóficos, jurídicos, inscripciones, figuras monumentales, que hacen de Atenas no sólo la mejor conocida de las ciudades griegas sino también la ciudad griega por excelencia.

Sin embargo, los albores de Atenas fueron modestos. Ciertamente, los atenienses figuran en el catálogo de los barcos de *La Ilíada,* y las excavaciones han revelado la existencia de un establecimiento relativamente importante sobre la acrópolis de la época micénica. Sin embargo, se encuentra lejos de soportar la comparación con los de Micenas o Filos. Cuando las ciudades griegas salen de los cuatro siglos obscuros que siguen a la destrucción de los estados micénicos, en los albores del siglo Atenas vive en una relativa penumbra. No participa en el gran movimiento de colonización que comienza hacia mediados del siglo VIII, y es en otra parte, en Jonia, en las islas, donde se afirman las primeras manifestaciones intelectuales griegas, donde nacen la epopeya, la poesía lírica, la reflexión científica. Es también en otra parte donde se operan las grandes subversiones sociales y políticas, la revolución de los hoplitas, la redacción de las leyes, la tiranía.

Mapa del Ática



Lucha entre Atenea y Poseidón por la posesión del Ática. (Reconstrucción del frontón oeste del Partenón.)



Atenas en la época clásica.

Posteriormente, al comienzo del siglo VI, todo cambia. Rápidamente, a lo largo de todo el circuito del Mediterráneo, la cerámica ática sustituye a las vasijas llegadas de Asia, de las islas y de Corinto. A la vez, Atenas entra en la historia, historia que se revela sacudida por violentos disturbios: la conspiración de Culón, la codificación de Dracón, las reformas de Solón, la tiranía de Pisístrato jalonan el final de los siglos VII y VI. Esta época de desórdenes finaliza con el establecimiento de la democracia por Clístenes. Desde entonces se abre para Atenas la vía real. Victoriosa sobre los persas en Maratón y Salamina, surge como la garantía más segura de la paz y de la libertad en el Mar Egeo, reuniendo a su alrededor a las ciudades griegas que espontáneamente reconocen su hegemonía. Mientras que el *demos** afirma cada vez más su autoridad en la dirección de la ciudad, Atenas, convertida en el centro económico y comercial del mundo egeo, goza de una notable prosperidad bajo la perspicaz dirección de Pericles. Los tributos y las ofrendas afluyen sobre la acrópolis, y las grandes festividades religiosas son el pretexto para afirmar la primacía de la ciudad de Atenea, donde convergen los mejores artistas y

* Los términos seguidos de un asterisco están explicados en el léxico que se encuentra al final del libro.

los espíritus más penetrantes de todo el mundo griego. Aunque tal grandeza tenga su otra cara: el dominio cada vez más apremiante que ejerce Atenas sobre las ciudades egeas. Y estas empiezan a querer emanciparse. De ahí nacerá la guerra del Peloponeso, en donde se enfrentan durante más de un cuarto de siglo las ciudades griegas detrás de las dos más grandes, Esparta y Atenas. Guerra que debía tener consecuencias muy graves para la totalidad del mundo griego. Deseada por los atenienses, que la preveían corta y victoriosa, iba a consumarse con la ruina de su Imperio, mientras que, por dos veces, la democracia ateniense era amenazada desde el interior por los que no admitían el principio de la soberanía del demos. Inmediatamente después de la guerra, los campos quedaron devastados, la explotación minera de Laurión interrumpida y el Pireo abandonado por una parte de los comerciantes extranjeros que allí hacían fortuna. Claro es que, Atenas, fortalecida por todo el capital productivo acumulado en el siglo precedente, ejerce todavía un buen papel, y la reconstrucción parcial del Imperio a partir del año 387 proporciona a los atenienses la ilusión de que todavía son los dueños del Egeo. Pero la realidad se encarga crudamente de disipar esa ilusión. La disgregación del Imperio persa hace menos urgente la protección de Atenas y los aliados no tardan en sacudir un yugo que, para responder a las necesidades financieras, se ha endurecido a pesar de las promesas. La segunda mitad del siglo IV deja ver a una Atenas debilitada, desgarrada por las luchas entre facciones, víctima de crecientes dificultades financieras, tratar de resistir en vano a los asaltos de un recién llegado al mundo egeo, Filipo, el rey de los macedonios. Los atenienses consiguen, en un postrer esfuerzo y empujados por la elocuencia de Demóstenes, constituir una coalición griega frente a Filipo. Pero la derrota de los griegos en Queronea es el final definitivo de cualquier sueño de hegemonía. Mientras que en Oriente se desarrolla la prodigiosa aventura de Alejandro, los atenienses viven sus postreros años de independencia real en medio de querellas de partidos y de ajustes de cuentas entre politicastros hostiles al Macedonio o, por el contrario, subyugados a él. Bien es verdad que se hace un meritorio esfuerzo por reconstruir un ejército cívico y volver a ordenar las finanzas, esfuerzo al que permanece ligado el nombre del orador Licurgo. Pero Atenas, privada de sus posesiones exteriores, corre el riesgo de la asfixia y la ciudad se encuentra en varias ocasiones al borde del hambre. La muerte de Alejandro suscita una última esperanza que rápidamente se apaga. El general macedonio Antipatros toma la ciudad en el año 322 a.C. e impone a los atenienses una constitución oligárquica que obliga a los más miserables de entre ellos a emprender el camino del exilio. Desde entonces, presa entre los diversos pretendientes a la sucesión de Alejandro, sin dejar de soñar con una imposible revancha, Atenas sólo es la caricatura de lo que había sido. Y cuando los romanos llegaron a poner orden dentro del mundo oriental, colmaron a los atenienses de honores inversamente proporcionales a la debilidad de la ciudad que había dominado al mundo griego durante dos siglos.

No hay por menos que impresionarse por un destino tan brillante y tan frágil. Es tentadora la comparación con Roma, cuyos comienzos recuerdan a los de Atenas, pero que supo darle otras prolongaciones. ¿Acaso los romanos, que consiguieron transformar su hegemonía sobre Italia en un Imperio mediterráneo fueron más hábiles o menos egoístas que los atenienses? ¿O fue la democracia la que condenó a Atenas a su inevitable declive, como algunos han pretendido con intenciones fáciles de adivinar?

Demasiados falsos problemas ante los que nada tiene que hacer el historiador. Para éste, resulta indispensable tratar de comprender una realidad tan compleja y tan frecuentemente contradictoria. Es lo que trataremos de hacer en las páginas siguientes. Para ello, seguiremos un plan cronológico, y cuando la documentación nos permita entrever sus mecanismos, analizaremos las instituciones y las diferentes manifestaciones de la vida intelectual y religiosa, situadas de esta forma en su contexto y en su evolución.



1
LA CONQUISTA DE LA DEMOCRACIA: DE SOLÓN A PERICLES

«Pues amamos la belleza con poco gasto y la sabiduría sin relajación; y utilizamos la riqueza como el medio para la acción más que como motivo de jactancia, y no es vergonzoso entre nosotros confesar la pobreza, sino que lo es más el no huirla de hecho. Por otra parte, nos preocupamos a la vez de los asuntos privados y los públicos, y gentes de diferentes oficios conocen suficientemente la cosa pública; pues somos los únicos que consideramos no hombre pacífico, sino inútil, al que nada participa en ella, y además, o nos formamos un juicio propio o al menos estudiamos con exactitud los negocios públicos, no considerando las palabras daño para la acción, sino mayor daño el no enterarse previamente mediante la palabra antes de poner en obra lo que es preciso.»

Haciendo el elogio de los guerreros muertos durante el primer año de la guerra del Peloponeso, Pericles caracteriza a sus compatriotas por este amor al diálogo, al que por lo demás debemos nuestro conocimiento de los atenienses. Más que cualquier otro pueblo de la Grecia antigua, el ateniense dejó innumerables testimonios de su vida cotidiana, en los discursos políticos o en los informes judiciales, en el teatro o en los diálogos filosóficos, que, mejor que los textos oficiales, siempre impersonales y que frecuentemente constituyen nuestra única documentación, nos permiten acceder a la intimidad de los hombres que durante dos siglos dominaron el Mar Egeo y dejaron testimonios que causan «la admiración de las gentes de hoy y del futuro, sin depender, para el elogio, del canto de un Homero ni de otro poeta capaz de seducir por el momento con sus versos, pero cuyas arbitrarias ficciones la verdad de los hechos se encargará de refutar».

Sin embargo, los atenienses sólo adquirieron esa primacía a costa de una lenta evolución, plagada de brutales sacudidas, cuyo recuerdo es menester para comprender mejor lo que fue el excepcional destino de su ciudad.

El Ática tiene una superficie de 2.650 Km^2. Es una península que avanza en el Mar Egeo, con costas recortadas por profundas escotaduras. El relieve es elevado, particularmente hacia el oeste, donde el Citerón y el Parnés cuentan con una altura de 1.400 m; en el este, las alturas del Pentélico y del Himeto alcanzan los 1.000 m. En el centro, el valle del Cefiso constituye la llanura más importante. Las otras llanuras, la de Eleusis, la Mesogea y la de Maratón, son de reducidas dimensiones. El clima es seco, cálido el estío y con un invierno caracterizado por violentas lluvias. La vegetación es pobre. Pocos bosques en los terrenos altos, aunque el monte bajo se extiende mucho. En las llanuras, y sobre la pendiente de las colinas, los cultivos de la vid y del olivo sustituyeron muy pronto a los cultivos del cereal, salvo quizá en la llanura de Eleusis, particularmente fértil. Pocos terrenos de pasto, salvo en el valle del Cefiso (el «blanco Colono rico en caballos» evocado por Sófocles). En suma, un país pobre.

LOS COMIENZOS

El pasado lejano de Atenas sólo nos es conocido a través de relatos míticos. Los atenienses se consideraban autóctonos, pero la arqueología, la toponimia e incluso las mismas tradiciones míticas tienden a probar que el Ática estaba ya habitada antes de la llegada de los griegos a la Península Balcánica. En la época micénica existió un «palacio» sobre la acrópolis; pero lo más probable es que la autoridad del señor de este palacio no se extendiera más allá del valle del Cefiso. En efecto, el Ática se presentaba a la sazón como un conglomerado de pequeños «principados», y la tradición ha conservado el recuerdo de las luchas que llevaron unos contra otros, bien aisladamente, bien agrupados en el seno de comunidades constituidas en torno a un santuario. Generalmente se piensa que la unificación partió de la *tetrakomia* de Maratón, quedando agregado el nombre de Teseo al senequismo que reunió en una sola ciudad a las diferentes aldeas del Ática. Solamente Eleusis y Salamina conservaron su autonomía durante un mayor periodo, antes de caer bajo la autoridad de los «reyes» de Atenas. ¿De cuándo data tal sinequismo? Es casi imposible contestar. Se ha señalado que los atenienses figuran en el «catálogo» de las naves de *La Ilíada.* Pero este dato es poco indicativo en cuanto que ese pasaje del poema es tradicionalmente considerado como una interpolación tardía.

También es difícil conocer a partir de qué momento el poder del rey se encuentra limitado por el control de un consejo aristocrático con sede en la colina del *Areópago *,* dividido posteriormente en tres magistrados elegidos en lo sucesivo para un periodo que acabó por estar limitado a un año. Un hecho resulta cierto: aunque a partir del final del siglo VIII Atenas sea ya una *polis*,* los particularismos regionales siguen perviviendo en el sostenimiento de querellas entre los principales jefes de las *gens*,* de las familias aristocráticas. Si se trata de imaginar efectivamente lo que podía ser la sociedad ateniense al principio del siglo VII a partir de algunas figuras representadas y, sobre todo, a partir de tradiciones que se perpetuarán durante largo tiempo, ésta aparece dominada por una aristocracia guerrera, dueña de la tierra y del poder político, que tiene en sus manos los principales sacerdocios y que es la dispensadora de la justicia y del derecho. La masa popular constituye para esta aristocracia una especie de clientela, asociada en el seno de las *fratrías* al* culto del antepasado común de la gens, consultada a veces en asambleas cuyo recuerdo han conservado los poemas homéricos, pero económica y socialmente dependiente, sin que podamos ponderar con precisión en qué consistía tal dependencia. Entre la aristocracia y este campesinado dependiente existe un grupo intermedio de campesinos libres lo suficientemente desahogados como para poder adquirir una *panoplia** y servir en esa fuerte falange los *hoplitas*,* que, a partir de mediados de siglo, constituye la fuerza militar de la ciudad. En cuanto a los artesanos, son todavía poco numerosos, y están sin duda ligados a los nobles para los que trabajan.

En los últimos decenios del siglo VII, Atenas, que había permanecido al margen del gran movimiento de colonización abierto a mediados del siglo VIII, entra propiamente hablando en la historia. El primer episodio conocido es, hacia el año 630, la, tentativa de un tal Cilón para apoderarse de la tiranía. Este, un joven aristócrata

vencedor en Olimpia, se apoderó de la acrópolis con la ayuda de algunos amigos y de refuerzos enviados por su suegro Teágenes el de Megara. Pero el arconte Megacles llamó al pueblo a las urnas y éste acudió en masa a sitiar la acrópolis. Cilón y sus compañeros tardaron en rendirse y fueron muertos por orden de Megacles, que en este caso no tuvo en cuenta el carácter sagrado de la acrópolis, cometiendo así un sacrilegio cuya maldición caería sobre todos los miembros de su gens, la de los Alcmeónidas, que no tardaron en tomar el camino del exilio. Debemos el relato de la tentativa de Cilón a Herodoto y a Tucídides. Ambos recurren a una fuente favorable a los Alcmeónidas, que aparecen así como los «protectores» naturales del demos. Pero deducir a partir de aquí, como han hecho algunos historiadores contemporáneos, que Cilón trató de apoderarse del poder para defender los intereses de la nobleza amenazados por una determinada redacción de las leyes, es un paso bastante difícil de dar. Mucho más verosímil es replantear la tentativa de Cilón en el marco de las luchas entre facciones aristocráticas que continuaron durante parte del siglo siguiente. En cuanto al papel del demos del campo, es más que dudoso el pretendido activismo que le atribuye Tucídides, en cuanto que hubiera tomado partido por Megacles en contra de Cilón.

Sin embargo, es indudable que este demos adquiría cada vez más peso en la vida de la ciudad. Las transformaciones del ejército comportaron el aumento de la clase de hombres en disposición de ser armados. Y estos pudieron desear que el derecho de las gens fuera sustituido por una ley conocida por todos y capaz de poner fin a las *vendettas* que enfrentaban a las familias aristocráticas entre sí. La codificación de Dracón, redactada en los últimos años del siglo VII, constituye la primera tentativa, aunque limitada a los asuntos criminales, de instituir un derecho común para todos y de finalizar con las prácticas de venganza familiar. Pese a las afirmaciones de los oradores del siglo iv, es dudoso que Dracón redactara un código completo de leyes, y menos probable aún es el hecho de que estableciera en Atenas una nueva constitución. Aunque perjudicaran a los privilegios jurídicos de las viejas *gentes*, las leyes de Dracón no atacaron de ninguna manera el monopolio político de la aristocracia, al igual que tampoco amenazaron su dominio social.

SOLÓN

Sin embargo, la crisis a la que permanece ligado el nombre de Solón iba a estallar poco después. Con excepción de los poemas políticos de Solón, cuya interpretación no es siempre fácil, de esta crisis sólo poseemos testimonios tardíos que han podido falsear el sentido real de los acontecimientos. Dos hecho parecen probárnoslo: por una parte, la situación de dependientes, de hectómoros (es decir, obligados al pago de la sexta parte) en la que se encontraban la mayor parte de los campesinos atenienses. Por otra, el progresivo endeudamiento de la masa campesina y la amenaza de reducción a la esclavitud que pesaba sobre ella. Los dos hechos, evidentemente, están ligados, pero no es tan fácil reconstruir el proceso que va de uno a otro. ¿Llega uno a ser hectómoro por endeudamiento o bien la deuda resulta de la imposibilidad para pagar la renta de la sexta parte? Problema casi insoluble pero que, en cualquier caso, desemboca en una situación

de crisis que alcanza su paroxismo en los primeros años del siglo VI.

Solón, elegido *arconte** en el año 594, iba a tratar de resolverla. El mismo pertenecía a la aristocracia, pero, bien por temperamento, bien por necesidad, había sido inducido a «viajar», lo que le colocaba un poco al margen de la aristocracia tradicional. Consciente de la amenaza que representaba una agitación campesina que hubiera podido desembocar en la tiranía, rechazando por su parte el convertirse en tirano, proclama la *seisacteia*,* o sea la «supresión de las cargas», arrancando los lindes de los campos que concretaban el estado de dependencia de sus propietarios, suprimiendo al mismo tiempo las deudas y prohibiendo para el futuro la esclavización por endeudamiento, dedicándose a hacer volver al Ática a todos los que, reducidos a la esclavitud, habían sido vendidos fuera. Así resumidas, tales medidas plantean bastantes problemas: ¿Cuán era a la sazón el estatuto exacto de las tierras? ¿A cuánto se elevó el número de atenienses que pudieron volver al Ática? ¿De qué manera volvieron a poseer sus tierras? Un hecho si es seguro: Solón, al proclamar la sesacteia, liberó a los campesinos atenienses de un estado de dependencia que jamás volverá a tener efecto en la historia de Atenas, pero rechazó la realización de lo que reclamaban la mayoría de ellos: el reparto del suelo de la patria. De la existencia de una reivindicación tal no podemos dudar en cuanto que Solón nos da testimonio de ella, lo que no es obstáculo para preguntarse acerca de cómo pudo convertirse en la reivindicación fundamental de la masa del demos ateniense, qué «modelo» pudo inspirarla. No hay que olvidar el carácter aún primitivo de esta sociedad campesina, la ausencia de un verdadero programa político en estos campesinos en estrecha dependencia de la aristocracia. Debemos pensar en las reglas que presidían el reparto de la cosecha, el del suelo colonial, quizá siguiendo ya el ejemplo espartano. Sea como fuere, no deja de ser interesante el encontrar encarnado en esta Atenas de comienzos del siglo VI lo que será la consigna revolucionaria del final de la época clásica y del mundo helenístico.

La labor de Solón no se limitó a la seisacteia. La completaron otras medidas jurídicas, políticas y económicas. En el plano jurídico, Solón aparece como el legislador de Atenas por excelencia. Promulgó una serie de leyes que fueron proclamadas públicas, creando de esta forma un derecho ateniense común para todos. En el plano político, habría creado, paralelamente al Areópago, un consejo de cuatrocientos miembros que anuncia la futura *bule** clisteniana. Sin embargo, se ha puesto en duda justamente la existencia de ese consejo, que aparece como un invento posterior de la propaganda moderada, cuando algunos, al final del siglo V, quisieron oponer a la democracia radical una pretendida constitución de Solón. De igual manera, habría repartido al conjunto de los ciudadanos en cuatro categorías censatarias que subsistieron durante toda la historia de Atenas. A las dos primeras, *pentacosiomedimnos** y caballeros, estaban reservadas las principales magistraturas. Los *zeugitas** agrupaban al conjunto de los campesinos de mediana condición, capaces de equiparse como hoplitas. La última clase, la de los *tetes*,* englobaba a los demás atenienses, a la masa de campesinos pobres y a los artesanos no extranjeros. ¿Qué intención guiaba a esta nueva división de los ciudadanos? Seguramente tenía, de entrada, un objetivo preciso: definir las cargas militares de cada uno. Pero el hecho de que esta definición se hiciera en función de la fortuna y no del nacimiento —lo que en primer lugar comportaba la división de la clase de los privilegiados en dos clases

distintas— descubría, a la vez que un profundo cambio de mentalidad, la voluntad de Solón de subsistir por nuevos criterios las viejas costumbres aristocráticas. Aunque todavía, por lo que respecta a la época inmediata, eso no haría sino reforzar la autoridad de la aristocracia, en tanto que a ésta le seguía estando reservado el ejercicio de las magistraturas, al igual que solamente ella tenía la misión de administrar la justicia en virtud de la nueva codificación de leyes instituida por Solón. Pero al codificar una autoridad que hasta entonces fue, podríamos decir, de derecho divino, Solón le fijó unos límites a los que la evolución posterior iba a conceder su sentido pleno.



Los «tiranicidas»: Harmodio y Aristogitón. (Obra romana, Museo Nacional de Nápoles.)

Se insiste también asiduamente en las medidas económicas de Solón, al que no se duda en convertir en el promotor de la futura potencia comercial de Atenas. No se conoce con precisión gran cosa de esta política. Actualmente sabemos que, si bien en Atenas circularon monedas en época de Solón, sólo después, hacia el año 575, comenzaron las primeras emisiones atenienses. Por lo demás, es indudable que promulgó una reforma de pesos y medidas, la *mina**, que a partir de ahora vale 100 *dracmas**, en lugar de las 73 (o 70) que valía anteriormente. Se han hecho muchas conjeturas sobre el sentido de esta medida en la que, desde el siglo IV, se ha querido ver una especie de devaluación. En realidad, es preciso pensar antes en un deseo de ajustar las medidas ponderables atenienses con otras en vigor en la cuenca mediterránea, singularmente las de las ciudades aqueas de Italia del Sur, lo que comportó la existencia de un sistema regular de intercambios y relaciones. Pero si se quiere ir más allá, se tropieza con dificultades extremas: el total silencio de las fuentes incita a formular hipótesis que reposan frecuentemente en certidumbres muy débiles. De esta manera, se admite generalmente que la agricultura del Ática se modificó a partir de Solón, que los cultivos arbustivos se desarrollaron a expensas de los cereales, lo que comportaría por una parte posibilidades de aprovisionamiento regular de grano extranjero, y, por otra, la existencia de una moneda de cambio para pagar ese grano. Hemos visto que, propiamente dicha, la moneda no existía todavía. Por lo tanto, hay que admitir que el trigo importado se pagaba, bien con vasijas —aunque también sepamos que la exportación de vasijas áticas no alcanzará una amplitud real hasta el segundo cuarto del siglo VI—, bien con otros productos, en este caso aceite, único producto agrícola cuya exportación estaba autorizada.

LA *TIRANÍA** DE PISISTRATO Y DE SUS HIJOS

Sea como fuere, y aún cuando Solón no contara personalmente para nada, lo cierto es que en los años que siguieron a sus reformas, en la vida económica de Atenas se operaron trasformaciones que iban a tener un gran peso en el porvenir de la ciudad: orientación de la agricultura hacia cultivos arbustivos, búsqueda de un aprovisionamiento regular en cereales, desarrollo de la industria cerámica. Tales transformaciones iban a modificar la estructura social del Ática, aunque fueran modificaciones lentas que hasta el final de siglo no intervendrían verdaderamente. Por ahora, el problema agrario, esquivado parcialmente por Salón, seguía siendo esencial. Y no ha de extrañar la agitación que vuelve a surgir en los años posteriores a su retirada de la vida política, agitación que se sitúa en un doble plano: por una parte, resurgen con más fuerza las luchas de facciones entre gens aristocráticas, con dos años de «anarquía» durante los que no se consiguió designar un arconte epónimo. Por otra, persiste la agitación campesina.

Y la crisis no tardó en renacer. Hacia el 561, el conflicto por el poder opone a dos hombres: Licurgo, que pertenecía quizá como el orador del siglo IV al gens de los Eteobutadas, y a Megacles el Alcmeónida. Este último era hombre poderoso, casado con la hija de Clístenes, tirano de Sicione, superior a sus rivales por su prestancia y su fortuna. Los Alcmeónidas contaban con una influyente posición en el Ática a pesar de la famosa maldición que continuaba pesando sobre el gens después del asunto de Cilón, y con numerosos partidarios en la propia ciudad y en los pueblos costeros. Sin duda, ello explica el nombre de paralios, pueblos de la costa, que se dio a sus partidarios. Contra ellos, Licurgo reunió a sus partidarios, que tomaron el nombre de pedieos, habitantes del llano. Desde la antigüedad, ha querido verse en la oposición entre estos dos hombres una oposición entre grupos políticos y sociales. Licurgo representaría a la aristocracia tradicional, cuyos bienes raíces se encontraban en el Pedión, la llanura; Megacles, un partido moderado que reunía a los habitantes de la costa, dedicados al comercio, y a los artesanos ricos de la ciudad. Pero eso es un espejismo, puesto que tales categorías sociales no existían aún en la Atenas del siglo VI, donde el artesanado comenzaba tímidamente a desarrollarse, donde el comercio estaba aún en manos de los «jonios», ajenos a la ciudad. Por ello, rechazando una interpretación tan evidentemente anacrónica, algunos investigadores modernos han fijado su atención en los nombres geográficos de los partidos en litigió, para afirmar que, en un Ática aún no unificada verdaderamente, las oposiciones fueron básicamente regionales, enfrentando por ello a los jefes de clan apoyados en sus partidarios. De hecho, cuando frente a los otros dos, un tercer partido reivindicó por su parte el poder, reunió a los diacrios, habitantes de la Diacría, es decir, la región noreste del Ática, más allá de las colinas. El jefe de este tercer partido era Pisístrato, cuya familia procedía de Brauron. Sin embargo, al menos por lo que respecta a este último, la explicación «regional» parece insuficiente. Herodoto, nuestra fuente principal junto con Aristóteles, precisa en efecto que Pisístrato formó un tercer partido al observar las luchas de los otros dos, partido al que casi por burla dio también un nombre geográfico. Evidentemente, si bien Pisístrato recluta a sus primeros,

partidarios entre los habitantes de la Diacría, donde se encontraban sus bienes patrimoniales, pronto captó para su causa a todos los descontentos, fuera cual fuera su origen geográfico. De ahí el carácter «democrático» del partido de Pisistrato según Aristóteles, empleando al respecto un término resueltamente anacrónico. De esta manera, Pisístrato se inscribe en el esquema tradicional del tirano «demagogo» de la época arcaica que, para asegurarse el poder, levanta contra la aristocracia a las masas empobrecidas que esperan de él ciertas ventajas materiales.



Tetradracma de la época de Clístenes: 511-490. (B.N. Medallas.)

El desarrollo de los acontecimientos, tal como nos han sido relatados por Herodoto, confirma este análisis: «Cuando Pisístrato hubo reunido a sus partidarios y fue, por así decirlo, el jefe de los hiperacrios (o diacrios), urdió lo siguiente: se hirió a él mismo e hirió a sus muleros, tiró después su atalaje sobre el *ágora** como si hubiera escapado de los enemigos que tenían la intención de matarlo mientras se dirigía a los campos; y lanzó una petición al pueblo para obtener de él una guardia, él, que anteriormente había alcanzado la gloria en la campaña contra los megarenses, apoderándose de Nicea y consiguiendo algunas brillantes hazañas más. El pueblo de Atenas, engañado, le permitió escoger entre sus ciudadanos a trescientos hombres que fueron no los 'lanceros' de Pisistrato sino sus 'garroteros', pues con mazas de madera lo escoltaban por detrás. Esos hombres se sublevaron con Pisístrato y ocuparon la acrópolis». *(Historias,* I. 59) Es evidente que si Pisistrato pudo llevar a cabo el plan imaginado fue porque la mayor parte del demos le era ya adicta, y es significativo que el reclutamiento de los hombres de su guardia personal no lo hiciera entre los jóvenes aristócratas «lanceros», sino entre gente noble del pueblo a la que armó de gruesas mazas de madera. Aristóteles y Plutarco, que vuelven a tomar en sus aspectos esenciales el relato de Herodoto, añaden una precisión que no deja de ser extraña. Consiste en un decreto propuesto por un tal Aristión o Aristón, sometido a voto popular, para conceder a Pisístrato el privilegio de una guardia personal. Existe aquí un evidente anacronismo, aunque se admita que la decisión, propuesta por un comparsa, recibió la aprobación del demos reunido en el ágora. Por lo demás, la concesión de una guardia personal, incita a pensar que, en ese momento, Pisistrato ocupaba un puesto oficial, quizá el de *polemarco*,* lo que explicaría su papel en la guerra contra Megara.

Sea como fuere, Pisístrato contó pronto con la oposición de los otros dos partidos, que, después de haber sufrido durante un cierto tiempo su tiranía, tiempo por lo demás difícil de apreciar dadas las contradictorias indicaciones de nuestras fuentes, lo

obligaron a dejar el poder y posiblemente a tomar el camino del exilio. En esta ocasión, el demos permaneció pasivo. Y no hay que extrañarse de ello. La «conciencia política» del pueblo ateniense era aún inexistente, y frente a algunas ventajas materiales conseguidas, se desinteresaba de luchar estérilmente por un poder que no controlaba. No obstante, constituía una fuerza que podía llegar a ser temible. Y podríamos preguntarnos si no fuera esto lo que llevó a Megacles a acercarse a Pisístrato, al que concedió a su hija en matrimonio y ayudó a volver a Atenas después de un período de ausencia que Aristóteles fija en once años. Esa vuelta dio lugar a una puesta en escena que narran con complacencia nuestras fuentes: «El duodécimo año, Megacles, vejado por los partidos en pugna, negoció con Pisístrato con la condición de que éste se casaría con su hija; y lo volvió a traer de una forma muy vieja y muy sencilla. Difundió el rumor de que Atenea devolvía a Pisístrato, buscó a una alta y bella mujer, oriunda del demo de Peania según Herodoto, florista tracia que habitaba en Kollytos y de nombre Phye, según otros; la vistió de diosa y la hizo entrar en Atenas con Pisístrato, que iba en un carro con la mujer al lado. Los habitantes lo recibieron postrándose ante él y admirados.» (A. P. XIV, 4.) Este relato dice mucho sobre la ingenuidad del pueblo ateniense y sobre la prudencia con la que es preciso hablar de una opinión pública en Atenas. De cualquier forma, Pisístrato, de nuevo señor de Atenas, trató seguramente de asentar con más solidez su autoridad, lo que explica la ruptura con Megacles con el pretexto de que el matrimonio con su hija no se había consumado, y el nuevo exilio, que por ser más breve que el primero, iba a ser mucho más eficaz. Pisístrato se estableció en principio en un lugar llamado Raikelos, en el golfo termaico. De allí fue a la región del monte Pangeo, rica en minerales preciosos. Es preciso pensar que, como otros aventureros atenienses, tránsfugas de la aristocracia, explotó las riquezas naturales del país, procurándose el suficiente oro y plata para poder a continuación, establecido en Eretria de Eubea formar un ejército, desembarcar en Ática y, venciendo a sus adversarios en una batalla que se desarrolló cerca del templo de Palas Atenea, volver a entrar en Atenas, esta vez definitivamente. Hay que hacer notar que, tan pronto desembarcó, Pisístrato vio cómo acudían a él masas de partidarios procedentes tanto de la ciudad como de los campos, que lucharon a su lado contra el ejército adversario. Herodoto constata el hecho con amargura, extrañándose de que lo atenienses se hubieran dado tanta prisa en renunciar a su libertad. Sin embargo hay que admitir que estos confiaban en obtener ventajas y que no habían guardado un recuerdo demasiado malo de los dos períodos precedentes, durante los que Pisístrato había tenido en sus manos la ciudad.

En cualquier caso, éste iba a conservar la autoridad de Atenas hasta su muerte. Y la tradición ha guardado unánimemente el recuerdo de la benevolencia del tirano, de su moderación en el ejercicio del poder y de sus bondadosas acciones. Los autores antiguos advierten de entrada que Pisístrato gobernó respetando las leyes existentes. Ello supone que mantuvo la legislación de Solón y que los magistrados fueron elegidos como en el pasado. Es destacable el hecho de que Pisístrato no estaba investido personalmente de ninguna autoridad particular. Todo lo más, el poder fáctico que ejerció le permitió reservar las tareas políticas para sus partidarios y para los miembros de su familia. Al haber condenado al exilio a sus adversarios después de su último retorno, no hubo nada que hiciera temer una oposición interna. Y cuando éstos volvieron, no manifestó en

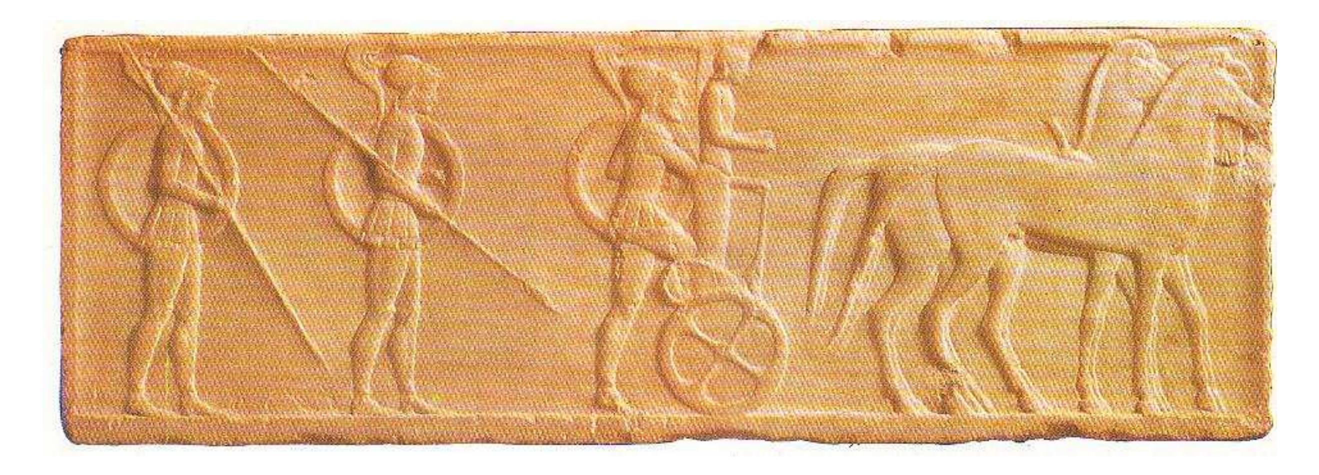
principio hostilidad alguna hacia ellos; muy al contrario, favoreció el trabajo de Milciades en Quersoneso, y, después de su muerte, al asumir en común la tiranía sus hijos Hipías e Hiparco, el Alcmeónida Clístenes, el hijo de Megacles, ejerce el arcontado en el año 525/4. Al igual que ocurrió cuando por dos veces (en los años 532 y 528), el rico Cimón Coalemos, emparentado con la poderosa gens de los Filaidas, obtuvo una corona olímpica: su victoria fue proclamada en nombre de Pisístrato. Promovido al poder por el demos, Pisístrato dedicó su esfuerzo básicamente a conciliarse con los campesinos mediante medidas destinadas a paliar su miseria, aunque, esto hay que resaltarlo, sin proceder al reparto de tierras que Solón, antes que él, ya había rechazado. Aristóteles, que es a este respecto nuestra fuente principal, resume así la política de Pisístrato: «Anticipó dinero a los pobres para sus trabajos, aunque estos se ganaran la vida cultivando la tierra. Actuaba de esta manera por dos razones: para que en lugar de estar en la ciudad, estuviesen diseminados por el campo, y para que, con ese honrado desahogo, se dedicaran a resolver sus asuntos personales, sin tener ni la necesidad ni el deseo de ocuparse de los del Estado. Al mismo tiempo, sus ingresos aumentaban cuando el campo era cultivado, pues deducía el diezmo de los productos». (A. P. XVI, 3-4) Evidentemente, es difícil distinguir entre lo que corresponde a la realidad y lo que es cosecha propia de los teóricos del siglo IV en este análisis de la política de Pisístrato con respecto al campesinado. Pero no es menos cierto que, mediante una determinada ayuda material, Pisístrato evitó el temible reparto de las tierras. Pero eran precisos los medios para un «evergetismo» tal. Aristóteles indica uno de esos medios: la deducción de un diezmo de las cosechas. Pero cabe imaginar otros, como las distribuciones monetarias o la venta de grano a bajo precio. De cualquier forma, tal política implica que el tirano pudo disponer de recursos personales importantes. Y aquí radica precisamente lo que distingue a Pisístrato de Pericles y a la vez lo anuncia. Pericles no hará sino reformar la política del tirano, pero haciendo reposar el equilibrio social sobre los recursos del Estado y no sobre los de un sólo hombre.

También en otros terrenos, Pisístrato se manifestó como precursor del gran *estratega* * del siglo v. En materia de política exterior, fue el primero en orientar la política de Atenas hacia el Mar Egeo y hacia la región de los Estrechos. Apoyó el establecimiento de la tiranía de su amigo Ligdamis en Naxos, se apoderó de Sigea en el Helesponto y animó a Milcíades para que fundara una colonia ateniense en Quersoneso de Tracia. Todo ello para asegurarse las vías de acceso hacia el trigo de Rusia meridional, que en los siglos V y IV, alimentó a Atenas. Para pagar este trigo animó el desarrollo de la cerámica ateniense e hizo grabar las primeras «lechuzas» con la efigie de Atenea. Deseoso de confirmar la unidad del Ática, favoreció el desarrollo de los cultos en torno a los que todos los atenienses pudieran reunirse, en primer Jugar el de Atenea, la diosa titular de la ciudad, cuyas fiestas conocieran a la sazón un particular esplendor; el de Dionisos, el dios popular de los campos o el de las dos diosas de Eleusis. Por último, la época de, los pisistrátidas fue la de las primeras grandes construcciones sobre la acrópolis y de los grandes trabajos de traída de aguas, así como la de las primeras grandes obras de la escultura ática, a las que permanece ligado el nombre de Antenor. Pisístrato y sus hijos, que en este caso sólo siguieron la política de su padre, fueron por lo tanto los primeros en indicar a los atenienses el camino de su futura primacía económica, intelectual y

artística. Pero por su condición de tiranos, los pisistrátidas confundían la gloria de la ciudad con la suya propia. El esplendor de Atenas, sin embargo se constituye en cuanto que es el esplendor del demos entero. Ello suponía una revolución y fue lo que hizo un aristócrata, el Alcmeónida Clístenes. Pisístrato murió en el año 528/7, dejando el poder a sus dos hijos mayores, Hipias e Hiparco. Estos, nacidos tiranos, si puede decirse así, no tuvieron necesidad de superar las vicisitudes que presidieron el acceso al poder de su padre. Por lo demás, habituados al poder personal, pudieron estar tentados de ejercerlo de una manera más autoritaria y, sobre todo, más «principesca». Mientras que Pisístrato, por propia voluntad, quiso llevar la vida de un sencillo ciudadano de a pie, sus hijos se rodearon de una corte deslumbrante, atrayendo a Atenas a poetas, escritores y artistas. Sin embargo, los primeros años de su reinado común fueron relativamente calmos. La mayor parte de los miembros de las grandes familias aristocráticas volvieron a Atenas, y, como hemos dicho, no dudaron en solicitar con ahínco los más altos cargos. Pero la realidad del poder se les escurría, lo que debió resultarles intolerable. Sin embargo, no es probable que intentaran cualquier acción importante antes de la muerte de Hiparco, el hermano más joven. Conocemos esta sombría historia por un relato de Tucídides, que Aristóteles narra con ligeras modificaciones. El punto de partida es una historia de celos: Hiparco se enamora del bello Harmodio, quien por su parte lo rechaza. El resto de la historia es oscuro; para vengarse, Hiparco habría humillado a la hermana de Harmodio, y éste, ayudado de Aristogitón, su amante, habría preparado el asesinato del tirano. En consecuencia, Harmodio y Aristogitón, los «tiranicidas», fueron homenajeados como héroes por la democracia, y, todavía en el siglo IV, sus descendientes gozaban de privilegios variados. De hecho, el asesinato de Hiparco no puso fin a la tiranía, que debía de durar todavía cuatro años. Además, si creemos a Aristóteles, el asesinato de su hermano fue el pretexto aducido por Hipías para endurecer su autoridad. Los nobles regresados del exilio fueron de nuevo obligados a salir, Clístenes entre ellos, convertido en jefe de la gens de los Alcmeónidas. Clístenes trató en varias ocasiones de volver al Ática, pero cada una de sus tentativas fue un fracaso. Constatemos un hecho significativo: el demos, que no había jugado ningún papel en la muerte de Hiparco, permaneció pasivo, y no fue un levantamiento popular lo que condujo al derrocamiento del tirano, sino una intervención extranjera, la del rey de Esparta Cleómenes, llamado por los aristócratas atenienses (510 a.C.)



Remeros (bajorrelieve del siglo VI, museo de la Acrópolis.)



Hoplitas (bajorrelieve de principio de siglo V, museo de la Acrópolis.)

LA «REVOLUCIÓN» CLISTENIANA

El fin de la tiranía significó aparentemente la vuelta al pasado. Y de hecho, mientras que el ejército del rey de Esparta acampaba a las puertas de Atenas, las querellas entre facciones aristocráticas no tardaron en resurgir con más fuerza. En particular, se enfrentaban dos hombres: Clístenes el Alcmeónida e Iságoras, hijo de Tisandro y amigo personal de Cleómenes, el rey de Esparta. Iságoras, fortalecido por la amenaza que constituía el ejército espartano, fue elegido para el arcontado en el año 508. En este punto, el relato de los sucesos se vuelve confuso, pues nuestras dos fuentes principales, que son Herodoto y Aristóteles, divergen sensiblemente en un aspecto capital. El historiador de Halicarnaso dice, efectivamente, que para recuperar la autoridad que había pasado a manos de sus adversarios, Clístenes «hizo entrar al demos en su *hetería**», o, dicho de otro modo, decidió apoyarse en el demos, volviendo a efectuar de algún modo la maniobra que permitió a Pisístrato instalarse en el poder medio siglo antes. La versión de Aristóteles es diferente, y, por lo demás, a veces contradictoria con respecto a la anterior. De su relato se deduce que, temiendo el apoyo popular reclamado por Clístenes, Iságoras habría llamado a Cleómenes, quien habría ocupado la acrópolis, obligando a exiliarse a Clístenes y a algunos de sus partidarios. Entonces, el demos se habría sublevado, habría sitiado la acrópolis durante dos días, hasta obligar a rendirse a Cleómenes, a Iságoras y a sus partidarios. Después, se habría llamado a Clístenes para confiarle el poder. Por lo tanto, el papel del demos es mucho más importante en el relato de Aristóteles que en el de Herodoto. Del demos procede la iniciativa de volver a llamar a Clístenes, mientras que en Herodoto, es el Alcmeónida quien, por oportunismo, decide apoyarse en el demos. Es evidente que la versión de Aristóteles corresponde mejor a lo que la propaganda democrática deseaba resaltar. Pero es plausible pensar que Herodoto, más próximo a los acontecimientos, haya podido recoger la tradición con más exactitud. El demos ateniense no era todavía a finales del siglo VI la gran fuerza política que será en el siglo siguiente, y si pudo pesar en la orientación que el Alcmeónida debió dar a la

constitución ateniense, no es menos cierto que fue éste quien tomó la iniciativa de una alianza que tendría consecuencias extremadamente importantes en la historia de Atenas. ¿Lo hizo por simple oportunismo, por tradición familiar o por convicción? El problema planteado no ha cesado de provocar controversias. A diferencia de un Solón o de un Pericles, en este caso no conocemos bien al hombre. No sabemos de ninguna anécdota, y ocurre como si se hubiera tejido a su alrededor una conspiración de silencio. Si no hubiera hecho nada más que apoyarse en el demos para que lo alzara y lo impusiera en el poder, sólo podríamos verlo como a un oportunista, o, en el mejor de los casos, como a un hábil político que, ponderando la importancia que de medio siglo a esta parte había tomado el pueblo en la vida de la ciudad, habría extraído las oportunas consecuencias, y, mediante una reforma profunda de las instituciones, se habría conciliado con aquél. Así ocurrió incluso con las naturalizaciones de extranjeros (cuyo objeto había sido tradicionalmente procurarse partidarios), a los que eximió de la práctica «tiránica» corriente. Los Alcmeónidas habían formado una gens mantenida largo tiempo al margen de la aristocracia tradicional. En la época clásica, sus bienes patrimoniales se encontraban situados en las proximidades de la ciudad; es plausible que mostraran interés en aumentar el número de sus partidarios apoyándose en el demos urbano, en un demos urbano de origen relativamente reciente y tanto más fácil de ganar cuanto que no estaba constreñido por los tradicionales lazos que constituían las tomas de partido. Todo esto es evidente, pero no ilustra el carácter mismo de las reformas de Clístenes.

Ahora bien, tales reformas no tienen nada de «demagógicas». Las profundas conmociones que tales reformas operaron en la estructura de la sociedad ateniense no son ni fueron inmediatamente perceptibles. Clístenes, en efecto, remodela el territorio del Ática, sustituyendo las antiguas cuatro tribus, de origen jónico, por diez nuevas tribus, que reagrupan a los habitantes de una misma porción territorial del Ática. El territorio de cada tribu comprende tres partes, tres *tritias**, una situada en la costa, otra en la ciudad y sus alrededores más cercanos y una tercera en el interior. Cada tritia reagrupa a un número variable de demos, circunscripciones territoriales de base que recubrían los territorios de las antiguas ciudades sin identificarse para nada con ellas. Si prestamos a esto la atención debida, no hay necesidad de subrayar el hecho de que Clístenes, de esta manera, socavaba las bases de la potencia social de la vieja aristocracia. Es lo que ya vio Herodoto, cuando comparó sus reformas con las que en Sicione había hecho el tirano Clístenes, su abuelo. Pero si el deseo de hundir a la aristocracia tradicional y de socavar las bases de su potencia es idéntico en ambos casos, lo que en el tirano de Sicione era una medida humillante se convierte en su nieto en una reconstrucción sistemática y en una remodelación del espacio cívico. Los modernos han tratado de explicar este carácter sistemático de las reformas clistenianas buscando los modelos en los que el Alcmeónida pudo inspirarse. Algunos creyeron ver al respecto una influencia de las especulaciones pitagóricas. Más recientemente, se ha valorado el «geometrismo» heredado de los milesios. En cualquier caso, es indiscutible que Clístenes «pensó» su reforma antes de imponerla. Pero ésta no consistió únicamente en una remodelación del espacio cívico. Tal remodelación, en sí misma, tenía una significación política que iba mucho más allá del simple debilitamiento de las familias aristocráticas. Como han demostrado P. Lévêque y P. Vidal-Naquet, Clístenes, al crear las nuevas tribus, integró más

estrechamente a las diferentes partes del Ática y acabó la obra unitaria ya iniciada por Pisístrato. Mientras que en otras partes del mundo griego no llegaron jamás a esta unidad, Clístenes creó la «ciudad-nación», que unida, iba a poder afrontar el peligro de las guerras médicas.

Sin duda, el carácter sistemático de la obra del Alcmeónida no es tan absoluto como pudiera creerse, puesto que dejó subsistir a los viejos cuadros religiosos de la Atenas arcaica, así como a la distribución de los ciudadanos en las cuatro clases solonianas. Pero en lo sucesivo, la organización política y militar fue elaborada a partir de la distribución de los ciudadanos entre las diez tribus. Los miembros de una misma tribu combatirían codo con codo y designarían a los cincuenta *buleutas** encargados de su representación en la nueva bulé de los Quinientos. La creación de esa nueva bulé se manifiesta como el aspecto más importante de la obra política de Clístenes. La bulé, efectivamente, iba a ser el órgano esencial de la democracia ateniense, preparando las sesiones de la Asamblea, redactando decretos y haciendo por lo demás el papel de un alto tribunal de justicia después de las reformas de Efialto. Sin embargo, no hay que insistir demasiado en el carácter democrático de las reformas de Clístenes. Clístenes no creó la democracia ateniense, sino las condiciones que iban a permitir el nacimiento de la democracia, volviendo semejantes ante la ley a todos los ciudadanos, ley que a partir de ahora sería expresión de la voluntad del demos entero. Esta isonomía traduce concretamente la remodelación del espacio cívico, y más sencillamente el hecho de que, en lo sucesivo, un ateniense no se distinguirá ya por el nombre de su padre sino por el de su demo de origen. Aristóteles veía en esta medida lo esencial de las reformas de Clístenes, al haber permitido la integración de los nuevos ciudadanos en el cuerpo cívico. No puede negarse que hubo ahí un factor considerable de unidad, aun cuando, de entrada, obedeciera al dictado de razones meramente circunstanciales. Pero las reformas del Alcmeónida fueron más lejos, puesto que crearon las condiciones efectivas de la soberanía popular.

Inmediatamente, sin embargo, no hubo profundas conmociones. No se sabe casi nada de los años que siguieron al establecimiento de las reformas clistenianas. ¿Se mantuvo el Alcmeónida en el poder durante algunos años hasta rematar su obra, o acaso se retiró pronto? Nada puede dilucidarse a este respecto. Sin embargo, algunas innovaciones constitucionales habidas en los últimos años del siglo VI y primeros del V debieron contribuir a la edificación de la constitución democrática. La primera y la más importante de todas fue la ley sobre el ostracismo. Aristóteles la atribuye a Clístenes, pero los modernos han dudado en aceptar la afirmación del filósofo, al no ser anterior al año 488/7 su primera aplicación. Sin embargo, es plausible que Clístenes fuera su autor, porque su no aplicación inmediata traduciría únicamente el hecho de que no se manifestó ningún peligro de tiranía durante veinte años. En efecto, la ley preveía una pena de exilio temporal —fijada en diez años— que castigaría a cualquiera que se mostrara susceptible de establecer la tiranía en provecho propio. Una votación popular, a mano alzada, decidiría la oportunidad de una *ostrakoforia**. Un segundo voto, secreto ya, designaría al que la opinión popular tenía por peligroso. La primera víctima fue un tal Hiparco, calificado por Aristóteles de «amigo de los tiranos». Pero después, el ostracismo debió constituir un arma temible en manos del demos, y los numerosos *ostraka* que

conocemos demuestran que ningún hombre político ateniense escapó a la desconfianza popular. Otras medidas constitucionales remataron la obra de Clístenes. En el año 501/500, se impuso a los buleutas un juramento antes de hacerse cargo de su puesto, por el que se manifestaban definitivamente como los guardianes de la constitución. Ese mismo año se organizó el colegio de los diez estrategos, elegidos a razón de uno por tribu. Eran básicamente jefes militares, y por tanto sujetos aún en este momento al mando supremo del polemarco. Pero muy pronto, en cuanto que eran los elegidos del demos entero, serían inducidos a jugar un papel cada vez más importante en materia de política general, paralelamente al declive del arcontado.

Si a comienzos del siglo V es aún el arconte epónimo quien aparece como el principal dirigente de la ciudad, la función va a perder muy pronto su importancia política, retirándose los arcontes y los *tesmotetas** a sus funciones judiciales y religiosas. Un signo evidente del declive de su función fue la sustitución del método del sorteo por el de elección para la designación en concreto de los arcontes. Juzgado más democrático, el sorteo había estado reservado hasta ahora a las funciones que no exigían una competencia particular. Luego el arcontado se convirtió en una función más honorífica que real, que apenas tardará en abrirse para zeugitas. Aristóteles fecha la reforma del arcontado de Telesinos (487/6). Tal reforma sancionó el nuevo papel que los estrategos fueron llamados a jugar en un momento particularmente dramático de la historia ateniense.

LAS GUERRAS MÉDICAS.

Desde el comienzo del siglo V, en efecto, la situación del mundo egeo se encontró bruscamente modificada. Para comprenderla, hay que volver algunos años atrás. Desde mediados del siglo va estaba constituido en Asia un vasto imperio cuyo artesano había sido Ciro, persa por parte de su padre y medo por su madre. Vencedor en el año 546 de Creso, el potente rey de Lidia, Ciro, no tuvo mayor problema en imponer su dominio sobre las ciudades griegas de la costa, así como sobre las grandes islas vecinas, Quíos, Lesbos, Rodas, dominio por lo demás relativamente suave y que no puso fin al poderío comercial de tales ciudades, que constituían salidas naturales de las rutas interiores de la meseta anatolia, y como tal, llamadas a coexistir pacíficamente con el señor del país. Muerto Ciro, su sucesor Cambises remató la obra emprendida por aquél, extendiendo su dominio sobre Egipto. Pero las conmociones que siguieron al asesinato de Cambises disminuyeron durante algún tiempo la expansión persa. Esta comenzaría de nuevo con la llegada de Darío, quien acometió la empresa de someter a los países situados al norte del Egeo como Tracia y Macedonia, lo que a su vez le llevó a apoderarse de regiones que los atenienses tenían por indispensables y que, desde la época de Pisístrato, se habían esforzado por controlar: el Quersoneso de Tracia y las islas de Imbros y de Lemnos. Trató también de apoderarse de Naxos, pero fracasó. Ahora bien, para llevar a buen puerto su ataque contra los territorios griegos, Darío no había dudado en pedir ayuda a las ciudades griegas de la costa jónica y, singularmente, a la más rica y poderosa de todas, Mileto, que mandó una flota para sitiar Naxos. Mileto estaba dominada a la sazón por el

tirano Aristágoras. Este, que había sucedido a su abuelo Histieo, desea practicar una política de alianzas con Darío, quien a su vez, según Herodoto, tenía interés por mantener en las ciudades griegas tiranos más o menos devotos a su persona. Pero al tomar un mal sesgo el asunto de Naxos, Aristágoras, por razones que permanecen oscuras, renunció a la tiranía y puso velas rumbo a Grecia para reclamar ayuda, mientras que llamaba a la rebelión a las ciudades griegas de Jonia.

Ahora bien, los atenienses tenían motivos para interesarse en los asuntos de Jonia. La tradición más o menos mítica pretendía que los griegos que se establecieron en Jonia a finales del segundo milenio procedían de Atenas. Lazos estrechos, sobre todo religiosos, existían entre Atenas y las ciudades jónicas. Los atenienses respondieron por tanto favorablemente a la petición de Aristágoras, y, únicamente ellos de entre los griegos junto al pueblo de Eretría, enviaron ayuda en forma de un cuerpo expedicionario de veinte navíos a las ciudades jónicas sublevadas. Los griegos obtuvieron en principio algunos éxitos, apoderándose de Sardes, a la que incendiaron. Pero Darío tomó pronto la ofensiva, se apoderó de Chipre y, después de un largo asedio, de Mileto, que Aristágoras había abandonado desde bastante tiempo atrás. La sublevación de Jonia terminó por tanto con un desastre (494 a.C.). Mileto fue destruido y sus habitantes vendidos como esclavos. En cuanto a los atenienses, su papel en este asunto había sido relativamente modesto, aunque su participación en la sublevación de Jonia iba a tener para ellos consecuencias funestas.

Darío, en efecto, no estaba resuelto a que las cosas quedaran así. La intervención de los atenienses había demostrado que su dominio sobre las ciudades griegas de Asia sólo estaría asegurado cuando hubiera sometido también a la Grecia europea. Además, dice Herodoto, quería vengarse del incendio de Sardes. En la primavera del año 490, una flota persa partió de Cilicia, obtuvo la rendición de las Cícladas y desembarcó después en Eubea. Eretria, que con Atenas había, tomado partido por los jonios sublevados, fue tomada después de un asedio de siete días y sus habitantes deportados a Persia.

En Atenas, la situación era particularmente dramática: la toma de Eubea puso a la costa oriental del Ática bajo la amenaza directa del enemigo. Entre los hombres a la sazón influyentes en la ciudad, se encontraba Milcíades, el hijo de Cimón Coalemos, que había sucedido a su tío Milcíades el Viejo en Quersoneso, hecho posteriormente prisionero por los persas. Tenía por lo tanto razones personales para estar resentido con el gran rey. En el año 490 era estratego, y es plausible pensar que fue él quien reclamó la ayuda espartana frente al peligro. Si se recuerda el papel jugado por Esparta en el momento de la caída de los tiranos, se concibe que ello no fuera cosa fácil de admitir para los atenienses. Pero ante la amenaza «bárbara», parece que los griegos olvidaron lo que les dividía para recordar su origen común. Sin embargo, el ejército persa había desembarcado en la llanura de Maratón. También los atenienses llegaron a acampar allí, esperando para entrar en combate la llegada de los refuerzos espartanos. Sin embargo, fueron obligados a luchar con la única ayuda de los plateos, al haber pasado los persas al ataque. Largo tiempo indecisa, la batalla terminó con ventaja de los atenienses. Los persas se resistieron a reembarcarse, dejando, dice Herodoto, más de seis mil muertos sobre el campo. Esto constituyó para Atenas un enorme y prestigioso éxito, y la gloria para Milcíades. Fue él, en efecto, quien tuvo el mando el día decisivo y quien tomó la

iniciativa de contraatacar, a pesar de la advertencia de parte de sus compañeros. Fortalecido por su éxito, pretendió llevar la guerra al Mar Egeo, acordando una expedición para volver a tomar la isla de Paros. La expedición fracasó y Milcíades, obligado a rendir cuentas, fue condenado a una multa de cincuenta *talentos**. *La* acción contra él fue llevada por un tal Jantipo, aliado de la familia de los Alcmeónidas por su matrimonio con Agaristé, una nieta de Clístenes. A través de este asunto se adivina que, a despecho de las reformas de Clístenes, la política ateniense permanecía en las manos de las grandes familias y que, si bien respetando las formas constitucionales, aquéllas continuaban destrozándose en medio de inútiles querellas. Jantipo fue condenado al ostracismo algunos años después de la condena de Milcíades y es Plausible pensar que los Cimónidas no fueron ajenos a ello.

Darío murió en el año 485. Le sucedió su hijo Jerjes, quien no escondió su deseo de volver a encargarse en mayor escala de los proyectos de su padre. A Atenas, sin embargo, las reformas a las que nos hemos referido anteriormente comenzaban a darle fruto.

Así, en los años 483/2, el cargo de arconte, sorteado en lo sucesivo, recayó en un hombre «nuevo», sin duda muy rico pero que, a despecho de las pretensiones que más tarde manifestó, no pertenecía a las grandes familias aristocráticas. Incluso se piensa que su padre era uno de esos extranjeros a los que Clístenes había dado la ciudadanía ateniense. Así pues, el arcontado de Temístocles iba a estar señalado por un hecho importante: el descubrimiento de los ricos yacimientos argentíferos de Maronea, en Laurión. Su explotación proporcionó ese año a la ciudad cien talentos. Cuando se debatió el uso que se daría a tal cantidad, Temístocles propuso que fuera destinada a la construcción de cien navíos. Los cien atenienses más ricos recibían un talento cada uno para equipar una galera. A la sazón, Atenas estaba en guerra contra Egina, cuya flota devastaba las costas del Ática, y de creer a los autores antiguos, fue este pretexto el escogido por Temístocles para hacer votar una decisión tan poco usual. ¿O acaso veía lo suficientemente lejos para comprender que el porvenir de Atenas se jugaría en el mar? Sea como fuere, en los años que precedieron a los comienzos de la ofensiva de Jerjes, la construcción de la flota fue llevada a buen puerto, mientras que Temístocles, fortalecido por el apoyo popular, se desembarazaba de sus adversarios mediante el ostracismo. Al mismo tiempo, los delegados de las ciudades griegas se reunían en el Istmo de Corinto a fin de preparar la defensa común. Esparta era a la sazón la primera potencia militar griega y, naturalmente, a ella correspondió el mando.

Sin embargo, Jerjes se apresuró a pasar al ataque. Había reunido un ejército y una flota considerables, cuya pintoresca descripción debemos a la pluma de Herodoto. Estaba resuelto a atacar paralelamente por tierra y por mar. Por lo tanto, era preciso tratar de detenerlo lo más pronto posible. Pero la retirada de los tesalios le abrió el camino de la Grecia central. Los espartanos, sin demasiadas ganas, enviaron a Leónidas, uno de sus reyes, con un pequeño ejército que contaba aproximadamente con seis mil hombres, entre los que había trescientos hoplitas espartanos, para vigilar el desfiladero de las Termópilas, mientras que la flota griega tomaba posiciones a lo largo del cabo Artemisión. Sabemos que Leónidas, traicionado por un tránsfuga, fue conducido a una desesperada resistencia. Al mismo tiempo, la flota se replegaba hacia el sur. La mayoría

de los griegos pensaron entonces que la única línea posible de defensa a esas alturas la constituía el Istmo de Corinto. Ello comportaba entregar al enemigo todo el país al norte del Istmo, Beocia y el Ática particularmente. Es entonces cuando en Atenas, Temístocles se apodera de la situación. Plutarco, en su *Vida de Temístocles,* cuenta que, viéndose abandonado por los otros griegos, los atenienses cayeron presa de la desesperación: «Pues no pensaban pelear con un ejército de tantos millares de hombres. El único recurso que al presente les quedaba, que era abandonando la ciudad, atenerse a sus naves, los más lo oían con desagrado, como que de nada les servía la victoria, ni veían modo de salvamento, teniendo que desamparar los templos de sus dioses y los sepulcros de sus padres.» *(Vida de Temístocles,* 9.)

Temístocles utilizó entonces un astuto recurso, interpretando a su manera, sin duda con la complicidad de los sacerdotes de Atenea, ciertos hechos prodigiosos: en particular, la serpiente de Erecteo, a la que cada día se aportaban ofrendas, llevaba varios días sin salir del recinto sagrado, lo que significaba que la propia diosa invitaba a los atenienses a abandonar la acrópolis: «Habiendo salido con su propósito, escribió este decreto: que la ciudad quedaba bajo la protección de Minerva, quien tendría cuidado de ella; que todos los de edad proporcionada se trasladarían a las galeras, y que cada cual salvase del modo que le fuese posible sus niños, sus mujeres y sus esclavos. Confirmado el decreto, los más de los Atenienses pasaron a sus padres y sus mujeres a Trecene, donde de los Trecenios fueron honrosamente recibidos.» *(Id.* 10)

Evacuada la ciudad por sus habitantes, excepción hecha de algunos ancianos que permanecieron en la acrópolis, la flota tomó posición en la rada de Salamina. Aquí se desarrolló el 22 de septiembre del 480 la famosa batalla que debía asegurar la salvación de Grecia. Tomaremos prestado el relato a uno de los que combatieron allí ese día, el poeta Esquilo, quien proporciona en *Los persas* una descripción de la batalla por boca de un mensajero que ha llegado a advertir del desastre a la madre de Jerjes.

«Quien inició, señora mía, todo nuestro infortunio, fue algún genio vengador, un dios malévolo surgido no sé de dónde. Un griego salido del ejército ateniense se acercó a tu hijo Jerjes y le dijo que tan pronto como sobreviniesen las negras sombras de la noche, los helenos no guardarían sus puestos; que saltando a los bancos de sus naves, cada uno por su lado buscaría la salvación en una furtiva fuga. No sospechando la traición del griego ni la enemiga de los dioses, en cuanto Jerjes le oyó ordenó a todos los capitanes de naves que así como el sol dejase de lanzar sus cálidos rayos sobre la tierra y las sombras tomasen posesión del templo del éter, dispusiesen en tres filas el grueso de la flota, de suerte de guardar los pasajes estrechos del mar y bloquear la isla de Áyax; y si los griegos lograban escapar furtiva mente a la muerte inminente por algún resquicio oculto, todos los jefes de los persas pagarían con sus cabezas. Tal dijo el rey con espíritu soberbio. Ignoraba el porvenir que los dioses le reservaban. Con toda disciplina, con espíritu obediente y dócil, preparan la cena. Cada marinero amarra el remo al escálamo. Cuando se extingue la luz del sol y sobreviene la noche, todos los remeros ocupan sus puestos, así como todos los combatientes. De un banco a otro de las largas naves, los hombres se excitan y estimulan. Navegan en el orden prescrito, y durante toda la noche los capitanes mantienen los barcos cruzando. Iba pasando la noche y la armada helena no se preocupaba por buscar la salida furtiva. Mas cuando los claros corceles del día se

enseñorearon de toda la tierra, se elevaba del lado de los helenos un clamor de regocijo, modulado como un himno, que repite el eco de los arrecifes de la isla. El temor invade a los bárbaros, engañados en sus juicios, porque el solemne peán que los griegos entonaban no era para la fuga, sino señal de entrar en la pelea con valor y decisión. La trompeta guerrera a su turno enardece a estos guerreros. De pronto, el cadencioso golpe de los remos azota acompasado las aguas mugidoras y pronto se presenta a nuestra vista la armada enemiga. El ala derecha, alineada en buen orden, marchaba la primera. Después seguía el grueso de las fuerzas, y pudo oírse, ya cercana, esta proclama: ¡Oh, hijos de Grecia! Corred a libertar la patria, a sus hijos, a sus mujeres, los santuarios de los dioses patrios y las tumbas de vuestros mayores. Esta es la lucha suprema. De nuestro lado respondió una algazara en lengua persa. No había tiempo que perder. Súbito, nave contra nave clava el espolón de bronce. Una embarcación helena emprende el abordaje la primera, y despedaza por completo el aparejo de un bajel fenicio. Cada una de las otras endereza la proa contra otro adversario. Al principio el torrente de las embarcaciones persas resiste al enemigo; pero en cuanto la multitud de bajeles se amontonó en un paso estrecho y no podían auxiliarse unas a otras, clavan entre sí sus espolones de bronce y rompen los aparejos de sus remos, y entonces las envuelven hábilmente las naves helenas, y las golpean; los cascos se voltean y ya no puede verse el mar, cubierto de despojos y de cadáveres ensangrentados. Las playas y los arrecifes están colmados de cuerpos sin vida. Lo que resta de la armada bárbara se entrega a una fuga desordenada, mientras que los griegos, a golpes de remos o de bancos rotos, nos hieren y aporrean como atunes u otros pescados cogidos en la red. Todo el piélago resonaba con lamentos y gemidos hasta que los ojos de la sombría noche se cerraron sobre nosotros.»

Sabemos que Jerjes asistió a la batalla desde la orilla. Destruida parte de la flota, mandó retirarse a su ejército, dejando tras él un montón de ruinas. Un ejército persa permaneció no obstante en Tesalia bajo el mando de Mardonio. En la primavera del año 479, éste retomó la ofensiva, invadió Beocia y después el Ática, y Atenas fue de nuevo abandonada por sus habitantes. Esparta envió entonces ayuda bajo el mando del regente Pausanias, y atenienses y lacedemonios unidos consiguieron la victoria de Platea, conmemorada por la ofrenda de un trípode a Delfos. En lo sucesivo, no existiría la amenaza persa.

Atenas salía de la aventura herida y a la vez engrandecida. Herida en cuanto que le era necesario rehacer sus aún humeantes ruinas. Pero también engrandecida porque, en definitiva, fueron los atenienses quienes por dos veces habían tomado la decisión. Es cierto que ni en Maratón ni en Salamina, los estrategos atenienses habían revelado notables cualidades militares. En el año 490, como en el 480, al decir de los autores antiguos, la añagaza había jugado el papel fundamental frente a un ejército y a una flota heteróclitas. Pero la resonancia moral y política de las guerras médicas debió tener infinitas prolongaciones que la propaganda ateniense se encargaría de alimentar. En principio, y bajo la cobertura de impedir cualquier retornó ofensivo de los Bárbaros por un lado, y de «liberar» a las ciudades jónicas por otro, esas prolongaciones iban a permitir a los atenienses volver a ocupar las costas orientales del Egeo. En el año 478, los atenienses, bajo el mando de Jantipo, que había podido volver a Atenas al amparo de la amnistía del año 480, se apoderaron de Sestos. Poco después, habiendo renunciado

Esparta a participar en la guerra de Asia, se constituía bajo la dirección de Atenas lo que se acostumbra a llamar la liga de Delos. En principio se trataba de una alianza militar que reunía a las ciudades jónicas en torno al santuario de Delos, donde sería depositado el tesoro federal. Tal tesoro, destinado a cubrir las necesidades de la liga, estaría alimentado mediante el tributo pagado por aquellos aliados que no pudieran o no quisieran participar directamente en la defensa mancomunada. El primer tributo fue fijado en el año 478 por Arístides, un aristócrata que había sido adversario de Temístocles y que había podido volver a Atenas después de algunos meses de exilio al amparo de la amnistía ya mencionada. De acuerdo con Temístocles, Arístides iba a ser el artesano de la primera confederación ateniense. No tardaría aquél en obtener importantes éxitos militares sobre los persas. El más célebre es el que condujo a la destrucción de un ejército y de una flota persas en la desembocadura del Eurimedón, en el año 470/69. Cimón, el hijo de Milcíades, el vencedor de Maratón, fue el artífice de esa victoria. Este, en los años posteriores a la batalla de Eurimedón, se esforzaría en asegurar con mayor firmeza la autoridad de Atenas en el Egeo, no sin tropezar a veces con duras resistencias por parte de las ciudades griegas, temerosas de haber escapado de la tutela persa sólo para caer bajo la de Atenas. De esta forma, Naxos, y después Tasos, tardaron en ser asediadas. El asedio de Tasos fue particularmente largo y difícil, y contribuyó no poco a romper la popularidad con que Cimón contaba en Atenas. Este, por su parte, consiguió situar bajo el control de la flota ateniense a la casi totalidad de las costas orientales del Egeo.

Sin embargo, las guerras médicas tuvieron también importantes consecuencias por lo que respecta a la evolución interior de Atenas. Como vimos anteriormente, si bien las reformas de Clístenes llegaron a crear estructuras nuevas fundadas en la isonomía, sin embargo no habían modificado sensiblemente las condiciones de la vida política. Los jefes de las grandes familias aristocráticas, haciéndose elegir estrategos, conservaban de hecho la dirección de la vida política, y, si hacemos excepción del caso poco frecuente de un hombre nuevo como Temístocles, todos los dirigentes habidos en Atenas entre los años 508 y 462 pertenecían a ese estrato social. Las reformas de Clístenes les suministraron un instrumento nuevo para sus luchas, el ostracismo, que si bien iba acompañado de la sanción del voto popular, no dejaba de testimoniar viejos rencores que oponían a unos y otros.

Sin embargo, la obligación contraída por los estrategos de rendir cuentas de su política ante el demos y la periodicidad de las sesiones de la *ekklesia** que hubo de establecerse durante estos años (una y después cuatro por *pritania*,* es decir, por período de treinta y seis o treinta y nueve días, pues el año estaba dividido en diez pritanías), no permitieron a los estrategos llevar una política exclusivamente personal. Ciertamente, Cimón, al indicar a los atenienses la región de los estrechos y el norte del Egeo como vías de expansión, no hacía nada más que la política de su padre y de su tío-abuelo. Pero en lo sucesivo, tal política se identificará con los intereses del demos ateniense. Así se concibe que éste no dudara en mandar al ostracismo a Temístocles, organizador de la preponderancia marítima de Atenas. Obtenida la victoria y por razones no siempre fáciles de aclarar, aunque retrospectivamente puede verse en ello una opción política, Temístocles consideraba a Esparta como a un adversario más peligroso que el Gran Rey.

Es preciso ponerse en guardia ante la trasposición al pasado de realidades de la época de la guerra del Peloponeso. El filolaconismo de Cimón no comportaba necesariamente por su parte opiniones *oligárquicas*,* al igual que la hostilidad de Temístocles con respecto a la gran ciudad peloponesa no demostraba que fuera el jefe de algún partido democrático.

Y sin embargo, la relación de fuerzas se había modificado en el interior del demos ateniense. La periodicidad de las sesiones de la asamblea daba al demos urbano un peso que no era proporcional a su importancia numérica en relación con el conjunto de los ciudadanos, pero tanto más fuerte cuanto que sobre él reposaría en última instancia y en lo sucesivo la potencia militar de Atenas: sobre los carpinteros que construían las naves o sobre los tetes que manejaban los remos. El desarrollo del poblado de El Pireo, escogido por Temístocles para convertirlo en el puerto de Atenas, reforzó aún más la potencia del demos urbano, pues la ciudad y su puerto se convertirían en el nudo de la vida política ateniense. Pero ni la población de la ciudad ni la del puerto estaban ligadas a la aristocracia terrateniente como lo estaba la población de los campos. Mediante sus votos, hombres nuevos tuvieron la oportunidad de insinuarse dentro del personal político. Efialto fue probablemente uno de ellos. En el año 462/1 hizo aprobar una ley que privaba al Areópago de la mayor parte de sus prerrogativas jurídicas, atribuidas en lo sucesivo a la bulé de los Quinientos y el tribunal del Helieo. Era el último golpe propinado al viejo consejo aristocrático, cuyo reclutamiento pudo encontrarse sin duda modificado desde que el arcontado no se elegía sino que se sorteaba, pero que continuaba siendo el símbolo del poder de la aristocracia tradicional. Para aprobar su decreto, Efialto había aprovechado la ausencia de Cimón, a la sazón en el Peloponeso encabezando un ejército de socorro enviado a Esparta para reprimir una rebelión de los *ilotas** de Mesenia. Los espartanos expulsaron pronto a los atenienses, acusados de complicidad con los rebeldes. Cimón, cuyo prestigio declinaba después del asedio de Tasos y del fracaso de la colonia ateniense que había establecido en Tracia, que había escapado por poco a una condena en el año 464, fue condenado al ostracismo poco después de su vuelta. La acusación contra él fue hecha por Pericles, hijo de Jantipo y sobrino segundo de Clístenes, que entra ahora en la vida política a la sombra de Efialto. El asesinato de éste, ocurrido poco después en circunstancias misteriosas, iba a hacer de Pericles el hombre cuyos destinos se confundirían con los de Atenas durante más de un cuarto de siglo.

2
EL «SIGLO» DE PERICLES

«Pericles, que poseía gran autoridad por su prestigio e inteligencia y era inaccesible manifiestamente al soborno, contenía a la multitud sin quitarle libertad, y la gobernaba en mayor medida que era gobernado por ella; y esto, debido a que no hablaba de acuerdo con su capricho para buscarse influencia por medios indignos, sino que, gracias a su sentido del honor, llegaba a oponerse a la multitud. Así, pues, cuando se daba cuenta de que los atenienses, ensoberbecidos, tenían una confianza injustificada, con sus palabras los contenía, atemorizándolos, y cuando sin razón temían, les devolvía la confianza. Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano.» *(Tucídides,* II, 65, 9.)

Este juicio del gran historiador ateniense sobre el hombre que gobernó Atenas durante cerca de treinta años y sobre la auténtica naturaleza de su autoridad es con seguridad sorprendente y, a la vez, digno de reflexión. Tucídides no disimula su admiración por Pericles, hasta el punto de que, cuando narra un discurso del gran estratego, no siempre es fácil distinguir lo que pertenece a uno o a otro. Por lo tanto, no es lógico que califique de monárquica a la autoridad de aquél que ve con justicia como símbolo de la democracia ateniense.

PERICLES. EL HOMBRE Y SU ENTORNO

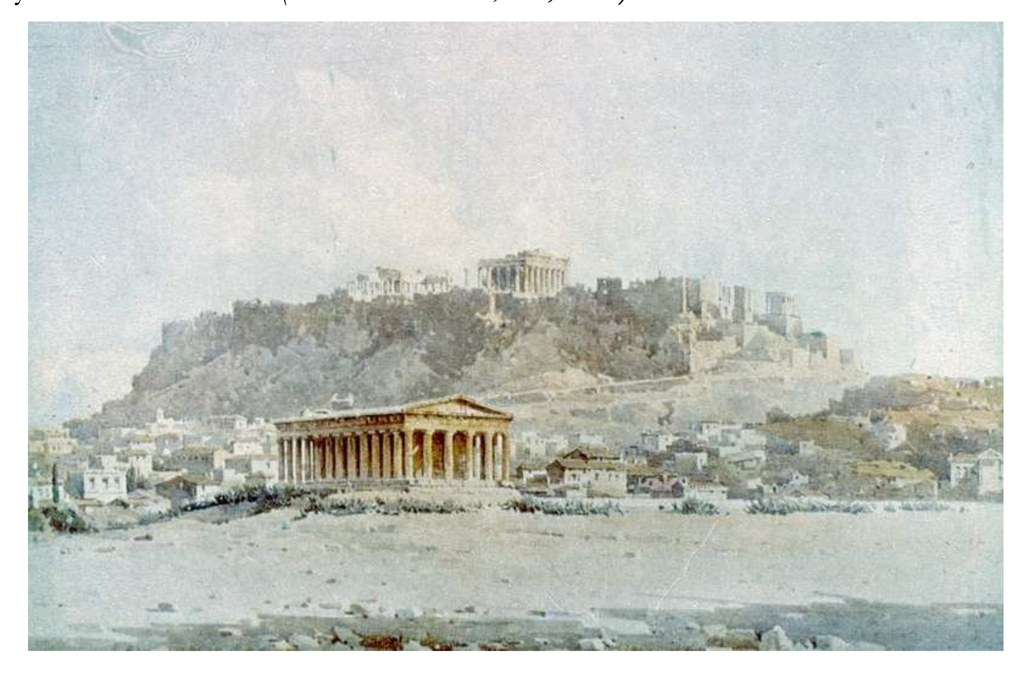
Pericles, como vimos anteriormente, pertenecía, tanto por parte de padre como de madre, a esas familias aristocráticas que, a pesar de las nuevas instituciones montadas por Clístenes, de hecho continuaban monopolizando los cargos principales. Sus primeros actos políticos se inscriben en la tradición de las luchas entre familias, pues consistieron en atacar a Cimón, cuyo padre, Milcíades, había hecho condenar a Jantipo al ostracismo. Evidentemente, hay que utilizar con prudencia la *Vida de Pericles* de Plutarco, quien escribe más de seis siglos después de los sucesos que narra. Pero el moralista supo reunir tradiciones y testimonios y no puede ser despreciado sin examen. Y no tenemos por menos que extrañarnos cuando traslada la hostilidad existente entre Cimón y Pendes a una lucha por conquistar, mediante actos de esplendidez, la clientela del demos: «Contrarrestando Pericles en principio, como hemos dicho, a la gloria de Cimón, se adhirió a la muchedumbre; mas siendo inferior en riqueza e intereses, con los que éste ganaba a los pobres, dando cotidianamente de comer a los atenienses necesitados, vistiendo a los ancianos y echando al suelo las cercas de sus posesiones para que tomaran de los frutos los que quisiesen; frustrado Pendes con estas cosas, recurrió al repartimiento de los caudales públicos, aconsejándoselo así Damónides de Oa, según testimonio de Aristóteles. Con las dádivas, pues, para los teatros y para los juicios, y con otros premios y diversiones, corrompió a la muchedumbre, y se valió de su poder contra

el consejo del Areópago.» *(Vida de Pericles,* 9, 2-3). Plutarco toma prestado el argumento a Aristóteles, que interpreta también la institución por parte de Pericles del *mistos* heliastikos* Como un medio para rivalizar con Cimón. Los modernos han estado claramente tentados de interpretar esto de otro modo. La institución de la mistoforia, es decir, de la retribución de las funciones públicas, era una medida encaminada a hacer real la participación del demos entero en la vida política, para permitir a los pobres consagrar a la ciudad una parte de su tiempo sin el temor a perder una jornada de trabajo. Los escritores políticos del siglo IV tuvieron a la mistoforia por uno de los rasgos más específicos del régimen democrático. Es por tanto muy sorprendente que la tradición haya remontado su origen a una lucha de influencias entre dos jefes de la aristocracia. Y no podemos rechazar totalmente esa tradición, aun cuando la mistoforia se cargara rápidamente de un sentido político preciso.

Como su tío abuelo Clístenes, Pericles no era únicamente un joven noble ávido de gloria. Gustaba de rodearse de hombres de pensamiento y, en su juventud, había sido discípulo de Zenón de Elea y de Anaxágoras. Del primero aprendió el dominio del razonamiento y la sutileza del discurso; del segundo, la idea de que cualquier fenómeno es explicable, que existen nexos lógicos entre los hechos y que la dirección de la ciudad, la conducción de una guerra, no son efectos del azar ni del impulso momentáneo, sino fruto de una larga reflexión. Plutarco relata una anécdota que es reveladora del medio intelectual que formaban los allegados de Pendes y, a la vez, del foso que separaba a ese medio de la masa del demos: «Cuéntase que trajeron una vez a Pericles la cabeza de un carnero que no tenía más que un sólo cuerno, y que Lampón el adivino, luego que vio el cuerpo fuerte y firme que salía de la mitad de la frente, pronunció que, siendo dos los bandos que dominan en la ciudad, el de Tucídides y el de Pericles, sería de aquél el mando y superioridad en el que se verificase aquel prodigio; pero Anaxágoras, abriendo la cabeza, hizo ver que el cerebro no llenaba toda la cavidad, sino que formaba punta como huevo, yendo en disminución por toda aquélla hasta el punto en que la raíz del cuerpo tomaba principio. Por lo pronto, Anaxágoras fue muy admirado de los que se hallaron presentes; pero de allí a poco lo fue también Lampón, cuando, desvanecido el poder de Tucídides, recayó en Pericles todo el manejo de los negocios públicos.» *(Vida de Pericles,* 6, 2-3)

Este Tucídides del que habla Plutarco no es el historiador, sino el hijo de un tal Melesias, casado con la hija de Cimón y que, después de la muerte de su abuelo, había vuelto a tomar la antorcha de la lucha contra Pericles, siendo condenado al ostracismo en el año 443. Aparentemente, seguimos por tanto en el marco de las rivalidades familiares. Sin embargo, es plausible pensar que la lucha entre Pericles y Tucídides no pudiera limitarse únicamente a una lucha entre jefes de clan. Plutarco, en efecto, a propósito de tal lucha, hace una curiosa observación: «Así contendía en la tribuna con Pericles y bien pronto produjo una división en el gobierno. En efecto: estorbó que los ciudadanos que se decían principales se allegaran y confundieran como antes con la plebe, mancillando su dignidad, y más bien manteniéndolos separados, y reuniendo como en un punto el poder de todos ellos, le hizo de más resistencia, y que viniera a ser como un contrapeso en la balanza; porque desde el principio hubo como una separación oscura, que, a la manera de las pegaduras del hierro, era indicio de dos partidos: el

popular y el aristocrático.» *(Vida de Pericles,* 11, 1-3.)



Panorama de Atenas: la Acrópolis y el Hefesteion. (Acuarela de A. Giallinas)*.

Partenón
Erecteion

1 entrada
2 templo de Atenea Niké
3 Propileos
4 templo de Artemisa
5 estatua gigante de Atenea
6 pórtico de las cariátides
7 Erecteion
8 altar de Atenea
9 Partenón
10 altar de Zeus

Acrópolis: reconstrucción de los principales edificios de la época clásica.

* Se sustituye el dibujo de F. Stademan de 1985 del libro original por su mala calidad [Nota del escaneador].

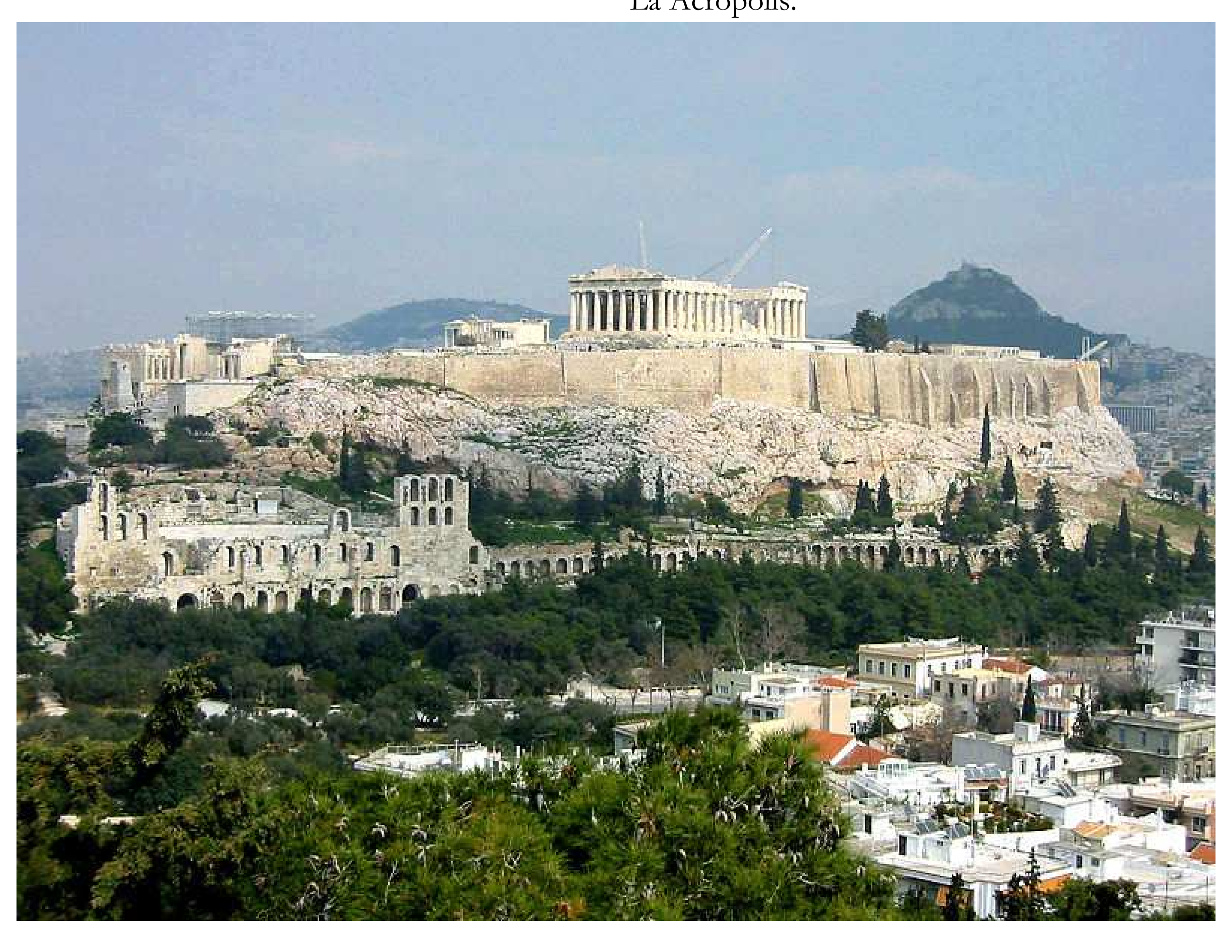
De este texto se deduce que, en lo sucesivo, la lucha tomará un carácter *político,* que por primera vez, los hombres enfrentados no están separados únicamente por odios familiares, más o menos enmascarados por divergencias en materia de alianzas exteriores, pero con una concepción diferente del régimen político de la ciudad, pues Tucídides reúne en torno a él a los que Plutarco llama los *kaloi Kagatoi*,* la gente «bien» que por fin toma conciencia de que la democracia lleva en sí la ruina de su tradicional preponderancia. Hemos visto anteriormente que el peso creciente del demos urbano conseguía socavar las bases del poder de esa aristocracia terrateniente cuya primacía social procedía de su apoyo en los campesinos más o menos dependientes. Del seno de este demos comenzarían a surgir nuevos hombres, que si bien permanecerían al principio en un segundo plano, eran una hipotética amenaza que no tardaría en empezar a desgastar los privilegios políticos de la aristocracia. Después del año 459, la apertura del arcontado a los zeugitas permitió a hombres de condición modesta acceder a los más altos cargos. No está lejana la hora en la que veremos convertirse en estratego a un tal Cleón, propietario de una curtiduría. Así se entiende el temor que acometió a los miembros de las viejas familias aristocráticas y que se reunieran todos en torno a Tucídides de Alópece. Y no deja de ser interesante el hecho de que éste hubiera venido a vivir a la ciudad, lo que significa claramente que, en lo sucesivo, la ciudad será el centro de cualquier decisión, que la democracia se había convertido en una realidad. Pero al igual que Pericles instituyó la mistoforia para oponerse a Cimón, creando así las condiciones para un funcionamiento real de la democracia, también precisaba, frente a Tucídides y a sus amigos, justificar los principios mismos del gobierno popular. No hay duda de que los argumentos que le presta Tucídides el historiador para justificar el régimen ateniense pudieron ser sostenidos mucho antes del momento en que está probado que se pronunciaron, y de que expresan la doctrina de Pericles frente a las acusaciones de aquéllos a los que pronto llamará los *oligarcas*:* «Tenemos un régimen de gobierno que no envidia las leyes de otras ciudades, sino que más somos ejemplo para otros que imitadores de los demás. Su nombre es democracia, por no depender el gobierno de pocos, sino de un número mayor; de acuerdo con nuestras leyes, cada cual está en situación de igualdad de derechos en las sesiones privadas, mientras que según el renombre que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es honrado en la cosa pública; y no, tanto por la clase social a que pertenece como por su mérito, ni tampoco, en caso de pobreza, si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad.» (II, 37.)

De esta forma se elaboró una doctrina democrática que Pericles asumió y que iba a esforzarse por conformar durante más de un cuarto de siglo. Como se ha repetido, siguiendo a Tucídides y a Plutarco, su autoridad en la ciudad era tal, que sólo él, sobre todo tras el ostracismo de Tucídides de Alópece, tomaba las decisiones importantes, y la política ateniense de mediados del siglo V lleva indiscutiblemente su marca. Pero esa política no era sólo el resultado de una mesurada reflexión sino también de una elección deliberada que tenía como objeto asegurar al demos los medios para vivir decentemente, para ejercer libremente su soberanía y para permitir a Atenas, modelo de equilibrio y de armonía, imponer ese equilibrio al mundo egeo, incluso por la fuerza.

Reconstrucción romana de Atenea Partenos. (Atenas, Museo Nacional.)



La Acrópolis.

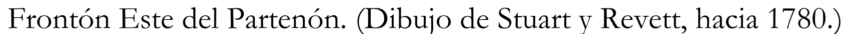


EL PAPEL DEL DEMOS

Por supuesto que si pasamos del plano de los principios al de los hechos podemos constatar algunas diferencias. Bien es verdad que el pueblo era soberano, pero tal soberanía se advertía dentro de determinados límites. Es indudable que fue entonces cuando se elaboraron las reglas estrictas con respecto al orden del día y a la periodicidad de las sesiones de la Asamblea, a la manera de introducir los proyectos de decretos, al procedimiento de su discusión y de su adopción. También entonces se precisaron las atribuciones de la bulé de los Quinientos, y, en particular, el riguroso control que ejerció sobre los que detentaban una magistratura pública, tanto a su toma de posesión, por medio de la *dokimasía**, como al dejar el cargo, a la hora de rendir cuentas. Sólo conocemos estas disposiciones de la ley ateniense a través de textos posteriores a la época de Pericles, pero es muy verosímil que aparecieran ya en este momento. En cuanto a la justicia popular, todavía no se la ve funcionar: solamente a finales del siglo, y sobre todo en el siguiente, Atenas se convertirá en la «República de los abogados». Los atenienses, como el Bledicleón de *Las avispas,* sólo pensaban en ocupar un puesto en el tribunal para recibir el trióbolo que les permitiera no morirse de hambre. Ello no quiere decir que no se reuniera el tribunal del Helieo. Pero las condiciones generales no permitían aún que fuera un instrumento en manos de los pobres contra los ricos.

Efectivamente, la época de Pericles surge en la historia de Atenas como una época de relativo equilibrio social. Y esto es tanto más sorprendente cuanto que todo testimonia para este período un sensible crecimiento de la población del Ática, incluida la población de las ciudades; crecimiento debido a razones naturales y a la vez al desarrollo de la producción, pero también por lo que respecta a la población cívica, a la relativa facilidad con la que, en los años posteriores a las reformas de Clístenes, los extranjeros pudieron integrarse en el cuerpo de los ciudadanos. Sin duda para poner fin a este estado de cosas, Pericles hizo aprobar en el año 451 el célebre decreto que reservaba la cualidad de ciudadano ateniense al nacido de padre ciudadanos y de madre que fuera ella misma hija de ciudadano. El decreto no tenía como objeto preservar una pretendida pureza de raza, pues tanto valía para los «bárbaros» como para los griegos de otras ciudades. Se trataba de limitar el número de beneficiarios de las ventajas que iban unidas a la calidad de ciudadano. No podemos, como se ha hecho con frecuencia, explicar el equilibrio social únicamente por medio de las *cleruquías** o por el desarrollo del artesanado. Los grandes trabajos que Pericles emprendió en la acrópolis y en el Pireo ocuparon una considerable mano de obra. Pero además de haber un gran número de esclavos y de extranjeros entre los trabajadores de las canteras públicas, se trataba de un trabajo temporal que no era suficiente por sí solo para absorber el exceso de ciudadanos. Otro tanto puede considerarse acerca del desarrollo de la industria cerámica o de la explotación de las minas. Se ha calculado que no habría más de cuatrocientos alfareros en el siglo V en Atenas, durante el gran periodo de las vasijas con figuras rojas. En cuanto a las minas, no se sabe gran cosa sobre su explotación en el siglo v. Pero es indudable que la mano de obra era casi exclusivamente servil.

Igualmente, no existía en la Atenas del siglo V una clase comerciante. Es cierto que el desarrollo del Pireo atrajo una abundante población, entre la que había ciudadanos. Pero lo esencial de las actividades comerciales estaba en manos de extranjeros, residentes permanentes con el estatuto de *metecos** o extranjeros de paso. Quedan las cleruquías. Se ha evaluado en diez mil el número de atenienses que Pericles habría establecido fuera de Atenas. Es preciso distinguir a las cleruquías, guarniciones temporales de hoplitas enviadas al territorio de una ciudad aliada rebelde para su vigilancia, de las colonias propiamente dichas, como Quersoneso, Brea, Anfipolis o Turioi. Tales colonias guardaban lazos estrechos con la metrópolis, aunque se discuta si sus habitantes conservaban o no la calidad de ciudadanos atenienses. El decreto de fundación de la colonia de Brea, que ha llegado hasta nosotros, es, a este respecto, precioso, pues nos da idea del origen social de los que eran enviados al exterior: los colonos fueron escogidos entre los tetes y los zeugitas, lo que no deja de ser sorprendente en cuanto que para alcanzar el rango de zeugita era preciso tener posesiones de cierta importancia. En cualquier caso, esto indica que la colonización no era exclusivamente un medio de resolver las dificultades sociales, sino que formaba parte de un programa común político y militar a la vez.


Frontón Este del Partenón. (Dibujo de Stuart y Revett, hacia 1780.)



Frontón Este del Partenón.
Estado actual.



EL IMPERIO DE ATENAS

De hecho, el dominio que Atenas ejerce sobre el mar Egeo parece ser el elemento decisivo de este equilibrio social. Aristóteles, en *La constitución de Atenas,* afirma que del imperio vivían más de veinte mil hombres. Bien es verdad que cuenta entre ellos a los diferentes «funcionarios» del estado y a todos aquéllos que, por diferentes razones, percibían un *mistos,* o sea un salario público. Pero, dejando aparte a los habitantes de las cleruquías y de las colonias, también existían las guarniciones enviadas a los territorios de las ciudades aliadas; los remeros y los soldados, embarcados en los navíos que circulaban por el Egeo durante ocho meses al año para vigilar el tráfico marítimo, para percibir los tributos atrasados y hacer de policía de los mares, cobraban también un sueldo diario; los jueces encargados de dirimir las diferencias entre atenienses y aliados, desde que estos últimos fueran obligados a pleitear ante los tribunales atenienses; los inspectores de cualquier tipo encargados de velar por la ejecución de las decisiones comunitarias. Lo cierto es que Atenas no podía disponer a su antojo del tributo teóricamente hablando. Sin embargo, en la práctica, sobre todo después de que el tesoro de la liga fuera trasladado desde Delos hasta Atenas, el tesoro federal se confundió con el de Atenas, encontrando los atenienses mil pretextos para disponer de él con entera libertad. En particular sabemos que fueron tomados de la caja federal los fondos que sirvieron para reconstruir los monumentos de la acrópolis, con el pretexto de que al haber sido destruidos por los persas durante la guerra mantenida en común, los aliados, liberados. por los atenienses, debían participar en su reconstrucción. Según parece, la operación suscitó algunas murmuraciones en el seno de la asamblea. Pero Pericles supo encontrar argumentos para responder. Plutarco se hace eco de ellos: «Los aliados, dice, sin que pusiesen ni un caballo, ni una nave, ni un soldado, sino solamente aquel dinero, que ya no era de los que lo daban, sino también de los que lo recibían, una vez que cumplían con aquello por que se les entregaba.» *(Vida de Pericles,* 12, 3.)

La manumisión del Egeo permitía a los atenienses asegurar a su ciudad el abastecimiento de cereales. El crecimiento de la población se tradujo en un paralelo crecimiento de las necesidades, .y cabe pensar que, a partir de entonces, los atenienses importaban más de la mitad del trigo que se consumía en Atenas. A los proveedores tradicionales como Eubea, Tracia o Egipto, se añadían ahora las ciudades griegas del Bósforo y los reinos semihelenizados de las riberas septentrionales del Mar Negro. La cruzada militar y diplomática que Pericles en persona dirigió en esta región demuestra la importancia concedida al abastecimiento regular de Atenas.

De esta manera, el equilibrio social que permitía el armónico funcionamiento del régimen democrático se realiza en su mayor parte gracias el dominio ejercido sobre el mundo egeo mediante la liga ático-delia. De ahí la necesidad de mantener a toda costa ese dominio, lo que explica las expediciones de castigo dirigidas contra los calcidios o contra Samos, expediciones a las que tenían que contribuir financieramente los otros aliados o bien mediante el envío de contingentes, lo que también explica la evolución

que Tucídides se complacía en recordar: hizo pasar a los griegos del estatuto de aliados al de sometidos. Tal sumisión se expresó no sólo por la presencia de guarniciones atenienses sino también de inspectores, *episcopoi**, encargados de dirimir las diferencias surgidas de la aplicación de los tratados, casi un arconte, auténtico gobernador ateniense impuesto a la ciudad aliada. También se expresaba en la necesidad —a la que ya hemos aludido— de llevar todos los pleitos ante los tribunales atenienses. Pero la señal más visible de esta sumisión fue sin duda la obligación de adoptar los pesos y medidas de Atenas y de utilizar su moneda. La derrota de Egina y el hundimiento de la rebelión de Eubea tuvieron como consecuencia que, las dos ciudades cuya moneda podía rivalizar con las famosas «lechuzas» de Atenas, empezaron a depender de ésta. En lo sucesivo, la moneda griega dominará la cuenca egea y será buscada por doquier a causa de su alto contenido en plata, permitiendo de esta forma que Atenas se hiciera con todos los productos indispensables. Pericles, en el discurso ya mencionado, pudo decir: «La importancia de nuestra ciudad hace que a ella afluyan todas las riquezas de la tierra, y podemos aprovecharnos tanto de éstas como de las de nuestro país.» *(Tucídides,* II, 38.)

El desarrollo del Pireo fue el producto de esta preponderancia comercial de Atenas. Para diseñar sus planos, Pericles había hecho venir al célebre arquitecto Hipodamos de Mileto. En torno al *emporion,* puerto comercial, se elevaban almacenes, diques y el célebre Mercado del trigo, donde se apilaban las reservas de cereales. Se estrechaba aquí una abigarrada población, mercaderes, cambistas, agentes comerciales, marineros y estibadores. Desgraciadamente, nuestra documentación sólo nos permite reconstruir de forma precisa la actividad del puerto en el siglo IV. Sin embargo, no cabe duda de que en la época de Pericles, los navíos comerciales se acostumbraron cada vez con mayor frecuencia a depositar su cargamento en el Pireo, seguros como estaban de encontrar allí compradores y de dar salida a su mercancía a cambio de una moneda de buena ley y que se cotizaba en todas partes. No hay que imaginar la preponderancia comercial de Atenas como la resultante de un equilibrio entre las compras y las ventas. Los atenienses, sobre todo, tenían necesidad de obtener materias primas, cereales, metales usuales, madera de construcción para los barcos. Su producción de vasos era una producción de lujo que no podía equilibrar de ninguna manera esas compras de materias primas. Además, si bien la ciudad deducía tasas de las transacciones y por la entrada de los barcos al Pireo, no intervenía para nada en los intercambios en si considerados, realizados casi siempre por extranjeros. Estos venían a Atenas de buen grado, porque, como hemos dicho, allí estaban seguros de darle salida a su mercancía y porque la ciudad les ofrecía también a los que querían quedarse la ventaja de una condición jurídica definida: la de *meteco.* No sabemos a cuánto se elevaba en el siglo V el número de metecos, y menos aún cuál era entre los extranjeros residentes la proporción de los que se dedicaban al comercio. No obstante, es plausible pensar que eran relativamente numerosos y que algunos eran muy ricos. Nos limitaremos a citar dos ejemplos que, a decir verdad, pertenecen a finales de siglo: el del armero Céfalo, que tenía en el Pireo un taller de ciento veinte esclavos, y el de ese rico *meteco* que se vio implicado en el asunto de la mutilación de los Hermes y cuyos bienes fueron subastados por la ciudad.

ATENAS «ESCUELA DE GRECIA»

Pericles podía jactarse justificadamente de que Atenas se hubiera convertido en la ciudad «más opulenta y más poderosa». Pero en su opinión, tales atributos nada constituían comparados con lo que era el primer título de la hegemonía de Atenas: su superioridad intelectual y artística, que la hacía propiamente hablando la «escuela» de Grecia. Los modernos han repetido a porfía esta fórmula y cabe preguntarse no sobre lo que se adivina que es su sentido preciso, sino sobre el eco que una afirmación tal pudo encontrar en los atenienses. ¿Cuántos de ellos participaron efectivamente en esta *paideia* o fueron capaces de apreciarla? No es fácil responder a la pregunta, puesto que para mediados del siglo V no disponemos de testimonios comparables desgraciadamente a los que ofrecen las comedias de Aristófanes para el período de la guerra del Peloponeso. No obstante, podrían distinguirse dos campos: el del pensamiento especulativo, por un lado, y el campo religioso por otro. El primero sólo debió interesar a una ínfima parte de los atenienses, a los allegados de Pericles que gustaban de encontrarse en casa de Aspasia, su compañera. Allí se escuchaban las demostraciones de Anaxágoras y los sutiles razonamientos de Zenón. Allí, Protágoras iba a explicar que, en lo sucesivo, «el hombre es la medida de todas las cosas», y que, posiblemente, los dioses fueran únicamente una invención del espíritu humano. La libre discusión, las sutilezas del razonamiento sofístico, las audaces especulaciones, comenzaban a poner en tela de juicio todas las verdades admitidas, tarea que llevarían a cabo en la siguiente generación los sofistas y, paralelamente a ellos, Sócrates. Pero es obvio que tales especulaciones interesaban muy poco a la masa de los atenienses, que las ignoraban o, caso de recibir algunos de sus ecos, se burlaban de ellas, cuando no las juzgaban lo suficientemente peligrosas como para llevar a sus autores ante los tribunales bajo la acusación de impiedad. Poco antes del comienzo de la guerra del Peloponeso se intentaron llevar a cabo algunos procesos contra hombres como Fidias, Anaxágoras y, más tarde, Protágoras, mientras que las peores habladurías sobre Aspasia corrían de boca en boca.

Los propileos.

Pero esos mismos atenienses, prestos a cazar a Anaxágoras o a Fidias, corrían al teatro para escuchar las obras de Esquilo o de Sófocles y admirar el soberbio ornato en el que Pericles había dotado a la acrópolis. El teatro y los templos, al igual que las grandes fiestas anuales en honor de Atenea o de Dionisos formaban parte de este aspecto religioso que, junto con la actividad política, constituía el aspecto esencial de la vida de los atenienses

del siglo v. Sería peligroso y erróneo imaginarse a los contemporáneos de Pericles como hombres liberados de las supersticiones y dispuestos a reconocer a la razón por única guía. La población campesina llevaba todavía una existencia muy zafia, jalonada por las fiestas agrarias en honor de las divinidades tradicionalmente protectoras de las cosechas: Demeter, la diosa del trigo, y Dionisos, el dios por excelencia de la vegetación arbustiva. En las asambleas del fiemo, tales campesinos se iniciaban lentamente a la vida política. A veces iban a Atenas para asistir a una sesión de la Asamblea sobre la Pnix. Pero el mundo de la ciudad y del puerto les era hostil, y volvían con gozo para encontrar a sus alegres campesinas y a las grandes farsas mediante las que se conciliaban con los dioses. Los habitantes de la ciudad eran evidentemente menos zafios, más habituados a oír a los oradores, y, por ello, más sensibles a la magia de la palabra. Son ellos quienes, en las grandes fiestas en honor de Dionisos, se apretujaban en el teatro con su «tentempié», dado que la representación duraba todo el día, para vibrar con el relato de la desgracia de los Atridas o de la familia de Edipo. Aunque se les escaparan algunas sutilezas, cabe pensar que cogían todas las alusiones políticas, y que los viejos combatientes de Salamina escuchaban con emoción el relato del mensajero en *Los persas* de Esquilo. Cuando se piensa que fueron los atenienses reunidos en el teatro durante las Leneas quienes coronaron a Esquilo, Sófocles, y más tarde a Eurípides, prefiriéndolos a oscuros comparsas, no podemos por menos que admirar la seguridad en el juicio de este pueblo y dudar de los daños de la «teatrocracia» denunciada por Platón.

Esos mismos atenienses participaban en las grandes procesiones y en los juegos que manifestaban su devoción para con los dioses. La célebre frase de Fidias hace revivir ante nuestros ojos la más grandiosa de tales procesiones, la de las Panateneas, que reunía a todos los atenienses en un homenaje a su divinidad tutelar. Conducidos por los magistrados, se sucedían portadores de ofrendas, sacrificadores, y esas muchachas que habían tenido el privilegio de tejer el velo de la diosa, mientras caracoleaban los jóvenes caballeros que escoltaban al cortejo. Las fiestas en honor de Demeter eleusina dan lugar a procesiones análogas que conducen a los futuros iniciados desde Atenas hasta Eleusis. En cuanto a Dioniso, era desde los Pisistrátidas una de las más veneradas divinidades de Atenas. Además de los Dionisos rústicos, fiestas populares y camperas que se desarrollaban en los demos, había tres grandes fiestas en honor de Dioniso: las Leneas, que se celebraban en el mes gamelión (enero-febrero), las Antesterias, que se celebraban en marzo, y las Grandes Dionisíacas que duraban seis días, del 10 al 15 elafebolion (marzo-abril) y que rivalizan en esplendor con las grandes Panateneas. Se caracterizaban no sólo por una gran procesión, sacrificios y banquetes, sino sobre todo por los grandes concursos de tragedia y de comedia que se desarrollaban durante los tres últimos días. La importancia y solemnidad de estas fiestas justifican la afirmación de Pericles: «Y además nos hemos procurado muchos recreos del espíritu, pues tenemos juegos y sacrificios anuales y hermosas casas particulares, cosas cuyo disfrute diario aleja las preocupaciones.» (Tucídides, II, 38.) Tales fiestas eran, además, el pretexto para Atenas de reafirmar su poderío. A las Grandes Dionisíacas llegaban los aliados con el tributo. Sus delegados podían de esta forma admirar con sus propios ojos no sólo la majestad y la pompa con que el pueblo ateniense revestía el homenaje a sus dioses, sino también el admirable juego de piedra y oro con que Pericles había dotado a la ciudad.

Se trataba de reparar las ruinas de las guerras médicas y, en particular, de elevar a la diosa titular de Atenas un santuario digno de ella. Pericles llamó a su amigo Fidias, quien reunió en torno a él a un equipo de colaboradores entre los que se contaban los arquitectos Calícatres, Ictinos, Mnesicles, Corebos, los escultores Peonos, Alcameno, Agorácrito, Cresilas, los pintores Polignoto y Cololes. Los trabajos comenzaron hacia el año 450. Hay que tomar prestada a Plutarco la descripción de la animación que reinaba a la sazón en Atenas: «Porque siendo la materia prima piedra, bronce, marfil, oro, ébano, ciprés, trabajaban en ella y le daban forma los arquitectos, vaciadores, latoneros, canteros, tintoreros, orfebres, pulimentadores de marfil, pintores, bordadores y torneros; además, en proveer de estas cosas y portearías entendían los comerciantes y marineros en el mar, y en tierra, los carreteros, alquiladores, arrieros, cordeleros, lineros, tejedores, constructores de caminos y mineros; y cada arte a la manera que cada general su ejército, tenía de la plebe su propia muchedumbre subordinada, viniendo a ser como el instrumento y cuerpo de su peculiar ministerio (...) Adelantábanse, pues, unas obras insignes en grandeza, e inimitables en su belleza y elegancia, contendiendo los artífices por excederse y aventajarse en el primor y maestría; y con todo, lo más admirable en ellas era la prontitud; porque cuando de cada una pensaban que apenas bastarían algunas edades y generaciones para que difícilmente se viese acabada, todas alcanzaron en el vigor de un sólo gobierno su fin y perfección (...) Porque cada una de ellas en la belleza al punto fue como antigua, y en la solidez, todavía es reciente y nueva; ¡Tanto brilla en ellas un cierto lustre que conserva su aspecto intacto por el tiempo, como si las tales obras tuviesen un aliento siempre floreciente y un espíritu exento de vejez!» *(Vida de Pericles,* 12. 6-13, 1-5.)

No es sorprendente esta admiración de Plutarco porque, después de veinticinco siglos, la misma emoción se apodera del visitante que sube las pendientes de la acrópolis. La parte más importante del conjunto estaba constituida por el Partenón, el templo de Atenas, realizado por entero con mármol del Pentélico. De estilo dórico períptero, presentaba una fachada de ocho columnas, mientras que quince columnas ritmaban los costados. Por encima del arquitrabe, noventa y dos metopas evocaban las grandes leyendas épicas, el ciclo troyano al norte, el combate de las Amazonas al oeste, el combate de los Centauros al sur, la gigantomaquia al este. En el interior, a lo largo de las paredes del santuario, un friso corrido representaba la procesión de las Panateneas. Los frontones, acabados en el año 433, esto es, cinco años después de la consagración del edificio, evocaban a la diosa: al este, el nacimiento de Atenea; al oeste, su lucha con Poseidón por la posesión del Ática; dentro del santuario estaba situada la estatua criselefantina, o sea de oro y de marfil, de la diosa, obra de Fidias.

Los restantes monumentos de la Acrópolis fueron acabados después de la muerte del que había concebido el conjunto. Los trabajos de, los Propileos, monumental entrada al perímetro sagrado, fueron interrumpidos en el año 431 por el comienzo de la guerra. El Erecteion, el templo de Atenea Niké no se acabaría hasta finales de siglo. Pero la grandeza de concepción del conjunto dice bastante de la ambición de Pericles por hacer de Atenas la ciudad más bella y más gloriosa del mundo griego.

Tamaña ambición cuesta cara. Anteriormente vimos como Pericles había resuelto el problema de la financiación de estos grandiosos trabajos: deduciendo el diezmo de la

diosa del tributo de los aliados. Es fácil concebir que tales procedimientos no recibieran la aprobación de los aliados y que estos buscaran sacudirse por todos los medios una servidumbre que les resultaba cada vez más difícil de soportar.

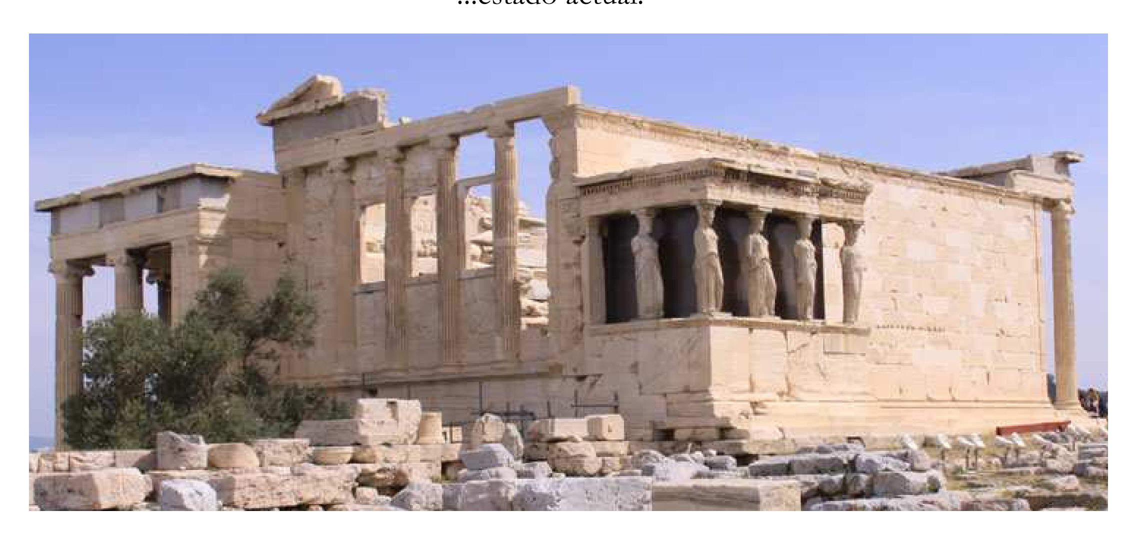
DEL IMPERIALISMO A LA GUERRA

El problema de la responsabilidad de Pericles en el desencadenamiento de la guerra del Peloponeso es un falso problema, puesto que es obvio que la guerra entraba en la lógica de su política. La democracia ateniense estaba condicionada al mantenimiento del Imperio. Cualquier amenaza que pesara sobre este Imperio era una amenaza contra el régimen. La guerra comenzó por un doble conflicto que opuso a atenienses y corintios, al oeste alrededor de Corcira y el este en torno a Potidea. Corcira, colonia corintia, hacía mucho tiempo que había tomado distancias con respecto a su metrópoli, y cuando estalló un conflicto entre ésta y aquélla por la posesión de Epidamno, los de Corcira reclamaron la ayuda de los atenienses. Potidea era también una colonia corintia, situada en Calcídica, al norte del Egeo. Al revés de lo que ocurría con Corcira, aquélla había conservado lazos estrechos con Corinto, lo que no le había impedido, dada su situación geográfica, entrar en la alianza de Atenas, de la que era tributaria. En este caso es Atenas quien toma la ofensiva, exigiendo a los potideos la ruptura de los lazos que todavía los unían a los corintos. Es comprensible el interés de los atenienses en Potidea, situada en su zona de expansión, pero no lo es tanto por lo que respecta a Corcira. Es preciso señalar, sin embargo, que desde la fundación de Turioi, en el año 444/3, en el lugar de la antigua Síbaris, Atenas, cuyos intereses habían sido hasta entonces estrictamente egeos, se había vuelto hacia Occidente. Es plausible preguntarse por las razones de este nuevo interés por Occidente. Es cierto que desde hacía tiempo llegaban vasijas atenienses a las orillas del Adriático y del mar Tirreno, pero tales vasijas eran traídas por comerciantes extranjeros, jónicos y principalmente foceos, pues los navíos atenienses jamás se habían aventurado en los mares occidentales. Este nuevo interés por Occidente plantea bastantes problemas. Es dudoso que existieran en principio razones «económicas». Atenas, todo lo más, podía desear hacerse directamente con algunas materias primas sin pasar por los corintios. Pero también cabe pensar que, habiendo puesto el pie en Italia del Sur, los atenienses desearan controlar los caminos de acceso a su colonia italiana.

El erecteion y la tribuna de las Cariátides. (Dibujo de Stuart y Revett, hacia 1780.)



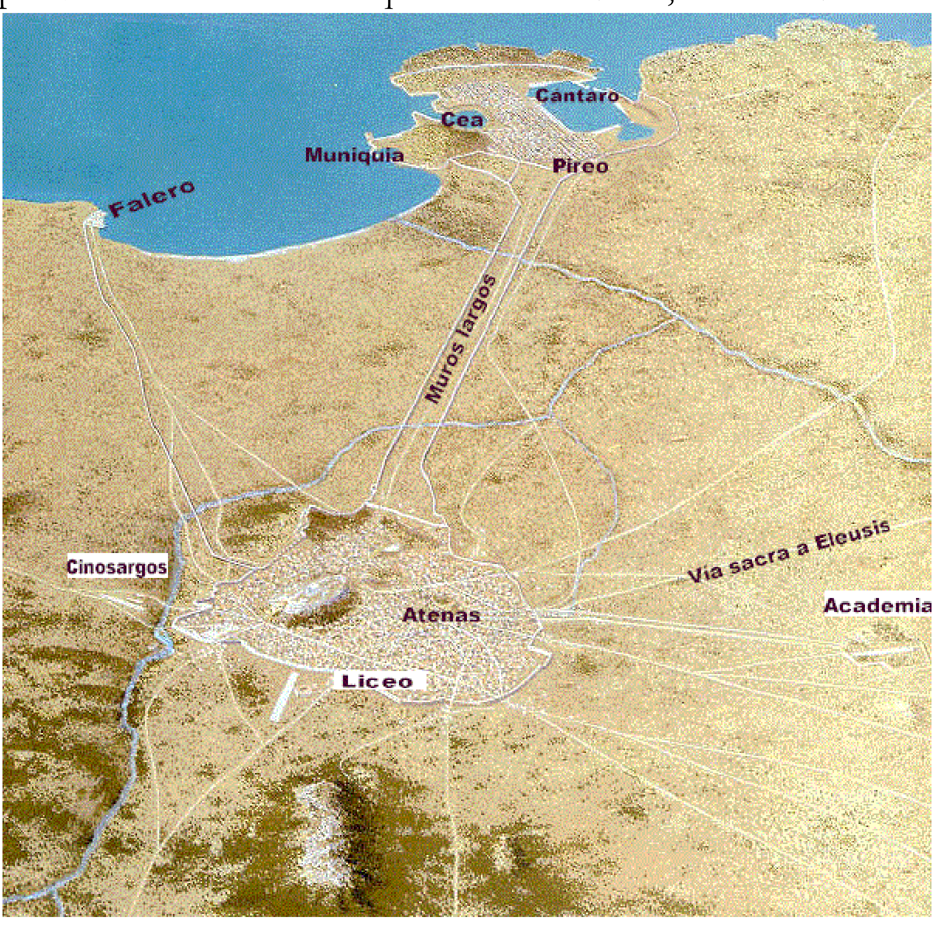
...estado actual.



Sea lo que fuere, los asuntos de Corcira y Potidea crearon un efectivo estado de guerra entre Atenas y Corinto, que formaba parte de la liga peloponesa. Contra las intrigas atenienses, los corintios llamaron de manera natural a los espartanos. Estos no habían visto con buenos ojos el desarrollo del poderío ateniense después de las guerras médicas. Se esforzaron por todos los medios en limitarlo, suscitando contra Atenas la hostilidad de las ciudades continentales, sosteniendo con mayor o menos efectividad la resistencia de las viejas ciudades enemigas de Atenas, Egina y Megara, sus vecinas más próximas. En el año 445, un tratado de paz había puesto fin a lo Que se acostumbra a

llamar primera guerra del Peloponeso. Pero la hostilidad entre las dos grandes ciudades griegas seguía subsistiendo, hostilidad basada en un cúmulo de rencores pero también ligada cada vez más a una oposición de principio entre dos concepciones antagónicas de la Ciudad. Hasta el punto de que Esparta había llegado a ser para los adversarios de Pericles y de la democracia ateniense el modelo perfecto al que hubiera sido necesario tratar de acercarse.

Solicitados por los corintios, los espartanos vacilaron en principio a comprometerse en una lucha cuyo resultado era incierto y que, en ese instante, corría el riesgo de servir antes a los intereses de Corinto que a los de Esparta. Tucídides, al comienzo de su relato, nos ha dejado un notable análisis de esas dudas y de las discusiones que tuvieron lugar en la asamblea espartana. Los corintios acusan a los espartanos de haberse mostrado débiles ante las intrigas atenienses: «Y de esto los culpables sois vosotros, que primero les dejásteis fortificar su ciudad al acabar las guerras médicas, después levantar los **Muros Largos**[1], y desde entonces hasta ahora habéis estado quitando la independencia no sólo a los que ellos esclavizan, sino también en estos momentos ya a vuestros aliados; pues no es el que esclaviza el que en realidad lo hace, sino el que puede impedirlo y no se preocupa de ello, sobre todo si pretende para sí la gloria de ser el libertador de Grecia.» *(Tucídides,* I, 69.) Los delegados atenienses presentes en Esparta tomaron por su parte la palabra para justificar su imperio mediante el papel jugado en el pasado, en la época de la guerra contra el Medo, y para invitar a los espartanos a escoger la negociación frente a la guerra: «Pensad antes de hallaros en guerra cuántas posibilidades de error hay en los planes que se hacen sobre ella, pues suele las más de las veces prolongarse y convertirse en cuestión de azar, de cuyo secreto distamos igual unos de otros y no se sabe en qué sentido de los dos tendría lugar la decisión».



«...Resolvamos nuestras diferencias por vía legal conforme al tratado; y, en caso

1 Estos largos muros unían Atenas al Pireo. Tanto la ciudad como el puerto formaban un conjunto defensivo prácticamente inexpugnable.

contrario, pondremos por testigos a los dioses por quienes juramos, e intentaremos defendernos de vosotros, los iniciadores de la guerra, siguiendo el camino por el que nos hayáis llevado.» (I, 78.) ¿Hicieron los atenienses tales declaraciones o bien Tucídides quiso salvar a sus conciudadanos de la acusación de haber desencadenado deliberadamente las hostilidades? Tengamos en cuenta que Tucídides escribía mucho después de los hechos que relata y cuando ya se adivinaba el resultado de la guerra. Sea como fuere, los espartanos, en la persona de su rey Arquidamos, permanecieron vacilantes en principio. Pero el *éforo** Estenelo arrastró la decisión en favor de la guerra y los aliados de Esparta la ratificaron después de una nueva intervención de los corintios.

Los espartanos enviaron entonces a Atenas una primera embajada para dar parte a los atenienses de la resolución de los aliados y exponer sus quejas. Pero la primera de esas quejas era de hecho una maniobra para tratar de desacreditar a Pericles: exigieron que al fin fuera castigado el sacrilegio cometido con la diosa. Se trataba del famoso sacrilegio cometido por Megacles durante la conspiración de Cilón y que había acarreado la condena de toda la gens de los Alcmeónidas. Vimos como éstos habían podido volver a Atenas y el papel primordial que habían tenido en la historia de la ciudad. Pericles era alcmeónida por parte de Agaristé, su madre. Resucitar este antiguo reproche era un medio de desacreditar al hombre político cuya estrella comenzaba a palidecer, como testimonian los procesos incoados a sus amigos más cercanos. El asunto, según parece, no tuvo continuación. Pero una segunda embajada de los lacedemonios comportó un auténtico ultimátum: los atenienses debían levantar el sitio de Potidea, conceder la independencia a Egina y, sobre todo abrogar el decreto recién adoptado contra los megarenses. Tal decreto, del que no hay apenas duda de su autoría por parte de Pericles, cerraba a los megarenses los mercados del Ática. La razón invocada para justificar tal medida consistía en que los de Megara acogían a los esclavos fugitivos de Atenas. Era una medida de represalia contra una ciudad que tenía un pesado contencioso sin arreglar aún con Atenas.

Frente a este ultimátum y a otro que le siguió reclamando el respeto de los atenienses por la independencia de los griegos, los atenienses se dividieron: «Se adelantaron primero a hablar otros muchos, cuyas opiniones estaban divididas, diciendo ya que la guerra era necesaria, ya que el decreto no fuera obstáculo para la paz, sino que lo derogasen; hasta que, adelantándose Pericles, hijo de Jantipo, el primero de los atenienses en aquel tiempo y el más capaz para la palabra y la acción, les aconsejó lo que sigue: "Continúo ateniéndome siempre a la misma opinión de no ceder ante los peloponesios, ¡oh atenienses...!"» (1. 139-140.) Pericles desarrolla inmediatamente las razones que tenían los atenienses para rechazar el ultimátum de sus adversarios, destacando su mala fe y demostrando además la evidente superioridad de Atenas en caso de guerra, sobre todo si se acepta la táctica que él mismo defendía: llevar la guerra al mar y renunciar a la defensa del territorio del Ática, conservando exclusivamente la ciudad y el puerto. Pericles concluye: «Pues hay que convencerse de que la guerra es necesaria —y cuanto más voluntariamente la aceptemos, menos dispuestos estarán nuestro enemigos al ataque— y de que los mayores peligros resultan para las ciudades y los individuos los mayores honores. Nuestros padres, por ejemplo, hicieron frente a los persas, y aunque no dispusieron de tantos recursos como nosotros, sino que incluso abandonaron lo que

tenían, rechazaron a los bárbaros y llevaron nuestra prosperidad al estado presente, más por cálculo que por buena suerte y gracias a una audacia superior a su fuerza; y no debemos quedar detrás de ellos, sino defendernos por todos los medios de nuestros enemigos y procurar entregar esta prosperidad a nuestros descendientes no disminuida.»

Así se decidió una guerra que iba a durar más de un cuarto de siglo y que finalizaría con la derrota y la ruina de Atenas.



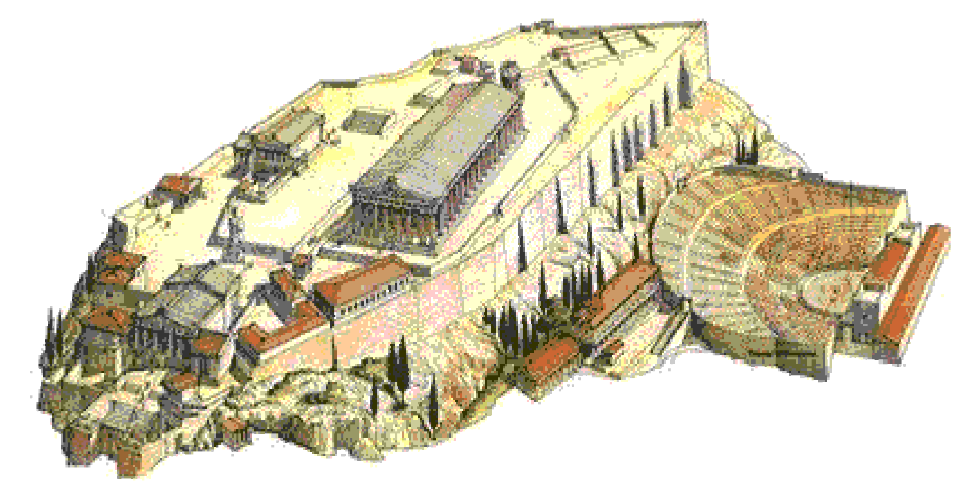
3
LA GUERRA DEL PELOPONESO

La guerra del Peloponeso es el suceso mejor conocido entre todos los de la historia de Atenas. No sólo porque Tucídides compuso y redactó su relato minucioso, sino también porque el último tercio del siglo V fue un período extremadamente rico en la historia del pensamiento ateniense, con numerosos testimonios legados entre los que destacan por su vitalidad las comedias de Aristófanes. Si el relato de Tucídides nos ofrece la visión en cierto modo oficial de los acontecimientos, el teatro de Aristófanes permite entrever las reacciones de la opinión pública ateniense ante tales acontecimientos y revivir así un período que iba a ser decisivo para ellos.

PRIMEROS FRACASOS. LA PESTE

Como hemos visto, Pericles había preconizado la táctica más adecuada para adoptar una decisión rápida: Atenas, que poseía el dominio del mar, era sobre el mar donde le iba a ser preciso obtener la decisión sin inquietarse por la defensa del territorio: «Mirad: si fuéramos isleños, ¿quiénes serían más inexpugnables? Pues bien, es preciso que os hagáis ahora una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis el mar y la ciudad.» (1, 143.)

Esta táctica fue aplicada rápidamente no sin suscitar, según parece, murmuraciones y resistencias: «Los atenienses al oírle le obedecieron e hicieron entrar del campo a sus hijos y mujeres y los enseres domésticos en general que utilizaban en el campo, e incluso el maderamen de sus propias casas, que se llevaron; y transportaron a Eubea y las islas cercanas sus ovejas y animales de tiro. (...) Llegados a la ciudad, sólo los menos encontraron abrigo o posada en casa de amigos o parientes. La mayor parte acamparon en lugares inhabitados, en los templos y en los santuarios de los héroes, salvo en la acrópolis, en el Eleusinion y en lugares estrictamente cerrados. Muchos se instalaron en las murallas, cada uno se desenvolvió como dios le dio a entender.» (II, 14, 17.)





Firma del decreto entre Atenas y Samos (403/402). (Mármol del museo de la acrópolis.)

Podemos imaginar bastante bien lo que fue este éxodo interior. Pero aún mejor lo podemos hacer con los sentimientos de estos refugiados cuando poco después, casi con sus propios ojos, vieran sus campos destrozados por el ejército peloponeso. Tucídides relata que fue entonces cuando el abatimiento alcanzó su grado máximo, que los más jóvenes quisieron rebelarse y que fue precisa toda la energía de Pericles para impedírselo, de un Pericles cuyo crédito declinaba a marchas forzadas. Sin embargo, los acontecimientos parecieron darle la razón: poco después, los peloponesos evacuaban el Ática, mientras el ejército ateniense asolaba la Megárida y la flota consolidaba sus posiciones. A finales de este año, durante el invierno, Pericles pronunciaba el discurso fúnebre de los atenienses muertos en el primer año de guerra, himno de gloria en honor de Atenas y de la democracia ateniense.

Al verano siguiente, los peloponesos volvieron a encaminarse al Ática. Será entonces cuando estalle la epidemia que iba a costar la vida a un cuarto de la población de Atenas. Se ha disentido bastante sobre la naturaleza exacta de la enfermedad, cuyos síntomas fueron minuciosamente descritos por Tucídides. Se ha hablado de peste y de tifus. De cualquier forma, iba a ejercer una tremenda devastación. Dejamos hablar a Tucídides que aunque luego tuvo la suerte de salvarse, fue alcanzado por la enfermedad: «Los unos morían sin ser atendidos, y otros muy cuidados. Y no fue hallado ni un solo remedio, por así decir, con cuya aplicación se aliviara la enfermedad (pues lo que venía bien a uno a otro Ie perjudicaba), y ningún hombre se mostró capaz de resistirla, fuera fuerte o débil, sino que el mal hacía presa en todos en general, cualquiera que fuese su género de vida. Pero lo más terrible de todo el mal era la falta de ánimo que se producía cuando uno se daba cuenta de que estaba enfermo —pues entregando su espíritu a la desesperación se abandonaban a él mucho más y no intentaban resistirlo—, así como

que, infectándose unos al atender a otros, morían como ovejas.» (II, 51.)

Bien entendido que el aflujo de los habitantes del campo al interior de la ciudad agravó todavía más la situación: «Porque como no había casas, sino que vivían los refugiados en la buena estación en chozas angostas, la mortandad tenía lugar en circunstancias anormales, ya que, incluso, los cadáveres yacían unos sobre otros en el momento de la muerte, y enfermos medio muertos se arrastraban por las calles en torno a todas las fuentes, llevados por su deseo del agua. Los templos en que se habían instalado estaban llenos de cadáveres de los que morían allí.» (Id., 52.)

No sólo fue abandonado el tradicional ritual respecto de la sepultura de los muertos, sino que toda la vida moral se vio transtornada: «Ya que veían que era repentina la mudanza de fortuna entre los ricos que morían de repente y los pobres que nada poseían antes y al punto eran dueños de los bienes de aquéllos. De esta forma querían lograr el disfrute de las cosas con rapidez y con el máximo placer, pues consideraban efímeras tanto las riquezas como la vida. (...) Ningún respeto a los dioses ni ley humana les retenía, pues por un lado consideraban indiferente el ser o no ser piadosos, ya que veían que todos sin distinción perecían y por otro, ninguno esperaba sufrir el castigo de sus crímenes viviendo hasta que se hiciese justicia, sino que creían que un castigo mucho mayor, ya votado, estaba suspendido sobre sus cabezas, y que antes de su ejecución era natural que gozaran un poco de la vida.» (Id., 53.)

Mientras tanto, la guerra continuaba, pero sin ningún resultado decisivo. De esta manera comenzó a desarrollarse en Atenas una cólera sorda contra Pericles, al tiempo que crecían los deseos de paz. Mediante la magia de su palabra, Pericles consiguió convencer a los atenienses para que no cedieran. Sin embargo, fue obligado a rendir cuentas y condenado a una multa. Pero era todavía tan grande su influencia sobre el demos que fue reelegido estratego. Moriría poco después, víctima por su parte de la epidemia.

Así finalizaba la vida de un hombre que, durante más de treinta años, había dominado la política ateniense, había establecido sólidamente la democracia y fundado el poderío marítimo de la ciudad. Sin embargo, la guerra continuaba, extendiéndose a nuevas regiones del mundo griego. Mientras que los peloponesos continuaban arrasando periódicamente el Ática, los aliados de Atenas comenzaban a retirarse: tal fue el caso en particular de la isla de Lesbos, que había permanecido hasta ahora como una aliada privilegiada de Atenas. Los de Lesbos, como los de Quíos y los de Samos, combatieron al lado de los atenienses con sus propios recursos. Los lesbianos reclamaron la ayuda de los espartanos, mostrándoles todas las ventajas que podrían extraer de una intervención en su favor: «En cambio, si venís en nuestro auxilio con decisión, lograréis la alianza de una ciudad que posee una gran escuadra, que es de lo que más falta tenéis; haréis sucumbir con mayor facilidad a los atenienses al quitarles sus aliados, pues todos se os pasarán con más audacia que ahora.» (III, 13.)

Los atenienses, sin embargo, se habían repuesto; equiparon una flota de cien navíos que sitió Mitilene, la principal ciudad de la isla, votándose por primera vez el principio de una contribución de guerra, *eisforá**, cuyo montante se fijó en doscientos talentos. Al mismo tiempo, una escuadra mandada por el estratego Lisicles se dirigía a reclamar el tributo a las ciudades aliadas. Es preciso hacer aquí una observación. Este

Lisicles, que a la sazón daba la impresión de dirigir la política ateniense, se nos dice, había sucedido a Pericles en el mando del partido democrático y, también, en el lecho de Aspasia. También se dice que era tratante de corderos. Por tanto, no pertenecía a esa vieja aristocracia cuyos miembros, hasta Pericles incluido, habían continuado en los altos cargos de la ciudad. Por primera vez, uno de estos nuevos hombres que habían comenzado a insinuarse dentro de la clase política, aparece en primer plano. Sin embargo, Lisicles no tardaría en dejar su lugar a otro hombre, cuyo origen popular es aún más evidente: Cleón el curtidor.

CLEÓN. LA GUERRA A ULTRANZA

Cleón comienza a demostrar su autoridad en el momento de la rendición de Mitilene. Los mitilenios fueron obligados a capitular y era preciso deliberar sobre su destino. En un primer arranque de cólera, los atenienses decidieron matar a todos los adultos, dedicando a esclavos a las mujeres y a los niños. Reconsiderada posteriormente tal decisión, reclamaron una nueva reunión de la Asamblea.

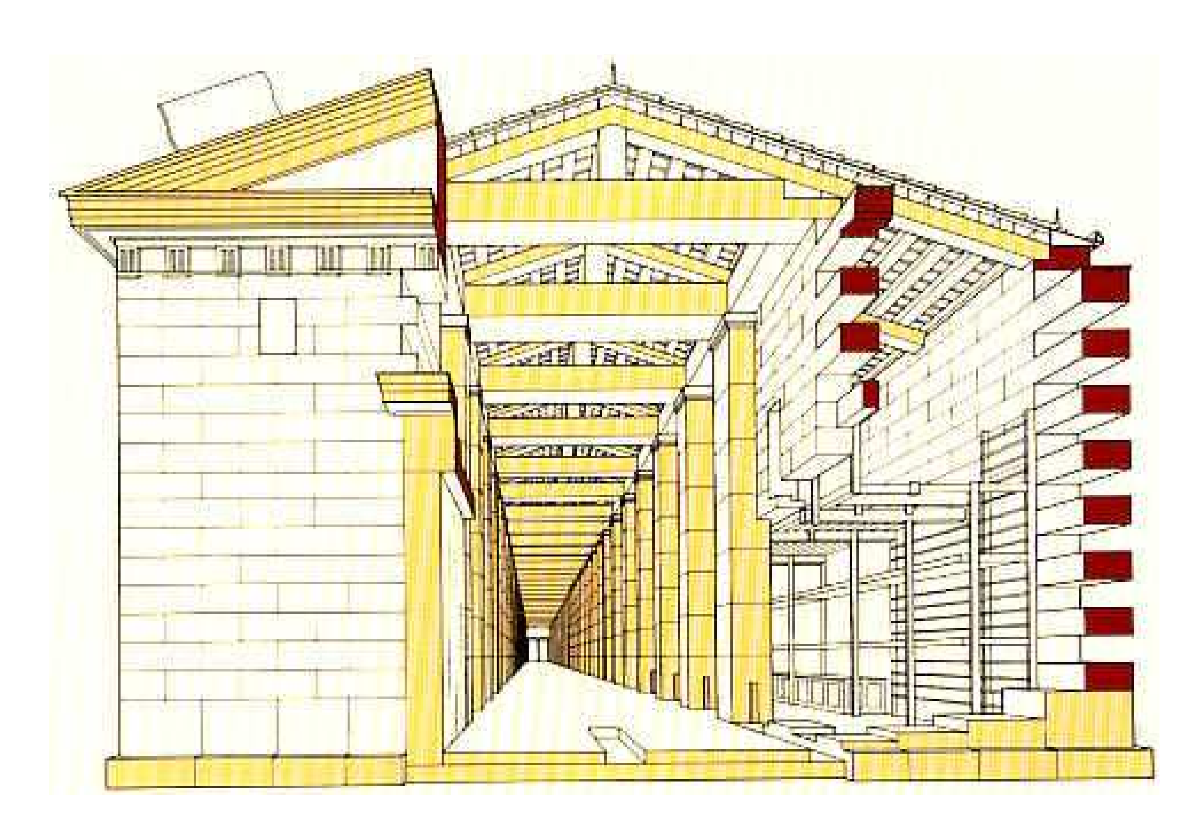
«Se celebró, pues, inmediatamente una reunión de la Asamblea, y entre otras opiniones que fueron expuestas por varios, Cleón, hijo de Cleéneto, que ya había logrado imponer la anterior resolución de dar muerte a los mitilenios, y que también en los demás asuntos públicos era el más violento de los ciudadanos y el que por aquel tiempo era más escuchado por el partido popular, se adelantó de nuevo, y habló así:

> `Ya en otras muchas ocasiones me he dado cuenta de que una democracia es incapaz de mandar sobre otros, y más ahora ante vuestro arrepentimiento respecto a los mitilenios. Porque debido a la libertad y falta de temores en que vivís en vuestras relaciones particulares, la tenéis también respecto a los aliados, y si cometéis un error en algo persuadidos por sus palabras o cedéis a la compasión, no os viene el pensamiento de que esa blandura es peligrosa para vosotros mismos y no os vale el agradecimiento de aquéllos; pues no os dais cuenta de que vuestro imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas contra su voluntad; gentes que no os obedecen por los factores que les hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad.'» (III, 37.)

Los mitilenios eran reos de traición. Merecían un castigo ejemplar que a la vez constituyera una advertencia para los aliados que se les pudiera pasar por la cabeza imitarlos. Cleón, sin embargo, no llegó a convencer a la Asamblea. Un orador, Diodoto, mostró a los atenienses el peligro consistente en confundir a los responsables de la deserción con el demos de Mitilene. Mostrándose generosos respecto a éstos, los atenienses se ganaron de entrada a las masas populares de las ciudades aliadas, que no dudaron en ponerse en contra de los partidarios de Esparta. La propuesta de Diodoto obtuvo una ínfima mayoría, y los de Mitilene se salvaron. Pero Cleón decidió que el territorio de la ciudad se dividiría en lotes atribuidos a cleruquías atenienses, que tendrían guarnición en la isla y recibirían un canon anual de dos minas (doscientas dracmas) por lote. Los mitilenios continuarían explotando las tierras, convirtiéndose en sus arrendatarios (427 a.C.).



Los propileos y el templo de Atenea Niké.



Reconstrucción, según los presupuestos de construcción, del arsenal de El Pireo.

El hundimiento de la rebelión de Mitilene marca un giro en la historia de la guerra del Peloponeso. En lo sucesivo, la guerra será cada vez más política, una lucha entre dos ideologías. De un lado Atenas, hacia la que se vuelven las masas populares de todas las ciudades. Del otro Esparta, sostén de todas las oligarquías. La guerra, mediante su

violencia y su estela de destrucción, ha roto el equilibrio del mundo griego, del que en lo sucesivo nadie escapará. El teatro de operaciones no cesará de agrandarse. A la llamada dé Leontinoi, los atenienses envían a Sicilia un cuerpo expedicionario, manifestando de nuevo ese interés por Occidente ya visto anteriormente. Por su parte, los espartanos, desde el asunto de Mitilene, navegan cruzando las costas orientales y septentrionales del Egeo, amenazando directamente las posiciones tradicionales de Atenas.

Cada año poco más o menos, los espartanos atacan el Ática, mientras que la flota ateniense cruza la costa peloponesa lanzando rápidas razzias. Una de ellas tendría consecuencias importantes: en el año 425, el estratego ateniense Demóstenes decidió ocupar y fortificar el sitio de Pilos, en Mesenia. Al mismo tiempo, un ejército espartano bajo la dirección del rey Agis acampaba en el Ática. Los espartanos volvieron a toda prisa y emprendieron el asedio de Pilos. Pero no pudieron tomarla, decidiendo enviar a Atenas un mensajero para negociar la paz. En Atenas reinaba el hastío, pues el año anterior se había asistido a un brusco recrudecimiento de la epidemia, cobrándose nuevas víctimas. Los campesinos veían sus campos arrasados casi todos los años por las correrías de los lacedemonios. Pero los dirigentes de la democracia, Cleón el primero, no estaban resueltos a ceder antes de haber obtenido un éxito decisivo. Como se ha visto, éste tenía asegurado el apoyo de una parte de la Asamblea. De esta forma, posibilitó el rechazo de la oferta de los lacedemonios y el recrudecimiento de la guerra. Dejando aparte el relato de Tucídides, poseemos las primeras comedias de Aristófanes para conocer las reacciones de los atenienses durante este periodo. Cleón es a la sazón el blanco favorito del poeta, para el que aquél es el responsable de todos los males sufridos por el demos. En *Los acarnienses,* representada en el año 425, Aristófanes imagina la situación burlesca de un ateniense que, cansado de la guerra, llega a una tregua con el enemigo. En *Los caballeros,* representado en las Leneas del año 424, Aristófanes la toma abiertamente con Cleón, representado bajo un esclavo curtidor Paflagonio, que depende de Demos, su dueño. *Los caballeros* se representó poco después del rechazo por parte de Cleón de las ofertas de paz hechas por Esparta. Cleón se compromete a tomar el islote de Esfacteria, donde son encerrados los soldados lacedemonios frente a Pilos. Y de hecho, elegido estratego y enviado con Demóstenes al Peloponeso, obtiene la rendición de los soldados lacedemonios en los plazos que se había fijado, lo que le supone un aumento de prestigio entre el pueblo. En *Los caballeros,* uno de los servidores de Demos, sostiene argumentos que difícilmente podían comprender los espectadores: «Pues tenemos un amo montaraz, rabioso, mascahabas, irascible, un viejo malhumorado, algo sordo, que se llama Demos, y habita en el Pnix. El mes pasado compró un esclavo, Paflagonio, curtidor, el hombre más desalmado y más embustero que parió madre. Conociendo el carácter del viejo, este Paflagonio de la Curtiduría con bajas zalamerías le adula, le acaricia, le halaga, le engaña con discursillos melosos y engatusadores, por ejemplo: '¡Oh Demos!, ya has juzgado una causa, vete ahora al baño, toma un refrigerio, come, bebe, toma tus tres óbolos. ¿No quieres que te sirva la comida?' En seguida, arrebatando de las manos lo que alguno de nosotros ha preparado, se lo presenta al amo para complacerlo. Hace poco había preparado yo una rica torta laconia en Pilos, y este bellaco se dio maña para apropiársela y se la regaló al señor como cosa suya.»

Los atenienses coronaron a Aristófanes, pero conservaron su confianza en Cleón,

partidario de continuar la guerra hasta la victoria completa. Esto parecía tanto más necesario cuanto que desde el asunto de Pilos, los espartanos amenazaban las zonas vitales para el Imperio ateniense, pretendiendo arrebatar a Atenas el dominio del Egeo. Y mientras la guerra proseguía sobre los campos de batalla y un combate particularmente encarnizado oponía a atenienses y a beocios en Delion, Brasidas, el rey de Esparta, con un ejército al que se habían añadido ilotas liberados con este motivo, se asentó en Tracia y sitió Anfípolis, defendida a la sazón por el estratego Hueles, sostenido por una parte de la flota que cruzaba Tasos bajo el mando de Tucídides el historiador. La toma de Anfípolis por Brasidas representó una grave derrota para Atenas. Tucídides, que no había podido impedirla, fue condenado al exilio, lo que le permitió comenzar la redacción de su magna obra. Se firmó entonces una tregua entre espartanos y atenienses, que Cleón aprovechó para reforzar el potencial de guerra ateniense. Posteriormente, él mismo, a la cabeza de un ejército, fue a Tracia con la intención de volver a tomar Anfípolis, defendida por Brasidas. Tucídides, cuyo santo de devoción no es precisamente Cleón, vuelve a echar sobre éste la responsabilidad de la derrota que sufrió el ejército ateniense. Tal derrota, sin embargo, no iba a tener consecuencias demasiado graves para Atenas. Brasidas y Cleón, muertos en combate, dejaron expedito el camino para los partidarios de una tregua. Se firmó una paz para cincuenta años, según la cual atenienses y lacedemonios se restituían recíprocamente los territorios conquistados, entre los que estaba Anfípolis. Este tratado de paz fue duplicado poco después por un tratado de alianza (421 a.C.).

El hastío era general: «Los atenienses, escribe Tucídides, por la derrota de Delion y la de Anfípolis, acaecida poco después, porque ya no tenían una firme confianza en sus fuerzas, confianza por cuya causa antes no aceptaban la paz, creyendo que quedarían triunfadores en razón de su presente buena fortuna (además temían que sus aliados, cobrando mayores ánimos por sus derrotas, hicieran defección, y se arrepentían de no haber llegado a un acuerdo de paz después de lo de Pilos, que fue una buena oportunidad); y los lacedemonios, porque había sido contrario a sus previsiones el desarrollo de la guerra, en la cual creían que en pocos años arruinarían el poderío ateniense devastando su territorio; además, porque habían sufrido el desastre de la isla —que fue tal como nunca le había acontecido ninguno a Esparta—, su territorio era objeto de incursiones desde Pilas y Citera, y los ilotas desertaban y había constantemente el riesgo de que las que se quedaban se sublevaran ante la situación actual de los lacedemonios y confiados en la ayuda exterior...» (V, 14.) Un poco antes de la firma de la paz, Aristófanes hizo representar en las Grandes Dionisíacas una obra que llevaba precisamente ese título: el héroe, el viñador ateniense Trigeo, decide consultar a los dioses para saber en lo que se ha convertido la diosa Eirene, la Paz. Y ayudado por Hermes y por los campesinos atenienses, libera a ésta, encerrada en una caverna por Polemos, para alegría de los campesinos y desolación de los vendedores de cascos y escudos. La obra fue escrita después de la muerte de Cleón, que Aristófanes saluda con impúdica alegría. «Ha sido una suerte. Era preciso para la ciudad, pues nos habría llevado a la miseria.» Y Trigeo, conocida también la muerte de Brasidas, añade: «Ha llegado el momento, habitantes de Grecia, de que olvidéis las disputas y las batallas para obtener la paz por todos deseada antes de que nos lo impida un nuevo pisón (alusión a Cleón).

Vamos, agricultores, comerciantes, artesanos, obreros, metecos, extranjeros, insulares, daos prisa, traed vuestras palas, palancas y cuerdas.» Y cuando la Paz sale de la Caverna, Trigeo lanza la siguiente advertencia a los campesinos, cuyos brazos han sido los más eficaces: «Escuche el pueblo: que los labradores se vayan al campo cogiendo los aperos de labranza, cuanto antes, sin lanza, ni espada ni jabalina.» A lo que el coro responde: «Día deseado por los justos y los labradores, alegre de haberte visto quiero saludar a las viñas, y a las higueras que planté cuando era joven, mi deseo es de abrazarlas después de tanto tiempo.» Más tarde, dirigiéndose a la diosa Paz, Trigeo le dice: «Únenos a los griegos desde el principio Mismo con zumo de amistad; piedad suave mezcla en nuestro espíritu; y que el mercado se nos llene de todo: ajos de Mégara, cohombros, manzanas, granadas, pequeños mantos para esclavos; veamos traer de Beocia ocas, patos, torcaces, becadas; de las Copaidas vengan cestas...» En este punto, sin embargo, las ilusiones de Trigeo-Aristófanes iban a ser frustradas, pues tanto los de Beocia como los de Megara iban a rehusar ratificar el tratado de paz.

Todo confluía en mostrar el carácter precario de la situación. Y de hecho, si la paz entre Atenas y Esparta debía durar efectivamente seis años y diez meses, tales años no dejaron de estar atravesados por desórdenes, en los que ambas ciudades se opusieron por mediación de terceros.

LA EXPEDICION DE SICILIA

El pretexto para la ruptura del tratado fue la expedición ateniense a Sicilia. En Atenas, muchos habían visto la paz como una tregua provisional impuesta por las circunstancias y destinada a permitir a la ciudad la reconstrucción de sus efectivos. No hay que conceder demasiada importancia a determinadas bromas de Aristófanes, pues las quejas de los vendedores de armaduras y de lanzas eran un recurso fácil para hacer reír a los espectadores, muchos de los cuales debían compartir los sentimientos expresados por el coro en *La paz:* «¡Qué placer el de deshacerse del casco, del queso y de las cebollas! Tengo que decir que no me gusta guerrear. Prefiero beber con los buenos camaradas junto a un fuego bien alimentado con leños secos arrancados durante los calores...» Tales alusiones a los placeres de la vida campesina debían conmover particularmente a un público entre el que se encontraban muchos refugiados. También es cierto que empezaron a surgir muchos desacuerdos en el seno del demos sobre el problema de la guerra, desacuerdos que se irán agravando durante la segunda parte de ésta y que explican que el régimen democrático pudiera ser cuestionado en dos ocasiones. Por un lado, la masa de los habitantes del campo, para quienes los diez años de guerra fueron particularmente penosos y que deseaban el mantenimiento de la paz. Estos se encuentran dispuestos a seguir a los defensores de esa política pacifista, como ocurre con el rico Nicias, hijo de Nicerato, que en los últimos años de la guerra había adquirido una gran reputación como estratego que no temía perder arriesgándose a una derrota. El mismo tomó la iniciativa de las negociaciones con Esparta y se encargó de mantener una paz de la que había sido el artesano. Era hombre bastante timorato, sin gran envergadura y muy rico. Lo principal de su fortuna se encontraba en las minas de

plata. Al decir de Jenofonte, allí empleaba a más de mil esclavos. Esa fortuna y el uso al que la destinaba le valían numerosos seguidores, a los que habría que añadir a los partidarios del mantenimiento de la paz. Frente a ellos; el demos urbano, más activo aunque menos numeroso, con más presencia también en los centros donde se decidían los asuntos de la ciudad. La masa de los tetes no encontraba en la paz las mismas ventajas que los campesinos propietarios. Para aquéllos, la guerra significaba un salario regular y ciertas ventajas materiales. Cualquiera que les sedujera con el señuelo de una expedición fácil vería que estarían dispuestos a seguirlo.



Niké atándose su sandalia. (Bajo relieve del parapeto del templo de Atenea Niké en la acrópolis.)

Alcibíades comprende muy bien todo esto cuando irrumpe en la escena política de Atenas. Dentro de la galería de retratos de los grandes atenienses, el personaje es uno de los más atractivos. Noble, rico, guapo, inteligente, con todos los triunfos en su mano. Su madre, Deinomaqué era una Alcmeónida. Clinias, su padre, encontró la muerte en la batalla de Coronea. Pariente de Pericles, tuvo a éste por tutor después de la muerte de su padre. En su juventud había sido discípulo de Sócrates. Ha podido dudarse de la sinceridad de su apego a la democracia. En cualquier caso, ambicioso y deseoso de alcanzar el primer puesto en la asamblea, comprendió en seguida que la adquisición de la gloria comportaba acometer una gran empresa y que la timorata política de Nicias era el obstáculo a vencer.

Por lo demás, los acontecimientos darían la razón a los que no habían creído en la paz. Los espartanos no habían devuelto Anfípolis y negociaban por su parte con los beocios, cuya hostilidad para con los atenienses no había hecho sino crecer. Alcibíades, posiblemente vejado por haber sido obligado —debido a su juventud— a la ruptura de las negociaciones tendentes a la paz en el año 421, «ya al principio se opuso a la paz, diciendo que los lacedemonios no eran de fiar y que hacían la paz para poder aniquilar a los argivos pactando con los atenienses y marchar luego contra los atenienses ya solos.» ([y], 43). La alianza con Argos constituyó un primer pretexto de rivalidad entre Nicias y

Alcibíades, siendo Nicias absolutamente fiel a la alianza lacedemonia. Fue una guerra a través de persona interpuesta, complicada por las luchas civiles en Argos, donde el pueblo era partidario de la alianza con Atenas mientras que los notables preferían acercarse a Esparta. Otro asunto atestigua que ahora el partido imperialista y antiespartano ha levantado la cabeza: el de la pequeña isla de Melos. Melos era una colonia lacedemonia aislada en medio de islas controladas por Atenas, y hasta ahora había conservado una aparente neutralidad. Los atenienses pretendieron poner fin a esta neutralidad y obligar a los de Melos a entrar en su alianza. Ante el rechazo de éstos, los atenienses desembarcaron en la isla, sometiendo a los magistrados de la ciudad a sus exigencias. El diálogo entre los de Melos y los atenienses es uno de los más célebres fragmentos de bravura del relato de Tucídides. Por lo demás, puesto en boca de los atenienses, constituye también una profesión de fe «imperialista» que suena a veces de forma sorprendentemente moderna, a la vez que se adivina el eco del magisterio de los sofistas: «Bien; no vamos ahora a aduciros una larga retahíla de argumentos —poco persuasiva, por otra parte— proclamando, con pomposos términos, que nuestro imperio es justo porque derrotamos a los medos, o bien que, víctimas de vuestras ofensas, queremos tomarnos el desquite; pero no esperamos tampoco que vayáis a creer poder convencernos manifestando que no os habéis puesto a nuestro lado porque sois una colonia de Esparta, o que no nos habéis causado daño alguno, de lo que se trata es de alcanzar los objetivos posibles sobre la base de las verdaderas intenciones de ambas partes. Lo sabemos también como vosotros: en el cálculo humano la cuestión de la justicia se plantea sólo entre fuerzas iguales; si no, el fuerte impone y el débil cede.» (V, 89). Hay que resaltar que Tucídides, por una vez, no haga hablar a un ateniense, sino a los atenienses, como si con ello quisiera indicar que todo el demos pensaba de esa manera. Los de Melos no cedieron, y los atenienses, asaltada la ciudad, masacraron a todos los hombres, redujeron a la esclavitud a las mujeres y a los niños y establecieron cinco mil colonos en el territorio. Poco después, una embajada procedente de Segesta, reclamó la ayuda de Atenas contra los de Selinonte.

Como hemos visto anteriormente, los atenienses estaban interesados por Sicilia desde el comienzo de la guerra del Peloponeso. La isla no formaba parte del tradicional ámbito de influencia ateniense. Pero las principales ciudades de la isla eran de origen peloponeso, y la más importante de ellas, Siracusa, era una colonia de los corintios, irreductibles enemigos de los atenienses. Por ello, los atenienses habían ayudado contra ellos a los de Leontinoi. La llamada de los de Segesta parecía proporcionar un pretexto para una nueva intervención en la isla. Alcibíades cazó al vuelo la llamada y propuso que fuera enviada a Sicilia una expedición, cuyo mando él mismo compartiría con Nicias y Lámaco. Ello constituyó el pretexto para un duelo oratorio mantenido por Nicias y Alcibíades ante la asamblea, convocada con este motivo en sesión extraordinaria. Nicias se consagró intensamente en demostrar a los atenienses que la expedición era peligrosa, sin gran provecho para Atenas, y que corría el riesgo de reanudar las hostilidades con Esparta. Sin nombrarlo expresamente, ataca a Alcibíades: «...su único objetivo es su propio interés, demasiado joven aún para ejercer el mando, sólo busca hacerse valer criando caballos, y ejerciendo el mando sólo mira su propia ventaja. No le deis ocasión de brillar a costa de la ciudad.» (Id., 12.)

Alcibíades no dejó de replicar con aspereza al portavoz de los pacifistas. Ni su juventud ni su fortuna eran argumentos que pudieran oponérsele. En cuanto al fondo del asunto, esto es, la propia expedición, estaba ampliamente justificada dada la situación que a la sazón existía en Sicilia. Alcibíades volviendo a utilizar los argumentos avanzados para justificar la expedición contra Melos, concluyó: «Considerando, pues, que favorecemos nuestros intereses de aquí si marchamos a Sicilia, llevemos a cabo la expedición a fin de abatir el orgullo de los peloponesios haciendo ver que vamos a Sicilia despreciando la paz presente, y, además, a fin de imponer nuestro imperio sobre toda Grecia al hacernos dueños de aquellos territorios, o al menos debilitar a los siracusanos, con lo cual nos prestaremos un servicio a nosotros mismos y a nuestros aliados.» (VI, 18). Nicias trató otra vez de que la asamblea se retractara de su decisión, mostrando el elevado costo de la operación, pero sus argumentos no fueron escuchados. «A todos por igual, dice Tucídides, les entró el deseo de embarcarse: a los de más edad, por el pensamiento de que o conquistarían el país que se proponían o, en todo caso, un ejército tan grande no podía ser derrotado; a los jóvenes, por afán de ver y contemplar una tierra lejana y porque confiaban en que saldrían con bien; y al vulgo de los soldados, porque esperaba de momento traerse dinero a casa y hacer a Atenas más poderosa, consiguiendo así una soldada permanente.» (VI, 24.)

La expedición partió a mediados del verano del ario 415 dentro de un gran entusiasmo. Ciudadanos y extranjeros mezclados, toda la población del Ática descendió hasta el puerto para acompañar a los que partían: «Una vez que las tripulaciones se embarcaron y estuvieron dentro de las naves todas las cosas que los expedicionarios debían tener en su poder antes de hacerse a la mar, la trompeta ordenó silencio y todos recitaron las plegarias tradicionales antes de levar anclas, pero no por naves aisladamente, sino todos juntos, repitiendo tanto los soldados como los jefes, las palabras del heraldo al tiempo que mezclaban vino en todo el ejército y hacían las libaciones en copas de oro y plata. Les acompañó en las plegarias la multitud de tierra, formada por los ciudadanos y por sus amigos allí presentes. Y una vez que entonaron el peón y dieron fin a las libaciones, levaron anclas...» (VI, 32.)

Este alborozo preludiaba una de las mayores catástrofes de la historia de Atenas. El asunto se entabló mal desde el principio. Algunos días antes de la salida de la flota, se habían encontrado mutilados al amanecer los bustos de piedra que adornaban las plazas y que estaban situados en la puerta de las casas, los Hermes. Era un sacrilegio fácilmente imputable a cualquier grupo de jóvenes irreverentes. Pero la investigación llevada a cabo reveló que el asunto tenía prolongaciones mucho más amplias. Uno de los esclavos interrogados confesó que, en ciertas casas de Atenas, se efectuaban parodias de los misterios de Eleusis. Algo que no tenía demasiada importancia, pues se trataba de extravagancias de jóvenes borrachos. Pero el nombre de Alcibíades fue pronunciado entre los participantes en tales extravagancias. El asunto cobró entonces otra dimensión, pues sus enemigos, viendo la ocasión de eliminar a un hombre molesto, ordenaron nuevas diligencias en el sumario. A su término, Alcibíades recibió la orden de abandonar el mando y volver a Atenas para comparecer ante los jueces. Este prefirió huir y marchó al Peloponeso. Pero, privada del que la había concebido, la expedición de Sicilia iba a encontrarse comprometida desde su comienzo. Si a ello se añaden la pusilanimidad de

Nicias, la feroz decisión de los siracusanos de resistir al asalto ateniense y la ayuda que Esparta no tardaría en enviar a aquéllos, se concibe que al término de varios meses los atenienses se encontraron obligados a retirarse para ser finalmente derrotados y hechos prisioneros. Tucídides ha dejado un relato documentado y a la vez dramático de tales acontecimientos. El retrato que hace del ejército ateniense batiéndose en retirada después de haber sufrido una grave derrota naval a la altura de Siracusa es particularmente emotivo: «Era algo terrible, y no sólo desde un punto de vista —que se retiraban después de perder todas las naves y, en vez de las grandes esperanzas de antes, corriendo peligro ellos y la ciudad—, sino que, además, al abandonar el campamento, todos contemplaban espectáculos crueles para su vista y su corazón. Como los cadáveres estaban sin enterrar, cuando uno veía muerto en el suelo a alguno de sus amigos, se llenaba de aflicción y temor, y los que quedaban vivos, pero heridos o enfermos, causaban a los vivos más aflicción que los muertos y eran más infortunados que los que habían perecido, porque acudiendo a súplicas y lamentos llenaban al ejército de desesperación: si veían a algún amigo o pariente, les pedían que los llevaran consigo y los llamaban a gritos; y cuando ya se marchaban sus compañeros de tienda, se colgaban de ellos y los seguían todo el trecho que podían, y si a alguno le traicionaban sus fuerzas y su cuerpo, no quedaba atrás sin muchas invocaciones a los dioses y muchos gemidos.» Sabemos que la retirada finalizó con un desastre cerca del río Asínaro. Un gran número de atenienses fueron masacrados y los prisioneros encerrados en unas canteras a cielo abierto llamadas las Latomías. «Como eran muchos los encerrados en un lugar profundo y estrecho, al principio les hacían sufrir los soles y el calor por carecer de techo, y cuando llegaban las noches, que contrariamente eran otoñales y frías, les hacían enfermar con el brusco cambio; y como por la falta de espacio lo hacían todo en el mismo sitio y además los cadáveres estaban amontonados unos sobre otros —pues morían a consecuencia de las heridas, de los cambios de temperatura y por otras causas semejantes—, se producían olores insoportables, y de otra parte sufrían por el hambre y la sed.» (VII, 87.) Pocos escaparon. Para Atenas, constituyó un desastre que suscitó pronto una violenta cólera en la opinión pública, tanto más sensible al desastre cuanto que en la propia Grecia la guerra había vuelto a hacer acto de presencia: en la primavera del año 413, Agis, el rey de Esparta, había penetrado en el Ática con su ejército y se había apoderado de la fortaleza de Decelia, donde había instalado una guarnición permanente. Tucídides no deja de insistir en las dramáticas consecuencias que tuvo tal acontecimiento: «Antes, en efecto, las invasiones, al ser de corta duración, no impedían hacer uso del país durante el resto del año; mientras que ahora, al estar instalados permanentemente allí los enemigos y atacar unas veces con más fuerzas y hacer otras un número adecuado de tropas correrías y actos de pillaje, como no podía ser menos, y, finalmente, al hallarse allí Agis, rey de los lacedemonios, que no descuidaba la guerra, los atenienses sufrían grandes daños. Habían quedado privados de todo su territorio y habían hecho defección más de veinte mil esclavos, muchos de entre ellos artesanos, y además habían perdido todas las ovejas y bestias de carga...» (VII, 27.) De Eubea no llegaba el suministro, y, además, obligados a mantener dos guerras —una en el Ática, otra en Sicilia—, los atenienses se encontraron con todos sus recursos agotados.

El anuncio del desastre de Sicilia, después del primer sentimiento de postración,

provocó sin embargo cierta reacción: era preciso trasladar a cualquier precio la acción hacia el mar y consagrar todos los recursos de la ciudad a la construcción de una flota. Cuando se tuvo conocimiento de la huida de Quíos, se decidió incluso echar mano de la reserva de mil talentos contenida en el tesoro de la diosa. Los espartanos, por su parte, habían decidido trasladar la guerra al Egeo, y ayudados de los subsidios proporcionados por el estratego persa Tisafernes, concentraron sus esfuerzos en separar a Atenas de sus aliados. Únicamente Samos, donde el demos había tomado el poder, permaneció fiel a Atenas y sirvió de base a su ejército y a su flota.

LA PRIMERA REVOLUCION OLIGARQUICA

No hay nada que sorprenderse de que ante una situación tan dramática, los adversarios de la democracia en Atenas vieran la ocasión para destruir al régimen e instaurar la oligarquía. Hemos visto ya que en Atenas existía una opinión hostil a la guerra. Ahora bien, en la medida que la guerra era la consecuencia de la pretendida hegemonía de Atenas sobre el mundo griego y que esta hegemonía era deseada por el demos y necesaria para el buen funcionamiento de la democracia, es plausible que algunos, por el hastío de la guerra, pensaran en una reforma constitucional que sustrajera al demos su soberanía y a los oradores su influencia. Estos podían ser fácilmente convencidos por un pequeño grupo de resueltos adversarios de la democracia, cuya actividad e influencia no habían hecho sino crecer desde el comienzo de la guerra. Hemos visto que este partido se constituyó en torno a Tucídides de Alópece. El ostracismo de éste debilitó algún tiempo a la oposición, la cual no tardó en sustituir su dirección durante los años que precedieron al desencadenamiento de la guerra. Prueba de ello fueron los procesos incoados a los enemigos de Pericles. Hacia el año 431, se publicó un panfleto, de autor desconocido, que describía la constitución de los atenienses como un régimen favorable a los malvados y a sus intereses, liberal con respecto a los esclavos pero particularmente temible para los que el autor llama los kaloi-kagatoi, los «bellos y buenos», lo que podríamos llamar los hombres de bien. Esos adversarios del principio de la democracia, que rehusaban aceptar la soberanía del demos, se reunían en el seno de pequeños grupos que recordaban a las heterías aristocráticas. Aquí se elaboró toda una propaganda que reclamaba la vuelta a la *patrios politeia**, a la antigua constitución, y que evocaba los grandes nombres de Dracón o de Salón a los que se atribuía la redacción de pseudoconstituciones, que, en el siglo siguiente, Aristóteles tendrá por documentos auténticos, los oligarcas sólo esperaban la ocasión propicia para derribar al régimen y entrar en tratos con Esparta. Pero se hacía necesario actuar con prudencia, porque el amor a la democracia era algo sólidamente anclado en la masa del demos ateniense. Había que tratar de ganar para la causa a todos los descontentos por los repetidos fracasos de Atenas, y, sobre todo, al conjunto de pequeños y medianos propietarios arruinados por la guerra.

Paradójicamente, la excusa para actuar iba a ser proporcionada por Alcibíades. Este, como hemos visto, conminado a volver a Atenas para comparecer ante el tribunal después del asunto de los Hermes, huyó en principio a Turioi, de donde pudo trasladarse

posteriormente al Peloponeso. Atenas se encontraba a la sazón teóricamente en paz con Esparta, y cabe la posibilidad de que Alcibíades tuviera el sentimiento de no traicionar a nadie yéndose a refugiar allí. Es plausible pensar, sin embargo, que fuera él quien incitara a Agis, su anfitrión, a iniciar la expedición que debía culminar con la toma de Decelia. Mientras tanto, Alcibíades se había convertido en el amante de la mujer de Agis. Por tanto, fue obligado a abandonar Esparta y acabó por ir a parar junto al sátrapa Tisafernes. Quien en Esparta había vivido como un espartano, «bañándose en el agua helada, comiendo pan de cebada y salsa negra», compartiría en lo sucesivo la fastuosa vida del sátrapa. Plutarco, al que debemos tales detalles, añade: «Su tacto y extrema habilidad causaron la admiración del Bárbaro.» Alcibíades deseaba por encima de todo regresar a Atenas y desempeñar allí el importante papel para el que se creía destinado. Así comenzó un difícil juego consistente en separar a Tisafernes de la alianza espartana, sin que ello supusiera acercarlo duna Atenas dominada por los demócratas radicales y, por otra parte, seducir a los atenienses con la posibilidad de una ayuda del sátrapa, a condición de que establecieran un gobierno oligárquico. Para él resultaba relativamente fácil entrar en relaciones con los atenienses acantonados en Samos, y, a través de éstos, hacerse oír en Atenas incluso por aquéllos dispuestos a derribar al régimen. La mayor parte de los estrategos que estaban en Samos acordaron tomar en consideración las propuestas de Alcibíades. Uno de ellos, Pisandro, fue a Atenas y consiguió convencer al pueblo de la necesidad de volver a llamar a Alcibíades, y, para ello, aceptar las modificaciones del régimen aunque fueran provisionales. Por lo pronto, se decidió enviar una delegación de diez comisarios encabezada por Pisandro para entablar negociaciones con Tisafernes. Pero éste, quizá influido por Alcibíades, que pretendía reservarse exclusivamente el mérito del asunto, endureció sus exigencias, con lo que las negociaciones fracasaron, desembocando todo ello en un acercamiento al sátrapa de los lacedemonios. Pisandro y los diputados que lo acompañaban volvieron a Samos absolutamente decididos a obrar por su propia cuenta con el apoyo de las heterías atenienses. Su plan era doble: derribar a los regímenes democráticos en Samos y ciudades aliadas y establecer posteriormente la oligarquía en Atenas. Pero en Atenas, los oligarcas de las heterías habían ordenado ya pasar a la acción. Habían asesinado al hombre que consideraban a la sazón como el orador de mayor influencia, un tal Androcles, así como a algunos de los demócratas más significativos. Comenzaron a imponer en Atenas un clima de terror que Tucídides, hostil sin embargo a los demócratas radicales, ha expresado: «Sin embargo, todavía se reunían la Asamblea y el Consejo del haba; pero no aprobaba cosa alguna que no placiera a los conjurados, sino que los oradores eran de este grupo y acordaban de antemano lo que habían de decir. Ninguno de los otros les replicaba, temerosos de ver que los conjurados eran muchos; pero si alguno hablaba en contra, moría al punto de alguna manera conveniente y no se buscaba a los culpables ni, si se sospechaba quiénes eran, se les perseguía judicialmente, sino que el pueblo mostraba tal silencio y tal terror que el que no sufría violencia, aun cuando permaneciera callado, lo consideraba una suerte. Como creían que los conspirados eran muchos más de los que eran en realidad, su espíritu estaba abatido.» (VIII, 66).

En este ambiente hicieron su llegada Pisandro y los miembros de la delegación. A partir de aquí las cosas se desarrollaron muy rápidamente. Se convocó una asamblea en

Colono, fuera de la ciudad, para que no pudiera dejarse sentir la presión del demos urbano. Se sometió a la asamblea a un proyecto que, de hecho, venía a establecer una nueva constitución: se abolían los mistoi, se modificaban las condiciones de acceso a las magistraturas y una balé de cuatrocientos miembros designados por cooptación sustituiría a la de los Quinientos, cuyos miembros habían sido hasta ahora elegidos por sorteo. Posteriormente, los Cuatrocientos redactarían la lista de los cinco mil ciudadanos a los que estaría reservado el disfrute de los derechos políticos plenos. La propuesta fue presentada por Pisandro, pero —si creemos a Tucídides— había sido preparada por el orador Antifón, que parece haber sido el teórico del movimiento. Fue aprobado el proyecto de decreto. Pero había que disolver a los Quinientos. El asunto se desarrolló sin dificultad al haber sido cuidadosamente preparado por los conjurados. Los buleutas, a los que se pagó la indemnización a la que tenían derecho hasta el final de su mandato (aún les quedaban cuatro meses por cumplir) se disolvieron sin ninguna protesta.

Cabe sorprenderse por esta pasividad mostrada por los atenienses. El mismo Agis, acampado en Decelia, esperaba que se hubieran producido tumultos en la ciudad, cosa que le habría permitido entrar en ella sin dificultad. Pero no ocurrió nada de esto, .y caben un cierto número de razones para explicarlo: el complot había sido bien preparado y se habían tomado medidas para anular cualquier intento de resistencia. La cercana presencia del enemigo obligó a los atenienses en edad de poder tomar las armas a vigilar sus murallas. Y no hay que olvidar que parte del ejército y de la flota estaban en Samos con los elementos más afectos a la democracia. La prueba de que ésta fue la razón principal de la pasividad ateniense ante los manejos de los oligarcas iba a ser rápidamente proporcionada. Se había decidido el envío a Samos de diez emisarios encargados de advertir al ejército de los sucesos que acababan de acontecer en Atenas. «Pues temían, escribe Tucídides, que, como en efecto sucedió, la turba marinera no quisiera aceptar el régimen oligárquico y que, comenzando allí la calamidad, llegaran a derribarles.» (VIII, 72.) De hecho, en Samos, la situación estaba en manos de los demócratas. Estos, conducidos en particular por los estrategos León y Diomedón, el *trierarco** Trasibulo y un sencillo soldado llamado Trasilo, habían abortado una tentativa de los oligarcas de Samos para derribar la democracia. Para informar de la situación enviaron a Atenas la nave oficial, la Páralos, cuyos marineros eran ciudadanos atenienses. A su llegada a la ciudad, fueron arrestados, algunos enviados a prisión y otros embarcados en diversas naves. Uno de ellos, un tal Quereas, consiguió huir y volver a Samos, donde escribió con tintes dramáticos la situación imperante en la ciudad. Tucídides, que a menudo se contradice en su inacabado libro VIII, pretende que Quereas mentía. Pero anteriormente, él mismo reconocía que los Cuatrocientos hacían reinar el terror en Atenas, encarcelando y deportando a sus opositores. El relato de Quereas, en cualquier caso, provocó una reacción inmediata del ejército acantonado en Samos:

> «Y los soldados celebraron inmediatamente una asamblea, en la cual destituyeron a los anteriores generales y a los trierarcos de quienes tenían sospechas y eligieron en su lugar otros trierarcos y generales, de los cuales fueron Trasíbulo y Trasilo. Y levantándose a hablar, dirigieron otras varias exhortaciones y principalmente que no había que descorazonarse porque la ciudad hubiera desertado de su campo; pues siendo inferiores en número habían hecho defección de ellos que eran más numerosos y con mayores recursos en todos respectos. En

efecto, como ellos tenían toda la flota, obligarían a las demás ciudades sobre las que imperaban a pagar los tributos igual que si se los reclamaran desde Atenas (pues tenían una ciudad importante militarmente, Samos, que había estado a punto, cuando lucharon, de arrebatar a Atenas el dominio del mar, y hacían la guerra contra el enemigo con la misma base de operaciones que antes), y por disponer de la flota tenían más facilidad para procurarse víveres que los de la ciudad (...) y ahora, si no querían restablecer el antiguo régimen de gobierno, quedarían en tal situación que sería más fácil que ellos impidieran a aquéllos el uso del mar que el que fueran impedidos de él por aquéllos.» (VIII, 76.)

La revuelta de los soldados y de los marineros atenienses acantonados en Samos y su rechazo al régimen oligárquico constituye una de las grandes páginas de la historia de Atenas. Testimonia el profundo apego del demos al régimen y su conciencia política. ¿Es sin embargo tan revolucionaria como en principio pudiera parecer? No hay que olvidar que el ejército no se distinguía de la ciudad. Movilizado, el ateniense continuaba siendo un ciudadano que en cualquier momento podía pedir cuentas a los rectores que había elegido. Las asambleas de soldados eran corrientes en el ejército ateniense, y el o los estrategos, magistrados elegidos, se dirigen a los soldados como si se dirigieran a sus conciudadanos reunidos en la Pnix. Por lo tanto, pueden destituir a un estratego y elegir a otro sin transgredir la legislación vigente. Sin embargo, si bien el principio en sí no va en contra de las leyes de la ciudad, las condiciones en que se produce la destitución de los estrategos y de los trierarcas le confieren a ésta un carácter revolucionario. Las nuevas elecciones no se hicieron en las condiciones requeridas. Por otra parte, se destituyó a los trierarcas. Pero la trierarquía era una liturgia, una carga atribuida a la ciudad a un hombre rico que, con su fortuna personal, debía equipar una trirreme, cuyo mando recibiría en el caso de actuación. La destitución de un trierarco, su sustitución por alguien que no había participado para nada en el equipamiento de la nave, era en sí ilegal. Al cabo, la elección de los hombres indica que mediante ellos se pensaba manifestar una alternativa política: Trasilo, un simple hoplita, fué elevado al rango de estratego.

Sin embargo, los soldados que acababan de testimoniar su adhesión al régimen democrático constituían también parte de ese demos fluctuante y sensible a los argumentos de los oradores, denunciado por Aristófanes. Entre los cabecillas de la rebelión, uno de ellos, Trasíbulo, estaba vinculado personalmente con Alcibíades. Aquél reunió a los soldados en asamblea y les propuso votar el indulto de Alcibíades. Consiguió convencerles y él mismo fue a buscar a su amigo a la corte de Tisafernes. De vuelta a Samos, convocaron la asamblea de los soldados: «Alcibíades se quejó y se lamentó de su desgracia y, explayándose ampliamente sobre los asuntos de la ciudad, les dio grandes esperanzas sobre el futuro (...) los atenienses, oyéndole estas cosas y otras muchas, lo eligieron enseguida general en unión de los anteriores y pusieron en sus manos todos sus asuntos.» (VIII, 81-82.).

Alcibíades había prometido, entre otras cosas, el apoyo militar y financiero de Tisafernes. Pensaba que era preciso aprovechar las divisiones que reinaban a la sazón entre los peloponesos y sus aliados para volver a tomar la ofensiva. Ello suponía una evidente resistencia a la voluntad de una parte de los soldados, que de entrada preferían tomar la dirección de Atenas para expulsar a sus oligarcas. Alcibíades supo maniobrar hábilmente y su empresa se vio coronada por el éxito al vencer los atenienses en Abido a

la flota peloponesa. Era la primera victoria ateniense desde la reanudación de las hostilidades, por lo que tuvo una considerable repercusión.

En Atenas, sin embargo, la presencia de Alcibíades en Samos, había sembrado la intranquilidad dentro de las filas de los oligarcas. Los más moderados, como Terámenes, se inquietaron por los acuerdos hechos con Agis y a la vez por la lentitud con que se estaba elaborando el catálogo de los Cinco mil. Quizá Terámenes tratara también de justificarse ante el demos al notar que el poder se le iba de las manos. Sea como fuera, la agitación no iba a tardar en desarrollarse entre los hoplitas con guarnición en los fuertes y, particularmente, en El Pireo, inquietos ante las negociaciones llevadas a cabo por los oligarcas con Esparta. Porque la situación en el exterior era grave: una flota peloponesa avanzaba hacia Salamina y amenazaba con interrumpir las comunicaciones entre Atenas y Eubea. Con improvisados marinos, se equipó una flota a toda prisa para ir en contra de los peloponesos: aquello fue un desastre. Y tal desastre precipitó la caída de los oligarcas: «Por primera vez desde el golpe de estado se convocó la Asamblea: primero e inmediatamente una en el lugar llamado Pnix, que es donde antes solían, y en ella depusieron a los Cuatrocientos y decretaron entregar el poder a los Cinco mil y que pertenecieran a ellos todos los que se costeaban las armas de hoplita y nadie percibiera sueldo del estado por ningún cargo público, y si alguno lo hacía, le declararon maldito. Hubo después otras asambleas en la Pnix, como resultado de las cuales nombraron *nomotetas** y votaron las demás cosas necesarias para el gobierno del estado. Durante los primeros tiempos es cuando, viviendo yo, mejor se han gobernado los atenienses; pues se logró una mezcla equilibrada de oligarquía y democracia, y de mala que era la situación fue esto lo que por primera vez hizo recobrar nuevas fuerzas a la ciudad. Votaron también que Alcibíades y otros volvieran a Atenas.» (VIII, 97.)

El relato de Tucídides se detiene poco después, por lo que no podemos saber con exactitud el momento en que se restableció la democracia tradicional. De hecho, parece ser que el régimen de los Cinco mil duró solamente unos meses, efectuándose insensiblemente el retorno a las prácticas democráticas. Cuando Jenofonte continúa en sus *Helénicas* el relato de Tucídides, la democracia ateniense aparece plenamente restaurada. La mejor prueba de ello es la presencia en la ciudad en el año 410 de Trasilo, uno de los cabecillas de la rebelión de Samos, en un momento en que Agis trata una vez más de amenazar la ciudad desde Decelia.

LA VUELTA DE ALCIBIADES. LAS ARGINUSAS

Alcibíades proseguía sin embargo sus campañas tendentes a restablecer las posiciones de Atenas en el Helesponto. Tenía interés en volver a Atenas cubierto de gloria. Sus partidarios, utilizando las victorias que acababan de glorificarlo, consiguieron hacerlo elegir estratego para el año 407 con su amigo Trasibulo. Desde entonces se abre el camino de su vuelta. Desembarcó en El Pireo en la primavera del año 407. Sus amigos se encargaron de disponer en su favor a la opinión pública. Jenofonte cuenta que la gente acudía en masas desde la ciudad y desde El Pireo para verlo. Plutarco nos ha dejado una descripción de esta vuelta: «Estando ya en el puerto, no saltó a tierra hasta

que, hallándose sobre cubierta, vio que iba a presentársele su primo Euriptolemo y muchos de sus amigos y deudos, que, yendo a recibirle, le estaban llamando. Luego que estuvo en tierra, cuantos le iban al encuentro ni siquiera parece que veían a los otros generales, sino que, puesta la vista en él, le aclamaban, le saludaban, le acompañaban, y acercándosele le ponían coronas; los que no podían llegarse a él le miraban de lejos, y los ancianos se lo mostraban a los jóvenes.» *(Vida de Alcibíades,* 32.)

Alcibíades supo sin embargo no dejarse embriagar por esta acogida. Ante la asamblea tuvo que justificar las acusaciones hechas contra él ocho años antes. También tuvo que testimoniar su devoción con respecto a las dos Diosas, dando garantías de seguridad para la tradicional procesión de Eleusis, que se hacía por mar desde la ocupación de Decelia por los espartanos, pues por tierra no había seguridad. No hay que extrañarse de que le fueran confiados plenos poderes para proseguir la guerra contra los enemigos de Atenas. Plutarco pretende que actuando así, algunos pensaban en alejarlo de Atenas, donde su popularidad corría el riesgo de convertirse en peligrosa para las mismas instituciones.

Sea como fuere, volvió a partir con una flota de cien naves cuatro meses después de su vuelta. Era preciso actuar con celeridad, pues la flota espartana amenazaba. Esta, a la sazón, era mandada por Lisandro, hábil político que había sabido conciliar los favores del rey y de sus sátrapas, obteniendo de ellos lo necesario para el mantenimiento de sus tropas. Lisandro concentró sus efectivos cerca de Notión, donde se libró una batalla naval entre la flota espartana y una parte de la flota ateniense. Alcibíades llegó lo suficientemente tarde como para no poder reparar el desastre. En Atenas, la noticia provocó inmediatamente la destitución de los estrategos en funciones y la elección de sus sustitutos. Por este lado cabe ponderar el desconcierto que se había apoderado de la ciudad y que iba el año siguiente a traducirse en la adopción de resoluciones extremas. Por lo que respecta a Alcibíades, prefirió no volver a Atenas y refugiarse en un terreno fortificado que poseía en Quersoneso. Aquí acabaría sus días algunos años más tarde sin volver a ver a su patria. Extraño y seductor personaje, tan admirado como detestado por sus contemporáneos, pero que, de cualquier forma, permanece como una de las figuras más notables de la historia de Atenas.

Mientras tanto, la flota espartana mandada por Calicrátidas, sucesor de Lisandro, había llegado a asediar Lesbos, donde se encontraba una parte de la flota ateniense dirigida por el estratega Conon. En Atenas se decidió entonces el envío de una flota para ayudar a la liberación de Conon. Jenofonte dice que para organizar esa flota se movilizó a todos los hombres en edad de servir, incluidos los esclavos a los que se prometió la libertad, reclamando también a los aliados toda la ayuda posible. Ciento cincuenta navíos en total llegaron frente a Mitilene, a la altura de las islas Arginusas. La batalla fue dura, pero finalmente se retiraron los peloponesos, dejando victoriosos a los atenienses. Veinticinco naves atenienses habían sido echadas a pique, pero cuando se quiso socorrer a sus tripulantes, se desencadenó una tempestad que imposibilitó cualquier tipo de acción. Los estrategas ordenaron a la flota su vuelta a Mitilene, donde aún se encontraba Conón. La victoria de las islas Arginusas, sin haber sido decisiva, había costado muy cara a la ciudad. De nuevo fueron acusados los estrategas a su vuelta a la ciudad para rendir cuentas de su misión. No era la primera vez que ocurría un hecho de tal naturaleza. Pero

nunca las cosas se desarrollaron tan rápidamente ni acabaron con una sentencia tan radical: seis de los ocho estrategas fueron condenados a muerte. Entre ellos se encontraba el hijo que Pericles había tenido con Aspasia y que, mediante un decreto especial, había podido ser admitido en el cuerpo de los ciudadanos a despecho de ser hijo de extranjera. Jenofonte, cuyo relato no tiene ni la riqueza ni la consistencia del de Tucídides, ha dejado de este asunto un informe de una extraña veracidad. Da la impresión de que asistimos a la asamblea en la que defensores y adversarios de los estrategas se enfrentan acerca de la moción redactada por la bulé y propuesta por un tal Calíxeno. Los términos de la moción eran los siguientes: «Puesto que han oído a los acusadores de los estrategos y a la defensa de éstos en la asamblea anterior, todos los atenienses han de dar su voto por tribus; que se coloquen dos urnas por cada tribu; que un heraldo anuncie en cada tribu que, quien considere que los estrategos son culpables al no recoger a los vencedores en la batalla naval, vote en la primera, quien no, en la siguiente; si se declaran culpables, que sean condenados a muerte y entregados a los Once y confiscados sus bienes y que la décima parte sea para la diosa.» El procedimiento era ilegal pues no se podía juzgar en bloque a los seis acusados; cada uno por separado podía mantener su defensa. «Algunos demandaron a Calíxeno, alegando que había redactado propuestas ilegales. Algunos de la asamblea lo aprobaban, pero la multitud gritaba que era monstruoso por uno no dejar a la asamblea hacer lo que quería. A todo ello, como Licisco propuso juzgar también a éstos con el mismo voto que a los estrategos, si no deponían la demanda, y la masa de nuevo prorrumpió en gritos de aprobación, se vieron forzados a retirar las demandas. Algunos prítanis se negaban a proponer la votación ilegal y otra vez subió Calíxeno a la tribuna, y los acusaba de lo mismo. La multitud pedía a gritos citar a juicio a los que se negaban. Los prítanos tuvieron miedo y todos convinieron en proponerla excepto Sócrates, hijo de Sofronisco. Este se negó a hacer algo que no fuese legal.» *(Helénicas* I, 7, 9-11.) Jenofonte no podía dejar de resaltar el coraje de su señor frente a una asamblea desatada. Los estrategos fueron condenados a muerte y ejecutados. Pero este asunto permanecería largo tiempo en la memoria de la gente y serviría como argumento a los detractores del régimen cada vez más numerosos.

EL FINAL DE LA GUERRA

Mientras tanto, la guerra continuaba en el Egeo, y para hacerle frente, Atenas se vio obligada a recurrir a medidas extremas. Así, para construir nuevas naves y pagar el sueldo de los remeros, se decidió fundir las victorias de oro que se encontraban en el tesoro de la diosa. Además, a iniciativa de Cleofonte, orador con gran audiencia popular, se distribuyó a los pobres una asignación diaria de dos óbolos. Acantonada en Samos, la flota ateniense continuaba sus incursiones a Asia sin mayores resultados. La situación era ya muy precaria y se vio agravada por la ayuda que Lisandro, de nuevo a la cabeza de la flota espartana, recibía del rey y de su hijo. El encuentro decisivo tuvo finalmente lugar en Egospótamos, en el Helesponto, frente a Lámpsaco. La flota ateniense fue completamente destruida con excepción de algunas naves que consiguieron escapar.

Todos los estrategos salvo Conon fueron hechos prisioneros. Cuando llegó la galera Páralos a Atenas anunciando la noticia del desastre, los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente forma: «Un gemido se extendió desde El Pireo a la capital a través de los Muros Largos, al comunicarlo unos a otros, de modo que nadie se acostó aquella noche, pues no lloraban sólo a los desaparecidos, sino mucho más aún por sí mismos, pensando que iban a sufrir lo que ellos hicieron a los melios, que eran colonos de los lacedemonios, cuando los vencieron en el asedio y a los histieos, a los escioneos, a los toroneos, a los eginetas y a muchos helenos más. Al día siguiente tuvieron una asamblea en la que se decidió cerrar los puertos, salvo uno, reparar las murallas, poner en ellas centinelas y todo lo demás para preparar la ciudad para el asedio.» *(Helénicas,* II, 2, 3.)

> En efecto, Lisandro, después de haber liberado a las ciudades del Helesponto de las guarniciones atenienses, emprendió el camino de Atenas, mientras que, a la vez, un ejército peloponeso bajo el mando de Pausanias, el otro rey de Esparta, iba a reforzar la guarnición de Agis en Decelia: «Los atenienses situados por tierra y por mar no sabían qué hacer, pues no tenían naves, aliados ni alimentos; pensaban que no había salvación ninguna, salvo sufrir lo que ellos hicieron, no por vengarse, pues habían maltratado a hombres de pequeñas ciudades por insolencia y no por otra causa más que porque eran aliados de los lacedemonios. Por este motivo, devolvieron los derechos políticos a los privados de ellos (después del fracaso de la revolución oligárquica del año 411: nota autor), y resistían sin iniciar conversaciones sobre la reconciliación aunque muchos morían de hambre en la ciudad. Pero cuando el trigo faltó totalmente, enviaron embajadores a Agis declarando que querían ser aliados de los lacedemonios si conservaban las murallas y El Pireo, y concluir un tratado con estas condiciones. Este los mandó ir a Lacedemonia, pues él no tenía poderes.» (II, 2, 10-12.)

Los lacedemonios exigieron la destrucción de los Muros Largos. Ahora bien, en Atenas no querían ni oír hablar de una disposición así, que hubiera dejado a la ciudad en manos de sus enemigos. Terámenes se ofreció entonces para negociar con Lisandro. Si creemos a Jenofonte, alargó voluntariamente las negociaciones a fin de que los atenienses, agotadas sus posibilidades, aceptaran las condiciones de Esparta. Después, encabezando una delegación provista de plenos poderes, fue en busca de los éforos espartanos:

> «Cuando llegaron, reunieron la asamblea, en la que los corintios y los tebanos sobre todo y muchos helenos más proponían no pactar con los atenienses, sino arrasarlos. Pero los lacedemonios se negaron a esclavizar una ciudad helena que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a la Hélade, mas harían la paz con tal que derribasen los Muros Largos y El Pireo, entregasen las naves excepto doce, admitiesen a los desterrados y tuvieran los mismos amigos y enemigos y, en consecuencia, siguieran a los lacedemonios por tierra y por mar adonde los llevasen.
>
> Terámenes y sus acompañantes llevaron estas proposiciones a Atenas. Un gentío numerosísimo los rodeó al entrar, pues temían que volvieran sin conseguir nada; en efecto, no podían aguantar ya más por la multitud de los que perecían de hambre. Al día siguiente los embajadores comunicaron en qué condiciones los lacedemonios harían la paz; Terámenes habló por ellos y dijo que era necesario obedecer a los lacedemonios y

derribar los muros. Se opusieron algunos, pero muchos más convinieron y se aprobó aceptar la paz. Después de esto Lisandro entró en El Pireo y regresaron los desterrados y derribaron los muros al son de las flautas con gran celo, pues creían que aquel día comenzaba la libertad para la Hélade.» (II, 2, 19-23.)

Bajo estos términos cierra Jenofonte su relato de la guerra del Peloponeso. El laconófilo que fue no esconde aquí sus sentimientos. Y es plausible pensar que otros como él sintieran con el anuncio de la paz un «suave alivio» y esperaran aprovechar la presencia de Lisandro para acabar con la aborrecida democracia.

Así se desploma el poderío de Atenas, al final de una guerra que había durado más de un cuarto de siglo y de la que la ciudad salía arruinada y descompuesta.



4
DESPUES DE LA GUERRA: REVOLUCION Y RESTAURACION

LA SEGUNDA REVOLUCION OLIGARQUICA

Las murallas destruidas, el Imperio perdido, la flota abandonada, el enemigo acampado en el territorio de la ciudad: tal era para Atenas el balance de una guerra que había durado más de un cuarto de siglo. ¿Cómo extrañarse de que una vez más, al igual que después del desastre de Sicilia, algunos creyeran llegado el momento de poner fin al régimen cuyas debilidades eran las responsables de la derrota? Sin embargo, las condiciones no eran exactamente las mismas que en el año 411. El enemigo estaba presente, dispuesto a apoyar a los adversarios de la democracia. Y entre estos últimos se contaban los «extremistas», que rechazaban en bloque al régimen y sus flaquezas y que habían extraído la enseñanza de su fracaso en el año 411 y no estaban resueltos a dejarse detener por formas jurídicas. Así se deduce de la breve exposición de los acontecimientos que da Aristóteles en *La constitución de Atenas*.

> «Se les concedía la paz a los atenienses en cuanto se gobernasen con la constitución tradicional, y mientras los populares intentaban conservar la democracia, los nobles que estaban en las asociaciones y los desterrados que volvieron con la paz, deseaban la oligarquía, si bien los que de aquellos nobles no estaban en ninguna asociación, y que pretendían no ser inferiores a ninguno de los ciudadanos, procuraban la constitución tradicional. De éstos eran Arquino y Anytos y Clitofón y Formisio y otros muchos, y sobresalía particularmente Terámenes. Mas inclinándose Lisandro a los partidarios de la oligarquía, fue aterrorizado el pueblo y obligado a votar la oligarquía. Redactó el decreto Dracóntides de Afidna.» (XXXIV, 3.)

Treinta personas fueron designadas a la sazón para redactar una nueva constitución. De hecho se limitaron a sustituir el viejo consejo por uno nuevo formado por personas de su devoción que establecieron en Atenas un verdadero régimen de terror. «Después que tuvieron más sujeta a la ciudad, no respetaron a ningún ciudadano, sino que mataban a los que sobresalían por sus riquezas, estirpe o dignidad, para quitarse ya el miedo y deseosos de hacer rapiña de las riquezas. Y en breve tiempo, no mataron a menos de mil quinientos.» (XXXV, 4.) Un texto posterior en algunos años a los acontecimientos nos ilustra sobre tales arrestos y ejecuciones arbitrarias con un testimonio particularmente elocuente. Es el discurso que el orador meteco Lisias pronunció contra un tal Eratóstenes, responsable de la ejecución de su hermano

Polemarco: «Teognis y Pisón hablaron ante los Treinta de los metecos, diciendo que había algunos que estaban disgustados con el régimen: existía, pues, un hermosísimo pretexto para, castigando en apariencia, aumentar de hecho los caudales; y, desde luego, la ciudad estaba empobrecida y el gobierno necesitaba dinero. Y así, convencieron sin dificultad a quienes les escuchaban, ya que no le daban ninguna importancia al matar a las gentes, y, en cambio, se la daban muy grande al apoderarse de riquezas. Les pareció, pues, oportuno detener a diez, dos de los cuales serían pobres, para que así tuvieran una justificación ante los demás de que aquello no se hacía por dinero, sino que era algo conveniente para la ciudad; como si en los demás casos hubieran necesitado de tan bellas excusas. Repartiéronse, pues, las causas y se pusieron en marcha. A mí me encontraron convidando a unos huéspedes; echaron a éstos y me entregaron a Pisón; en tanto, los demás penetraron en el taller y se pusieron a hacer una lista de los esclavos. Yo pregunté a Pisón si estaría dispuesto a libertarme mediante dinero; él dijo que si era mucho, y yo le respondí que estaba en condiciones de darle un *talento* de plata; entonces, él convino en hacerlo así. Y aunque yo sabía que él no respetaba ni a dioses ni a hombres, sin embargo, en aquellas condiciones me pareció obligado tomarle juramento; y una vez que hubo jurado, imprecando la maldición para sí y para sus hijos si, después de tomar el talento, no me salvaba, entré en el dormitorio y abrí el cofre. Pisón, al darse cuenta de ello, penetró también y, al ver lo que allí había, llamó a dos de los subalternos y les ordenó que cogieran todo lo del arca; y, después que tomó, no sólo lo que había convenido en darles, ¡oh jueces!, sino tres talentos de plata y cuatrocientos cicicenos y cien daricos y cuatro copas argénteas, le pedí que me diera un viático, pero él respondió que me contentara con salvar la vida. Y cuando salía yo con Pisón, nos salen al paso Melobio y Mnesitides, que venían del taller, y, encontrándonos en la puerta misma, nos preguntan adónde íbamos. El dijo que a lo de mi hermano, para registrar también aquella casa, y entonces le dijeron que fuera él, y a mí, que siguiera con ellos a casa de Damnipo.» *(Contra Eratóstenes,* 6-12.) En este punto, Lisias, que conoce la casa, consigue huir y embarcarse de noche para Megara. Pero su hermano no tuvo la misma suerte y, detenido en la calle, fue llevado a prisión y condenado a beber la cicuta.

Tales ejecuciones sumarias se multiplicaron y no tardarían en suscitar diferencias en el seno mismo del grupo de los Treinta. Para comprender la ruptura operada entonces, preferimos el relató de Jenofonte al demasiado breve análisis de Aristóteles. Este último, que no esconde sus simpatías por el grupo de los moderados, capitaneado por Terámenes, olvida decir sencillamente que éste formaba parte de los Treinta, presentándolo como hombre íntegro que reclama, a la vez que el final de la violencia, el establecimiento de una nueva constitución en la que serían tres mil los ciudadanos de pleno derecho, y por ello es acusado y condenado a muerte por los Treinta. Desde el principio, efectivamente, los Treinta, de los que formaban parte Terámenes y Critias, el primo de Platón, optaron por hacer reinar el terror con el apoyo de una guarnición lacedemonia: «Les consiguió que se enviase una guarnición con el harmoste Calibio. Ellos, cuando tuvieron la guarnición, empezaron a halagar a Calibio de todos los modos posibles para que aprobara todo lo que hacían, y, como éste les enviaba a los soldados de la guarnición que querían, detenían con ellos no sólo a los malos ciudadanos y a los humildes, sino incluso a quienes creían que no soportaban que se les dejase marginados,

y que intentaban hacer algo por su parte, se atraerían el mayor número de simpatizantes.» *(Helénicas, II,* 3, 14). Cabe preguntarse entonces sobre las causas de la ruptura entre los dos hombres. Terámenes encontraba sin duda que Critias iba demasiado lejos, pues después de eliminar a los jefes demócratas, le hubiera gustado volver a la utilización de procedimientos más legales. Quizá temiera que los oligarcas se encontraran cada vez más aislados. Esto es al menos lo que Jenofonte deja entender: «Y como morían muchos injustamente y se veía reunirse a muchos y no sabían en qué pararía el régimen oligárquico a menos que se tomase un número suficiente de participantes en los asuntos políticos.» (Id., 17). Sea como fuere, la oposición de Terámenes se hizo cada vez más abierta y los otros oligarcas pensaron en la posibilidad de deshacerse de él. Fue entonces cuando se desarrolló ante el Consejo convocado con este motivo un gran debate que opuso a los dos hombres y permitió a ambos hacer una auténtica profesión de fe política. Jenofonte se encontraba a la sazón en Atenas, y podemos admitir que nos ofrece, si no los términos exactos, al menos el tenor de los dos discursos que se pronunciaron. Critias acusa a Terámenes de traicionar a los de su partido: «Y, si desde un principio hubiera pensado así, sería un enemigo, pero no sería considerado con toda justicia un cobarde. Mas ahora él, que fue el primero en conseguir la confianza y la amistad de los lacedemonios, y también en el derrocamiento del régimen democrático y sobre todo nos lanzó a nosotros a imponer penas a los primeros acusados ante vosotros, y ahora que vosotros y nosotros hemos llegado a ser enemigos declarados del pueblo, ya no le agrada lo que ocurre, para él ponerse a salvo y nosotros sufrir castigo por nuestros actos. En resumen, que le conviene sufrir castigo no sólo como enemigo, sino también como traidor vuestro y nuestro.» (II, 3, 28-29). A esta acusación opone Terámenes la constancia de sus opciones políticas. El era, había sido siempre el enemigo de «aquéllos que no creen que haya una democracia auténtica si los esclavos y los que están dispuestos a vender la ciudad por una dracma no participan del poder; y a su vez (...) de éstos que no creen que se implante una oligarquía auténtica antes de disponer que la ciudad sea tiranizada por unos pocos». Y Terámenes concluye: «Administrar el poder con los que pueden defenderlo con caballos y escudos reconocía con anterioridad que era lo mejor, y ahora no cambio.» (Id., 49). Este era, evidentemente, el programa de los moderados, de los defensores de la *patrios politeia* que habían intentado en vano hacer prevalecer ese programa en el año 411, después de la caída de los Cuatrocientos. Cabe pensar que éstos gozaban entonces en Atenas de cierta audiencia, mientras que la mayor parte de los jefes demócratas habían tomado el camino del exilio y las violencias de los Treinta les había quitado un buen número de sus partidarios. Por ello, Critias, temiendo un voto del consejo en favor de su adversario, recurrió una vez más a la violencia. Hizo rodear la sala del consejo por jóvenes armados de puñales, y él mismo decidió posteriormente borrar a Terámenes de la lista de los Tres mil, es decir, de aquéllos que teóricamente se beneficiaban de la plena ciudadanía, lo que lo despojaba de las garantías legales y lo ponía a merced de los Treinta. Después de todo esto, se lo declaró culpable y se lo condenó a muerte. Los vigilantes lo arrancaron del altar cerca del cual se había refugiado, y a través del Ágora, mientras que Terámenes trataba en vano de alborotar a la muchedumbre, lo llevaron hasta la prisión en la que fue obligado a beber la cicuta.





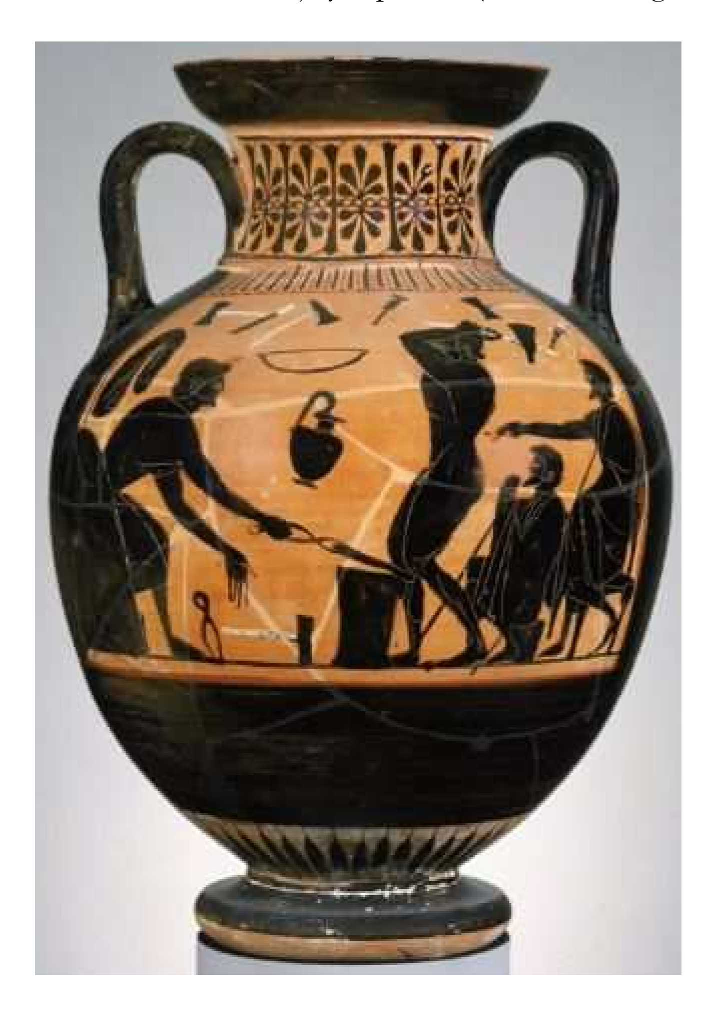
La lechuza y el olivo de Atenea.

En lo sucesivo, los Treinta serán dueños de actuar a su manera, una vez eliminado el hombre que gozaba de la mayor audiencia entre los moderados. La entrada a la ciudad fue prohibida a los que no estuvieran en la lista de los Tres mil, los cuales se refugiaron por su parte en El Pireo o tomaron el camino del exilio, para volver a encontrarse en Tebas o en Megara con los jefes demócratas ya refugiados allí. Entre éstos se encontraba Trasíbulo, quien ya en el año 411 había sido uno de los artífices de la rebelión de los soldados en Samos y de la restauración democrática. A partir de la toma del poder por los oligarcas, se había refugiado en Tebas y se había reunido con algunos fieles compañeros. De aquí partió poco después de la muerte de Terámenes, consiguiendo alcanzar el Ática e instalarse en la fortaleza de Filé. Ocurría esto durante el invierno del año 404/403, y los Treinta no pudieron impedirle el mantenerse allí. La llegada de Trasíbulo al Ática provocó un nuevo período de esperanza entre los demócratas. El número de sus partidarios se elevó rápidamente a setecientos y después de una victoriosa escaramuza que le permitió sembrar la confusión en el ejército de los Treinta, consiguió apoderarse de El Pireo con posterioridad a una batalla que se desarrolló cerca de la fortaleza de Muniquia. La toma de El Pireo fue importante. Aquí se refugiaron todos los que no formaban parte de los Tres mil y que, además, estaban dispuestos a unirse a Trasibulo. También en El Pireo vivían los metecos ricos que habían escapado a las proscripciones de los Treinta, susceptibles de ayudar materialmente a los demócratas. Se encontraba aquí, al cabo, el corazón del poderío ateniense. Por ello, algunos de los habitantes de la ciudad comenzaron a desear distanciarse con respecto a los Treinta, a fin de preparar las condiciones de un futuro acercamiento a los demócratas. Acabaron por convencer a los demás y por proclamar la expulsión de los Treinta, eligiendo por su parte a diez magistrados encargados del gobierno de la ciudad.

Pero mientras que las diferencias entre los oligarcas se iban haciendo más profundas, los de El Pireo se organizaban: «Estos eran ya muchos y de todas clases, se fabricaban armas, unos de madera, otros de mimbre y las blanqueaban. Antes de pasar diez días se dieron garantías de que los que lucharan con ellos, aunque fueran extranjeros, tendrían igualdad de impuestos *(isotelía)*. Y muchos hoplitas y muchos con

armadura ligera hacían salidas; tenían también unos setenta de caballería.» *(Helénicas,* II, 4, 25).

Forja y zapatería. (Ánfora con figuras negras. Museo de Bellas Artes, Boston.)





Los habitantes de la ciudad y los Treinta que se habían refugiado en Eleusis pensaron entonces en llamar a Lisandro. Este se encontraba dispuesto a responder favorablemente, pero Pausanias, el rey de Esparta, se le adelantó. A la cabeza del ejército acantonado en el Ática y de una parte de los aliados peloponesos, acampó cerca de El Pireo con la intención de desalojar de allí a Trasibulo. Fracasada su empresa, Pausanias comprendió entonces el interés que para Esparta podía tener mediar entre los Tres mil y los partidarios de Trasíbulo. Multiplicando los conciliábulos con unos y con otros, los indujo a enviar representantes a Esparta, decidiendo la Asamblea espartana por su parte enviar a Atenas quince emisarios encargados de negociar la reconciliación. Jenofonte no se extiende sobre las condiciones de esta negociación, que pareció haber sido llevada con bastante rapidez. Se llegó al acuerdo de una amnistía completa que alcanzaría a todos con excepción de los Treinta, de los Once (magistrados encargados de la aplicación de las penas) y de los diez magistrados instituidos por los Treinta en El Pireo, antes de que el puerto cayera en manos de Trasibulo, y que seguramente habían encontrado también refugio en Eleusis. Jenofonte no precisa si la democracia se restauró totalmente, pero lo

deja entender en cuanto que Trasibulo y los habitantes de El Pireo se trasladaron con las armas hasta la acrópolis, convocando los estrategas rápidamente la ekklesia. Trasibulo pronunció entonces un discurso del que Jenofonte nos ha dejado lo más importante y que posee interés para entender lo que iban a ser los primeros pasos de la democracia restaurada. Trasíbulo comenzó refutando los tradicionales argumentos de los oligarcas, sus pretensiones de dominar la ciudad, mostrándoles que no por su sentido de la justicia ni por su valor se habían revelado superiores a la masa de los pobres. Volviéndose entonces hacia sus compañeros, los incitó sin embargo a respetar la amnistía. Jenofonte concluye: «Después de exponer esto y otras razones semejantes, y también que *no se debía en absoluto promover desórdenes,* sino servirse de las leyes antiguas, levantó la asamblea.» (II, 4, 42).



Alfarería. (Crátera con figuras rojas. Ashmolean Museum, Oxford.)

De hecho, la democracia restaurada iba a mostrarse muy conformista en el aspecto institucional. Con excepción de Trasibulo, más soldado que político, la mayor parte de los hombres que dirigen ahora la ciudad pertenecen a ese grupo de moderados que rodeaban a Terámenes y que se habían separado muy pronto de los Treinta. Entre ellos, se encontraba Arquino, que suspendió como ilegal, según el procedimiento de la *graphé paranomón,* un decreto propuesto por Trasíbulo y «que concedía la ciudadanía a todos los que habían venido de El Pireo, entre los que había muchos conocidos por ser esclavos». *(La constitución de Atenas,* XL, 2). Formisio trató también de limitar el ejercicio de los derechos políticos a los poseedores de bienes raíces aunque según Denis de Halicarnaso la medida hubiera afectado únicamente a cinco mil personas sobre un total de cerca de treinta mil ciudadanos, fue rechazada. No hay que extrañarse. El demos sostenía sus privilegios reconquistados. No estaba dispuesto a compartirlos con mucha gente: de ahí su hostilidad hacia el decreto de Trasibulo; pero tampoco estaba dispuesto a ser defraudado, y de ahí el rechazo al decreto de Formisio. El grupo de los moderados continuó dirigiendo la vida política de la ciudad. Y si bien no pudo impedir una

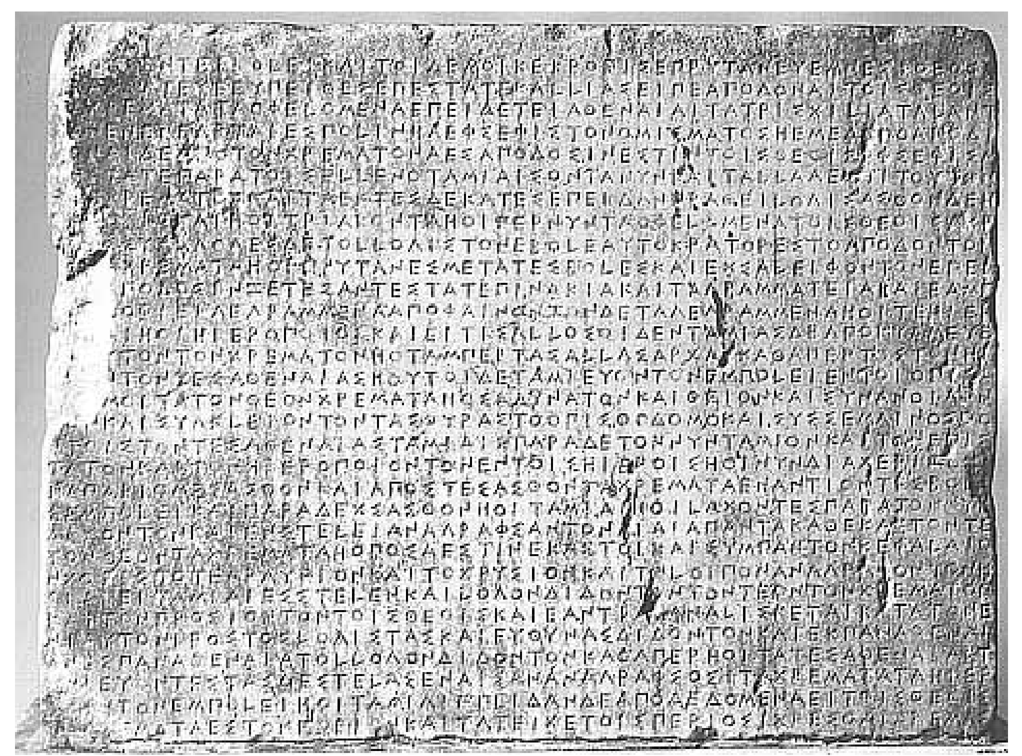
expedición de castigo contra los oligarcas refugiados en Eleusis, se esforzó al menos por hacer respetar las cláusulas de la amnistía. ¿Lo consiguió absolutamente? Platón, que tenía todas las razones para ser hostil a la democracia restaurada, le reconocía sin embargo ese mérito. Y Aristóteles, mediante un ejemplo concreto, confirma esa fidelidad de los demócratas hacia sus compromisos: el hecho de que los atenienses «no sólo borraron las acusaciones sobre el pasado, sino que incluso el dinero que habían recibido los Treinta de los lacedemonios para la guerra lo pagaron en común, a pesar de que los acuerdos mandaban que pagasen por separado los de la ciudad y los de El Pireo, mas pensando que en esto se debía dar principio a la concordia, mientras que en las demás ciudades no contribuyen con lo suyo propio los demócratas triunfantes, sino que hasta ponen la tierra de reparto». *(Constitución,* XL, 3). Sin embargo, hubo numerosos procesos políticos durante los años posteriores a la restauración democrática: así nos lo testimonian los discursos de Lisias y los ancestrales odios provocados por la política de los Treinta, que tardarán en desaparecer. No obstante, resulta extraño que los oligarcas no trataran de modificar el régimen hasta el final de la independencia ateniense, al amparo de las dificultades con que se encontraba la democracia. La oposición, si es que puede hablarse de ella en este instante, se encastilla en determinados medios «intelectuales», en esas escuelas que iban a aparecer en Atenas, y en las que, so pretexto de definir lo que debiera ser la mejor de las constituciones posibles, se permitía la crítica más o menos abierta al régimen y a los hombres que lo dirigían. La más célebre de tales escuelas sería la. Academia platónica, semillero de políticos y de pensadores, donde se veneraba la memoria de aquél que había sido el primero en plantear el problema político en términos nuevos, el filósofo Sócrates.

SOCRATES

El proceso y la muerte de Sócrates abren la historia del siglo IV de Atenas. No se puede prescindir de esta enigmática figura que jamás ha dejado de plantear problemas. Sócrates vivió y «enseñó» en Atenas durante la guerra del Peloponeso; su influencia fue grande porque Aristófanes, en *Las nubes* (423), no duda en tomarlo como blanco de su crítica contra los «sofistas». Un Sócrates sofista resulta extraño si nos atenemos a las palabras que Platón le atribuye contra los representantes de tal movimiento intelectual. Y sin embargo, a los ojos del ateniense medio, este hombre de aspecto desaliñado que discutía eternamente con sus amigos en la calle, en el taller, en el ágora, que interrogaba a los artesanos, charlaba con las rameras y frecuentaba a la dorada juventud de Atenas no era demasiado distinto de esos extranjeros llegados a Atenas para enseñar por dinero el arte de demostrar no importa qué. Sócrates no cobraba sus lecciones. Pero al igual que los sofistas, no admitía como absolutas verdades que eran solamente circunstanciales, invitando a su auditorio a una perpetua crítica de todo el saber adquirido. Por desgracia, conocemos a Sócrates únicamente a través de sus discípulos, ya que él mismo no escribió nada. Singularmente a través de sus dos discípulos más fieles: Platón y Jenofonte. Ahora bien, si el Sócrates de Jenofonte y el de Platón poseen rasgos comunes y a partir de tales rasgos podemos elaborar un «retrato robot» del filósofo, ese retrato

resulta muy insulso y lo bastante poco convincente como para justificar el entusiasmo que suscitaba entre las personas más brillantes. Por lo tanto, habría que escoger y preferir al Sócrates de Platón, tan semejante a su ilustre discípulo como para que resulte imposible reconocer lo que es de uno y de otro.

Este Sócrates aparece como un espíritu poderoso, irónico y a la vez persuasivo, amante de la felicidad del hombre y convencido de que tal felicidad sólo puede provenir de la búsqueda perpetua de la que justicia dentro del hombre y dentro de la ciudad. Una preocupación de este tipo tenía evidentemente que tropezar con una realidad cada vez más ajena a esa imagen de la justicia en el hombre y entre los hombres que recreaba el filósofo. Sabemos que el ateniense Sócrates era un ciudadano como los otros, deseoso de cumplir con sus deberes cívicos. Hoplita, había participado en expediciones militares. Buleuta, su tribu ejerció la pritanía que él tuvo que instituir para el asunto de los generales de las Arginusas. Fue el único de los cincuenta prítanis que se opuso a que la propuesta de Calíxeno que pedía su muerte fuera sometida a votación. En el año 404, había visto, quizá sin demasiado desagrado, el establecimiento del régimen de los Treinta. Entre ellos, contaba al menos con dos fieles discípulos, Cármides y Critias. Pero comprobado el espectáculo de terror impuesto en Atenas por los Treinta, se despegó pronto de ellos. En particular, rechazó participar en la detención de un tal León de Salamina, sin temor a cosechar, en una circunstancia tal, indudables enemistades. Cabe preguntarse entonces cuáles fueron las razones para que se lo condenara a muerte cuatro años después de la restauración democrática, cuando la ciudad deseaba y dé hecho se mostraba fiel a la ley de amnistía.



Decreto que ordena la devolución de las cantidades que se tomaron prestadas a los tesoreros de los templos durante la guerra del Peloponeso. (Mármol del museo del Louvre.)*

* **Decreto de Kallias**: Este decreto, relativo a la financiación de los trabajos en el embellecimiento de la Acrópolis, fue elaborado después de una propuesta, por Kallias y muestra cómo la vida pública fue organizada en Atenas durante el

Para comprender el proceso que le fue incoado puede ser indicativo detenerse por un momento en las personas de sus acusadores. Dos de ellos, Meleto y Licón, eran meros comparsas. Por el contrario, el tercero, el curtidor Anito, es un personaje importante. Antemión, su padre, era un rico que poseía una curtiduría. Aquél había heredado la fortuna de su padre, que le sirvió para escalar los más altos cargos. Antemión era de la generación de Cleón, pero frente a éste, fue un hombre modesto que nunca pretendió cargos. Por el contrario, su hijo, que se había contado entre el círculo de Sócrates, poseía ambición política. Pero —y esto no deja de tener su interés— mientras que en la generación precedente tales «industriales», que habían accedido a la cúspide política gracias a su fortuna, eran por regla general demócratas firmemente apegados a los principios de la democracia igualitaria, Anito, por su parte, era un «moderado» del grupo de Terámenes, y si se había adherido pronto al partido de Trasíbulo, tampoco dudaba en alinearse junto a ese puñado de hombres que, como hemos visto, se habían empeñado en controlar la restauración democrática para evitar que ésta tomara un sesgo demasiado «revolucionario». La acusación contra Sócrates procedía por tanto de unos hombres resueltos a mantener la democracia ateniense dentro de límites tradicionales y conformistas. La acusación en manera alguna surge como una especie de venganza llevada a cabo por demócratas excitados contra el amigo de Critias y de Cármido. Ni Platón ni Jenofonte, que nos han relatado el suceso, introducen por su parte razones políticas. Pero en la *Apología* de Jenofonte, una alusión a Anito da pie para pensar en una especie de venganza personal: «El cree, habría dicho Sócrates, haber realizado una proeza extraordinaria y maravillosa consiguiendo mi muerte, porque viéndole elevado por la ciudad a las más altas dignidades, le he dicho que no debiera educar a su hijo en el oficio de curtidor.» (Jenofonte, *Apología,* 29). En realidad, hay que conceder mayor importancia a las acusaciones: Sócrates fue acusado de no reconocer como dioses a los dioses de la ciudad y, a la vez, de introducir nuevos. Por otra parte, también de corromper a la juventud.

Hemos visto anteriormente, a propósito del proceso incoado a Anaxágoras, la importancia que podían cobrar tales acusaciones. La religión tradicional era parte integrante de las leyes de la ciudad. Poner en duda la tradición de la manera que fuese equivalía a socavar las bases en que reposaba la ciudad. El conformismo en materia reli-

---

período clásico. La escritura es característica de finales del siglo V a. C. Este decreto ateniense rige la organización de las finanzas públicas a finales del siglo V a. C. Ordena la devolución de los préstamos concedidos por el pueblo de Atenas a los tesoreros de los santuarios, a fin de financiar la labor en el embellecimiento de la Acrópolis y otros sitios de la ciudad, como el arsenal y las paredes de la ciudad. La ley también prevé cambios en la forma en que se administran las riquezas de los dioses. La inscripción describe el funcionamiento de las instituciones atenienses. El Consejo de la ciudad (la boule) propondrá un proyecto de ley a la Asamblea popular ("ekklesia") ("probouleuma"). En este caso, el hombre que propone la ley (llamada un "rogator" en latín) es un político ateniense por el nombre de Kallias. Las diez tribus atenienses representadas en el Consejo proporcionaría unos cincuenta concejales ("Pritano") y llevaría a su vez para presidir el Consejo de un décimo de un año, bajo la autoridad de un Presidente ("epistate"). En este caso, el Presidente es Eupeites de la tribu Cecropes (nombrada así por Cécrope, el legendario rey de Atenas). Todo esto es mencionado en el título del decreto, por lo que se pudieran identificar a los responsables (en particular, el "rogator") debe ser un cargo de ilegalidad contra la ley, siguiendo un procedimiento llamado "graphe paranomon", según el cual cualquier ciudadano podría impugnar una ley después de que había pasado. **La escritura**: La datación de la pieza, que es difícil establecer con precisión, se basa en parte en la secuencia de comandos de la inscripción griega. Las letras están superpuestas en columnas, en una secuencia de comandos regular, llamado "estéquedon" en griego. La ortografía y el estilo de ciertas letras (Λ, "lambda", I γ, λ, ν, ζ) significan que el decreto fue grabado antes de la reforma llevada a por Eukleides en 403 a. C.

giosa era tan fuerte como el que existía en materia política. Por la misma razón era preciso permanecer fiel a los *archaioi nomoi,* rechazando cualquier innovación, y también a la religión de los antepasados, sin plantear problemas susceptibles de provocar inquietud o de suscitar dudas. En cuanto a la corrupción de la juventud, tal argumento era apropiado para indisponer contra Sócrates a la «burguesía» conformista que tendía a convertirse en la clase dirigente de Atenas. Cuando Sócrates aconsejaba a Anito no educar a su hijo en el oficio de curtidor, cuando invitaba a sus jóvenes interlocutores, hijos de los hombres más ricos de Atenas, a alejarse de la política y del afán de lucro para acercarse a la filosofía, se manifestaba como un obstáculo capaz de perturbar la sociedad y del que ésta debía deshacerse.

LA SITUACION DESPUES DE LA GUERRA

Sin embargo, la democracia reinstaurada se iba a enfrentar con problemas particularmente graves. Para mantener la paz social inmediatamente después de los violentos disturbios que habían marcado el final de la guerra, era preciso precaverse rápidamente, asegurar el abastecimiento y evitar que una miseria desmesurada creara agitación revolucionaria en el seno del demos. En efecto, una vez la guerra terminada, los campesinos pudieron recuperar sus tierras. Y cabe pensar que, para muchos, el consuelo de estar en sus casas, a pesar de las dificultades, contribuyó no poco a mantener una relativa calma. La observación de Aristóteles acerca de la sensatez de los demócratas atenienses que, enseñoreados nuevamente de la ciudad, no procedieron a repartir las tierras, es rica en enseñanzas. Atestigua que, a la sazón, el problema no tenía un carácter agudo, lo que confirma la observación de Dionisio de Halicarnaso anteriormente mencionada: sobre treinta mil ciudadanos atenienses, solamente cinco mil —entre los que se contaban algunos ricos— no tenían tierra. Esto significa la parcelación de la propiedad de la tierra, el predominio de la pequeña y mediana explotación, la ausencia —atestiguada por las escasas cifras que poseemos— de auténticas grandes posesiones. Esta parcelación de la propiedad agraria explica que el reparto de las tierras no fuera un punto en el programa de los demócratas, cuyos dirigentes, por lo demás, procedían cada vez menos del agro y de la vida rural. ¿Acaso quiere decir esto que Atenas, en los años posteriores al final de la guerra del Peloponeso, vivió completamente al margen de una crisis agraria que sacudió al resto del mundo griego? Habría que preguntárselo a las fuentes contemporáneas. A este respecto, las dos últimas comedias de Aristófanes son particularmente indicativas. *Las asambleístas,* interpretada en el año 392, imagina que las mujeres atenienses, hartas de los repetidos fracasos de la política llevada a cabo por sus maridos, se hacen con el poder y decretan inmediatamente la comunidad de bienes y la comunidad de las mujeres. Problema central éste en el diálogo de Platón *La república,* publicado varios años después de la representación de *Las asambleístas.* Y cabe pensar que igualmente fuera tema de algunas discusiones filosóficas, merecedoras de la burla de Aristófanes. Pero si bien éste es visiblemente hostil a las medidas radicales defendidas por la reformadora, también pone en su boca palabras que revelan el carácter a veces dramático de la situación de los

campesinos atenienses: «Diré que todos deben hacer comunidad de bienes de forma que todos tengan parte en ellos todos, y vivan de los mismos recursos y no que uno sea rico y el otro miserable; ni que uno tenga mucha tierra que labrar y el otro ni siquiera para que se lo sepulte; ni que uno tenga a su servicio muchos esclavos y el otro ni siquiera un acompañante» (v. 590-595), y Praxágora añade: «Nadie hará nada por pobreza, porque todos tendrán de todo» (v. 605-606.) Cuatro años más tarde, en *Pluto,* su última comedia, Aristófanes vuelve sobre el problema de la miseria campesina. Crémilo, su protagonista, un campesino empobrecido por la guerra, dirige un discurso a la Pobreza donde esa miseria se expresa de manera particularmente impresionante: «Ni sirves para ofrecernos otro bien, aparte las quemaduras en los baños, sino montones de niños y viejas hambrientas, piojos, pulgas y mosquitos, y todos esos insectos que es imposible nombrar a causa de su abundancia, y que nos despiertan con un zumbido inoportuno alrededor de nuestras cabezas, y no paran de cantar: 'Tendrás hambre, pero levántate.' Además, nos das como vestido unos harapos, y como lecho un camastro de juncos, llenos de chinches que impiden nuestro descanso; como alfombra, una estera podrida; como almohada, una gran piedra debajo de la cabeza; como pan, raíces de malvas; como pasteles, hojas de rábanos secos; como escabel, una tapa de tinaja rota, y como artesa, las costillas de un tonel, agrietadas todavía...» (v. 535 y ss.)

El poeta ha cargado las tintas en el cuadro de la miseria campesina. Pero también otros textos dan testimonio de que los primeros años del siglo IV fueron particularmente difíciles para el campesinado ateniense. Esas dificultades favorecieron el abandono de las tierras, la especulación e incluso la degradación de algunos, obligados a colocarse para sobrevivir. Tal es el caso de Euteros, interlocutor de Sócrates en los *Memorables* de Jenofonte, quien, habiendo perdido sus posesiones en las colonias atenienses desde que la paz había privado de ellas a Atenas, se vio obligado a trabajar con sus propias manos para sobrevivir. Sócrates le aconseja que se coloque como administrador de las tierras de algún propietario.

Pero si los campesinos se vieron duramente perjudicados por la guerra y las invasiones del territorio ateniense, lo mismo puede decirse de los habitantes de la ciudad. Y. sobre todo para ellos más que para los campesinos, la pérdida del Imperio fue una catástrofe. Pues con el Imperio desaparecieron los sueldos y los salarios que permitían comer mejor o peor a muchos atenienses. La guerra, además, había provocado una clara disminución de las actividades artesanales: los arsenales estaban cerrados, los astilleros también, las minas explotadas de manera esporádica, y la pérdida de veinte mil esclavos artesanos al ocupar Decelia había agravado todavía más la situación. Asegurarse el pan de cada día era una constante preocupación que explica tanto como la derrota, el creciente desinterés por las asambleas, cuyas reuniones, demasiado frecuentes e ineficaces, acabaron por hastiar. Para luchar contra este absentismo a la vez que para remediar la situación de los más pobres, Agirreos instituyó el *mistas ekklesiastikós,* es decir, el salario para todos los que asistieran a las sesiones de la ekklesia, módico de entrada, pues se componía de un óbolo, pero elevado pronto a tres óbolos, que era el salario de los jueces.

Es obvio que tales medidas sólo se tomaban para salir del paso y que resultaban gravosas para un tesoro que no podía seguir siendo alimentado mediante los recursos

tradicionales. Y lo extraño es que la situación en los años 90 no fuera todavía más dramática. Hay que admitir que los todavía someros mecanismos de la vida económica permitían subsistir a los atenienses y que, por lo demás, habían sido tomadas medidas muy severas para asegurar a la ciudad su avituallamiento de cereales, medidas cuya idea podemos hacernos a través del discurso de Lisias contra los comerciantes de trigo. Sobre todo a partir del año 395, la vuelta de la guerra iba a abrir nuevas perspectivas a los atenienses. Canon, uno de los estrategos de Egospótamos, había conseguido huir con parte de la flota, que puso al servicio del Gran Rey. Este, inquieto por las crecientes ambiciones de Esparta, ayudó a volver a Conon a su patria con una flota de cincuenta naves y con ayudas que permitieron a los atenienses emprender la reconstrucción de los Muros Largos. Desde que la guerra había vuelto a comenzar, era posible abrigar cualquier esperanza de cambio de la situación, mientras que de nuevo se podía vivir del sueldo y de los aliados. No es sorprendente encontrar a Trasibulo entre los que trataron de restablecer las posiciones de Atenas en los Estrechos, así como a los estrategos Nicofemo y Aristófanes, amigos personales de Conon, y pronto a su hijo Timoteo, discípulo a la sazón del retórico Isócrates, con ambiciones de una gran carrera política. Estos hombres, no sin esfuerzo, trataron de mantener a sus ejércitos mediante la recaudación de impuestos a los antiguos aliados de Atenas, la eisforá. Los atenienses se quejaban porque ésta no era suficiente para cubrir sus necesidades, y sin darse cuenta volvían a las prácticas del siglo V, lo que inquietaba a los espartanos y al Rey, y, en Atenas, a los que temían un retorno de las calamidades anteriormente sufridas por la ciudad. Por ello, el Rey detuvo las ansias de expansión ateniense cuando en el año 386 convocó en Sardes a los delegados de las ciudades griegas para imponerles una paz cuyo garante sería él mismo en lo sucesivo. Los atenienses, que en el año 392 habían rechazado las proposiciones de paz espartanas porque no podían renunciar a una guerra que les ayudaba a vivir, fueron obligados a ceder. Pero en los años posteriores a la paz del Rey, se desarrolló en la opinión ateniense una auténtica tendencia cuya expresión más acabada es el *Panegírico de* Isócrates: se trataba de defender el retorno a la hegemonía ateniense, única cuestión capaz de liberar a los griegos del humillante arbitrio del Rey, pero una hegemonía que renunciara a los errores pasados, que fuera libremente aceptada por todos y que se ejerciera respetando la libertad de cada uno.

LA SEGUNDA CONFEDERACIÓN MARITIMA

Dos hombres iban a tratar de realizar este programa: Timoteo, hijo de Conon, y Calístrato de Afidna. Las circunstancias para ello eran particularmente favorables. La alianza entre la Liga peloponesa y la confederación beocia estaba rota desde que, preocupados por el creciente desacuerdo entre ellos y los tebanos, los espartanos habían dejado a uno de sus generales, Febidas, apoderarse de la Cadmea, ciudadela de Tebas, para favorecer al partido prolaconiano (381). Dos años más tarde, en el 379, los tebanos expulsaron a la guarnición lacedemonia, firmándose una alianza entre Atenas y Tebas, mientras que los tebanos se disponían a llevar la guerra al Peloponeso. El debilitamiento de Esparta fue aprovechado por los atenienses para estrechar su alianza con algunas

ciudades del Egeo, en particular con Metimna, Mitilene y Quíos, así como con Bizancio, puesto clave en la ruta de los cereales del Ponto. A finales del año 378 se reunió en Atenas una conferencia de delegados de las ciudades aliadas, acordándose una alianza general, una *sinmaquía*,* cuya carta fundacional conocemos por el texto del decreto que fue sometido entonces a la ratificación de la asamblea. En principio, el texto precisaba el fin de la alianza: obligar «a los lacedemonios a dejar vivir en libertad y autonomía a los griegos, y a disfrutar por completo de su territorio». Para llevarlo a cabo, se concluyó una alianza sobre la base de una absoluta igualdad: «Si alguno de los griegos o de los bárbaros que habitan en el continente o en las islas, a reserva de no pertenecer al rey, quiere aliarse con Atenas y con sus aliados, podrá hacerlo conservándose libre y autónomo, guardando su politeia a voluntad, sin recibir ninguna guarnición, sin estar sometido a ningún arconte, sin pagar tributo...» El texto precisaba también que los atenienses no podrían poseer tierras en el territorio de las ciudades aliadas: «No habrá propiedad pública ni privada de ningún ateniense sobre territorio aliado». En caso de conflicto, el caso se llevaría ante un consejo formado por delegados de las ciudades aliadas, y el que contraviniera sus decisiones sería presentado inmediatamente ante el tribunal de los aliados. Como se ve, se trataba de ofrecer garantías a los aliados contra los excesos que en el siglo V habían caracterizado al imperialismo ateniense, y de dar a la alianza un carácter más netamente federal. Inscripciones posteriores al decreto de fundación a la segunda confederación ateniense permiten entrever el funcionamiento de esas instituciones federales. El consejo de los aliados, el *sinedrión*,* se reunía con frecuencia, y es plausible pensar que los proyectos elaborados por la bulé le eran presentados antes de su votación por la ekklesia. La fórmula que figura a menudo en los decretos, como «los atenienses y los aliados», o «los atenienses y la mayoría de los aliados», implica que los atenienses no estaban representados en el sinedrión, pero que no se adoptaba ninguna decisión común que no fuera aprobada por éste. Y de hecho, al menos durante los primeros años de la confederación, parece seguro que tales reglas fueron respetadas generalmente por los atenienses.

Estos, además, se, habían comprometido a no recaudar tributos. Sin embargo, a los aliados se les podría exigir en caso de guerra una aportación excepcional, *sintaxis**. En el siglo IV, la guerra, que había reducido todo a un estado endémico, iba a multiplicar las *sintaxeis,* y rápidamente Menas iba a volver a las prácticas que, sin embargo, se había comprometido a no tolerar jamás.

¿Podía ser de otra manera? Habría sido necesario que, sin oprimir a sus aliados, Atenas hubiera dispuesto de al menos los mismos recursos que durante el siglo precedente. Ahora bien, la disminución del comercio acabó con una de las principales fuentes de ingresos para la ciudad, esto es, las tasas recaudadas por las mercancías que entraban o salían del puerto de El Pireo. La explotación minera, desde la ocupación de Decelia, se encontró notablemente disminuida. Por último, la desaparición del tributo significó para el tesoro de la diosa la pérdida de una fuente subsidiaria nada despreciable. Al mismo tiempo, los gastos no hacían nada más que crecer. Bien es verdad que Atenas no contaba ya con las pesadas cargas militares del siglo V, pero el cada vez más frecuente recurso a soldados mercenarios incluso para operaciones de corta duración, gravaba progresivamente el presupuesto de la ciudad, aunque fuera el propio estratego o

estrategos los que aseguraran la paga a sus soldados.

LA REFORMA DE CALISTRATO. LAS MINAS DEL LAURION

Un hombre, el orador Calístrato, tomó conciencia de tales problemas y trató de ponerles remedio. No sabemos gran cosa de él. Solamente que estaba vinculado con Timoteo, el hijo de Conón, y con algunos de los más destacados estrategos. El mismo fue elegido estratega en varias ocasiones. Pero a diferencia de Timoteo o de Ifícrates, no era un profesional de la guerra. Estaba particularmente versado en las cuestiones financieras, por las que se interesó obligadamente o por cualquier otro móvil que no conocemos. Tradicionalmente se le atribuyen dos reformas cuyo objetivo consistía en asegurar a la ciudad los recursos más básicos: una reforma de la eisforá y una transformación de las condiciones de explotación de las minas del Laurión. Por lo que respecta a la primera, no tenemos mucha información. Es plausible que Calístrato quisiera transformar la eisforá, es decir, el impuesto de guerra, en un impuesto proporcional a la fortuna de cada uno. Para asegurar la recaudación de este impuesto, los contribuyentes fueron repartidos en cien sinmorías, cada una de las cuales representaba una misma fracción de capital imponible. A continuación, los trescientos ciudadanos más ricos fueron repartidos entre las cien sinmorías, con la misión de asegurar la recaudación del impuesto y hacer el anticipo a la ciudad (proeisforá). Desgraciadamente, es casi imposible calcular cuál era el montante de ese impuesto, porque los datos que poseemos con respecto a las cifras son fragmentarios y a veces contradictorios. Sólo un hecho merece ser tenido en cuenta: las repetidas quejas de los ricos contra lo gravoso de este impuesto, lo que explica que éstos se separaran tan pronto del partido imperialista.

Por el contrario, la otra reforma de Calístrato resulta mejor conocida. Consistió en modificar las condiciones dentro de las que el estado concedía a los particulares el derecho de explotación de las minas de plomo argentífero del Laurión. En lo sucesivo, las minas en funcionamiento se concederían por tres años, mientras que aquéllas cuya explotación había sido abandonada desde hacía más o menos tiempo se concederían para diez. La concesión se hacía mediante el pago de una renta, que no sabemos si era anual o se pagaba en una sola entrega por parte del concesionario. La duda procede del hecho de que las cantidades que figuran en las inscripciones de los *poletas** (vendedores), es decir, los magistrados encargados de registrar las concesiones, son generalmente bastante modestas (de veinte a ciento cincuenta dracmas), con excepción de algunas que alcanzan las dos mil, seis mil o nueve mil dracmas. Cabe preguntarse si se trataba de concesiones particularmente importantes o, como han pensado algunos autores, de una venta real, en cuyo caso el estado habría tenido que abandonar la propiedad de esas minas. En el estado actual de nuestra documentación es casi imposible dar una respuesta definitiva. El examen de los nombres de los concesionarios que figuran en las listas de los poletas es revelador: muchos son conocidos a través de otras fuentes y parece ser que se trata de hombres ricos, generalmente propietarios también de talleres en la superficie para el tratamiento del mineral, y, por lo demás, conocidos también como trierarcos o estrategos. De cualquier forma, lo cierto es que la reforma de Calístrato debió permitir

una reanudación indiscutible de la actividad del Laurión. Esta, en principio, se caracterizó por su lentitud, pues aún en el año 356, Jenofonte, en su obra *De los ingresos,* se queja de que las minas no proporcionan todo el beneficio que de ellas podría esperarse. Pero su actividad fue particularmente importante en los años posteriores a la guerra social, primera brecha auténticamente grave en el seno de la segunda confederación ateniense.

Precisamente a causa de la lentitud de ese despertar así como de las dificultades provocadas por la recaudación de la eisforá, se explica que los atenienses, para hacer frente a los gastos cada vez más fuertes que pesaban sobre ellos, se encontraran obligados a volver sobre prácticas condenadas por los promotores de la segunda confederación ateniense. La iniciativa corrió a cargo principalmente de los estrategas, obligados a recurrir a expedientes para mantener a su ejército y llevar a buen puerto las campañas que la ciudad les había confiado.

EL PROBLEMA MILITAR: EL DESARROLLO DEL MERCENARIADO

Las condiciones de la guerra habían cambiado. No resulta fácil rastrear el lento proceso que vació de contenido cívico al ejército ateniense. Todo lo más, podemos constatar sus efectos en los primeros decenios del siglo IV. Los ciudadanos parecen rechazar cada vez con más ahínco el abandono de sus ocupaciones para atender su período de servicio. El fenómeno no es privativo de Atenas, pues en todas partes los ejércitos de ciudadanos tienden a ser sustituidos por ejércitos de mercenarios. Y ello es todavía más factible en cuanto que la miseria surgida de la guerra del Peloponeso arrojó al mercado auténticas masas humanas dispuestas a venderse al mejor postor. Por lo demás, el recurso a los mercenarios permite sustituir al pesado ejército de hoplitas por cuerpos de infantería ligera más operativos: durante las campañas llevadas a cabo en el Peloponeso entre los años 392 y 390, por ejemplo, el estratega ateniense Ifícrates dotó a sus mercenarios tracios de un pelte, ligero escudo de mimbre (de ahí su nombre de peltastas), de corazas de tela de lino, más flexibles que las fabricadas en malla de hilo de bronce de los hoplitas, calzándolos con unas ligeras sandalias llamadas ificrátidas.

Muy pronto se dejarán notar las consecuencias provocadas por este recurso sistemático a los mercenarios. De entrada, los estrategos debían pagar a menudo con su propio dinero a estos soldados profesionales. Timoteo, en el año 375, para llevar a buen puerto la campaña que debía conducirle a la toma de Corcira, tuvo que desembolsar trece talentos. Dos años más tarde, se vio obligado a hipotecar parte de sus bienes. Ifícrates, cuya fortuna está lejos de alcanzar a la de Timoteo, al menos al comienzo de su carrera, debió de emplear a sus remeros como obreros agrícolas en las pausas entre las operaciones militares. Se comprende así el por qué del agobio económico al que fueron sometidos los aliados de Atenas, el restablecimiento de las tarifas aduaneras en el Bósforo, e incluso, a partir del año 362, el restablecimiento de las cleruquías. La guerra de los aliados, que estalla en el año 357 y de la que el imperio ateniense saldría considerablemente disminuido, es la evidente consecuencia de tales exacciones, a las que

los estrategos se vieron obligados con asiduidad.

Pero el recurso a los mercenarios presentaba también otro peligro: dirigiendo un ejército profesional, compuesto de extranjeros adictos en cuerpo y alma al estratego, éste escapaba cada vez más al control de la ciudad. Esto constituye quizá uno de los aspectos más importantes de la historia de Atenas en el siglo Los estrategos, efectivamente, habían sido durante el siglo V los auténticos dirigentes de la ciudad. Por su condición de estratego, reelegido regularmente cada año durante quince, Pericles presidió los destinos de Atenas. Ello suponía que, dentro del cuadro de las instituciones democráticas de Atenas, los estrategos estaban obligados a responder de su gestión. El mismo ejemplo de Pericles o el más dramático de los estrategos de las Arginusas demuestran la realidad de tal control. Además, durante el mismo desarrollo de una campaña, el estratego podía ser obligado a justificarse ante la asamblea de soldados. Y, bien es verdad que sólo en circunstancias excepcionales, ésta podía destituirle, como ocurrió en Samos en el año 411. Pero el estratego, que dirigía a extranjeros, por añadidura pagados por él mismo, no estaba sujeto a ese control. Partiendo de este hecho, le era posible llevar su propia política, y todavía con mayor facilidad en cuanto que poco o nada recibía de la ciudad en concepto de ayuda. Tal independencia de los estrategos se vio todavía más reforzada por una serie de motivos: por un lado, la mayor complejidad de la administración de la ciudad, y, sobre todo, de su aspecto financiero, tendía a facilitar su dirección a hombres que si bien resulta arriesgado aún calificar de técnicos, se confirman como magistrados exclusivamente civiles: Calístrato entre los años 378 y 362, Eúbulo después del 356, Licurgo después del 338 son en principio ministros económicos; no hubo para el primero un título particular que designara su función, pero el segundo consiguió hacer de su misión de encargado del teórico (es decir, de la cantidad destinada a permitir a los más pobres pagar su entrada al teatro) un importante cargo financiero. Por lo que respecta a Licurgo, se trató de una función especialmente creada para él, que anuncia las magistraturas económicas de los reinos helénicos, y que le permitió efectuar las reformas de las que hablaremos más adelante. En lo sucesivo, entre funciones cívicas y funciones militares se operaría una división que tendería a hacer de los estrategos sobre todo jefes militares al margen de la política interna de la ciudad, con la que sólo se conectarían a través de los oradores ligados a ellos: así por ejemplo Calístrato o Timoteo, o, más tarde, Demóstenes y Cares. El carácter en principio militar del cargo favoreció todavía más un fenómeno nuevo que surge en el siglo IV: el entusiasmo por el jefe aureolado de gloria a causa de una resonante victoria. Tal había sido el caso de Alcibíades a finales del siglo V. Pero Alcibíades era una personalidad excepcional que no puede juzgarse desapasionadamente. Resulta curioso observar en el siglo IV cómo se manifiesta ese entusiasmo por hombres de envergadura mucho más modesta, como Timoteo, Ifícrates, Cares o Cabrias. Demóstenes, mente lúcida, apegado a la tradición democrática, se quejaría de ello años más tarde, al señalar que, antaño, se hablaba de los vencedores de Maratón o de Salamina sin aludir directamente a ellos; mientras que «en la actualidad se repite asiduamente que Timoteo ha tomado Corcira, que Ifícrates ha aplastado una *mora* lacedemonia, que Cabrias ha ganado la batalla naval de Naxos». *(De la organización financiera,* 22.)

Contra esta prepotencia de los estrategas, aquéllos sobre los que se basaba

esencialmente el peso de la guerra, los ricos sujetos a la proeisforá y a la trierarquía, sintieron la tentación de rebelarse. No era cuestión fácil, pues la guerra constituía la única salida para la masa empobrecida, al asegurar un salario del botín a los pobres, aparte de permitir también el mantenimiento de las posesiones atenienses en el Egeo y el control de los Estrechos por donde llegaba el grano póntico que alimentaba a parte de la población del Ática. Entre la masa del demos y los estrategos existía de hecho una complicidad que no se atrevieron a romper los moderados, cuyo origen estaba sobre todo en la clase pudiente.

No obstante, la guerra de los aliados iba a ofrecer la oportunidad de actuar. Nacida del rechazo de algunas grandes ciudades como Quíos, Rodas, Cos, Bizancio, de permanecer en la alianza ateniense, iba a asestar un golpe muy duro al partido imperialista y belicista. En efecto, en el otoño del año 356, la flota ateniense dirigida por Ifícrates, Timoteo y Cares fue derrotada en Embata, a la altura de Quíos, por la flota de los aliados. El proceso incoado a Timoteo y a Ifícrates por instigación de Cares debía revelar el desarrollo del partido imperialista y precipitar la conclusión de la paz que sobrevino en el verano del año 355. Fue un golpe muy duro para la segunda confederación marítima, a la vez que una prueba del fracaso de la política imperialista. No resulta sorprendente que desde entonces y durante algunos años, la dirección de la ciudad pasara a manos de un grupo de moderados cuya figura más notable sería la del financiero Eúbulo.

EUBULO. «DE LOS INGRESOS» DE JENOFONTE

No sabemos demasiado sobre Eúbulo. Nos son desconocidos su familia y sus antecedentes. Sus amigos lo tenían en gran estima y sus adversarios lo respetaban. Elegido encargado del teórico, iba a conferir a este cargo dimensiones excepcionales y a dirigir la política de la ciudad. Ignoramos todo acerca de sus ideas, salvo su deseo de mantener la paz, pero tenemos la suerte de poseer un cierto número de textos que, si bien no emanan directamente de sus más allegados y no han sido inspirados por él, testimonian las preocupaciones que lo animaron.

El primero y más importante de tales textos es el pequeño tratado atribuido a Jenofonte y titulado *De los ingresos*. Se ha dudado a veces de la autenticidad de su atribución al historiador ateniense. Sin embargo, todo parece indicar que procede de él. Jenofonte, exiliado de Atenas por haber combatido con los espartanos durante la guerra de Corinto, pudo volver aproximadamente cuando Eúbulo se convirtió en el responsable de la política de Atenas. El destino quiso que el político fuera el instigador del decreto que permitió al escritor recuperar sus derechos. Jenofonte, por lo demás, testimonia a lo largo de toda su obra una\ curiosidad excepcional para su época por los problemas económicos, hasta el extremo de introducirlos en un género que es el menos apropiado aparentemente para acogerlos, esto es, el del diálogo socrático, como lo atestiguan *El económico* y algunos pasajes de los *Memorables.* Es él quien efectúa en la *Ciropedia* ese análisis de la división del trabajo que, desde el siglo XIX, ningún economista ha dejado de citar, Marx el primero de ellos.

En *De los ingresos,* trata de demostrar que Atenas puede vivir de sus ingresos y, por ende, renunciar a la explotación de sus aliados: «Según nos aseguran, escribe en el prólogo de su obra, hay en Atenas varios magistrados que conocen mejor que nadie las leyes de la justicia. Pero según ellos, debido a la pobreza de la gente, vense obligados a observar menos estrictamente dichas leyes.

En consecuencia, mi propósito es examinar si los habitantes del Ática pueden subsistir con los recursos de su propio país, lo cual sería la más equitativa de todas las medidas. Persuadido estoy de que si este proyecto se realizara, podríase remediar su pobreza al mismo tiempo que nosotros dejaríamos de ser sospechosos para los griegos.» *(De los ingresos,* I, 1.) Jenofonte emprende entonces el examen de tales recursos que, bien utilizados, podrían permitir a los atenienses renunciar a la explotación de. Tos aliados. En primer lugar se encuentran los recursos naturales, recursos del suelo, del mar y del subsuelo. Jenofonte no insiste demasiado en este tema, ya desarrollado con amplitud en *El económico.* En cuanto a los recursos del mar y del subsuelo, se limita a dar su existencia. En segundo lugar, se detiene en los recursos que Atenas obtiene por su posición geográfica. Atenas es por excelencia el pivote sobre el que gira el comercio egeo. Es preciso que los atenienses se esfuercen por atraer a su ciudad a los comerciantes extranjeros. Estos, si se instalan en Atenas o en El Pireo, son una fuente de ingresos para la ciudad, pues en tanto que metecos, están obligados a la eisforá y al servicio militar, amén de tener que pagar un canon de residencia. Para mejor atraerlos, sería preciso concederles determinados honores reservados hasta ahora a los ciudadanos, como el de servir en la caballería, y renunciar a ciertas disposiciones humillantes. Jenofonte no precisa cuáles de éstas habría que suprimir; pero cabe imaginar que pensaba en la necesidad que tenía el meteco de hacerse representar por un patrono al encontrarse mezclado en cualquier pleito. Extraña constatar que tal disposición desaparecerá en la segunda mitad del siglo, si no de hecho al menos de derecho, y que ante los tribunales de comercio, metecos y ciudadanos estarán en plano de igualdad. Jenofonte llegó a reclamar para los metecos el derecho a poseer bienes raíces, ya fuera en la ciudad o en El Pireo, bien entendido que no para dedicarse a la agricultura, sino para que pudieran ser propietarios del suelo sobre el que se levantaba su vivienda, lo que traería como consecuencia el ligarlos con más firmeza a la ciudad. Todos saldrían ganando, los comerciantes que «en la mayor parte de ciudades extranjeras vense obligados a tomar otro cargamento a cambio del que descargan mientras que en Atenas por el contrario pueden tomar todos los objetos que necesitan; y, si lo prefieren, cobrar sus mercancías en dinero, que es la mejor manera de venderlas, con el cual en cualquier parte que trafiquen sacarán más que el capital» (III, 1); y los atenienses, pues «cuanto más extranjeros vayan y vengan entre nosotros, más aumentarán las importaciones y las exportaciones, las compras y las ventas, los salarios acordados y los impuestos a percibir» (Id., *3.)*

Pero según Jenofonte, todo esto no posee demasiada importancia si lo comparamos con los recursos que Atenas podría extraer de una explotación más sistemática de las minas de plata del Laurión. El análisis de lo que podría constituir tal explotación es objeto de estudio en el capítulo IV de *De los ingresos.* En principio, Jenofonte señala que solamente una pequeña parte de los yacimientos del Laurión se

encuentra en explotación. Si ésta fuera más sistemática, podría extenderse considerablemente la zona argentífera y acrecentar por tanto la cantidad de plata disponible. «Basta que tengamos los utensilios necesarios en el hogar, para hacer raramente nuevas adquisiciones de este género, mientras que es evidente que nunca poseemos bastante plata para no desear más. Aquéllos que tienen ya mucha, encuentran tanto placer en alejar lo superfluo como en hacer uso de él.» Jenofonte se propone exponer «cuál sería el modo de explotación más ventajoso para el estado». El lector no prevenido espera ahora exposición de un proyecto de explotación directa de las minas por parte del estado. Mas en lugar de esto, Jenofonte explica un sistema que nos revela el estado del pensamiento económico a la sazón. El estado ateniense, tomando ejemplo de los particulares, comprará un gran número de esclavos que alquilará a los concesionarios privados al precio habitual de un óbolo por hombre y día. Cuándo posea diez mil, el ingreso anual que extraiga de su arrendamiento será de cien talentos, lo que supone claramente que los obreros serán utilizados sin interrupción durante todo el año. Tal proyecto, como se ve, no es en sí revolucionario. Al igual que el propietario de esclavos es un rentista que vive del trabajo de sus esclavos, el estado ateniense se convertirá en propietario de esclavos y en rentista. Para hacer frente a las posibles objeciones, esto es, que el estado ateniense corre el riesgo de no poder alquilar a todos sus esclavos, Jenofonte considera una solución que, esta vez sí, tiene mucho de original: que el propio estado se convierta en empresario. Las tribus recibirán un número equitativo de esclavos públicos y atenderán a la explotación sistemática de las minas, de manera que las rentas sean compartidas por todos los ciudadanos. Esta forma de explotación de las minas por parte de la ciudad, con sus propios esclavos, acabaría con la explotación de los concesionarios privados, pero acrecentaría considerablemente el rendimiento de tales minas.

Jenofonte concluye su análisis señalando que, para realizar este programa, es absolutamente básico el mantenimiento de la paz. «¿Cuáles son las ciudades famosas por su prosperidad? Únicamente aquéllas que se han mantenido dentro de una paz larga y durable; es decir, Atenas sobre todo, puesto que todo su engrandecimiento lo debe a la paz. En una época de paz, ¿qué pueblo puede prescindir de nosotros? Empezando por el comercio por tierra o por mar, aquéllos que poseen grandes cantidades de trigo, provisiones abundantes de vino, aceite o ganadería, todos en fin los que pueden hacer valer sus productos o enriquecerse con su industria, necesitan de nosotros. Lo mismo digo de los artistas, literatos y filósofos. Y los poetas, y los que se ocupan en las obras de estos hombres de genio, o los que desean ver y oír todo cuanto pueda interesar en materia-de religión o de política, todos aquéllos que quieran en fin vender o comprar rápidamente muchos objetos, ¿a dónde se dirigirán sino a Atenas?» (V, 2.) Y a los que puedan objetar que la guerra «es más favorable a nuestra hacienda que la paz», Jenofonte responde: «Para decidir dicha cuestión no veo mejor guía que la historia del pasado. Que se la interrogue, y será que el tesoro público, antes incrementado prodigiosamente durante la paz, hallose enteramente agotado por la guerra. Láncese una mirada al presente, y cualquiera se convencerá por sí mismo de que la guerra ha cortado varias ramas que producían beneficios y que ha absorbido en pura pérdida las que subsistían todavía, mientras que después del restablecimiento de la paz en el mar, han aumentado

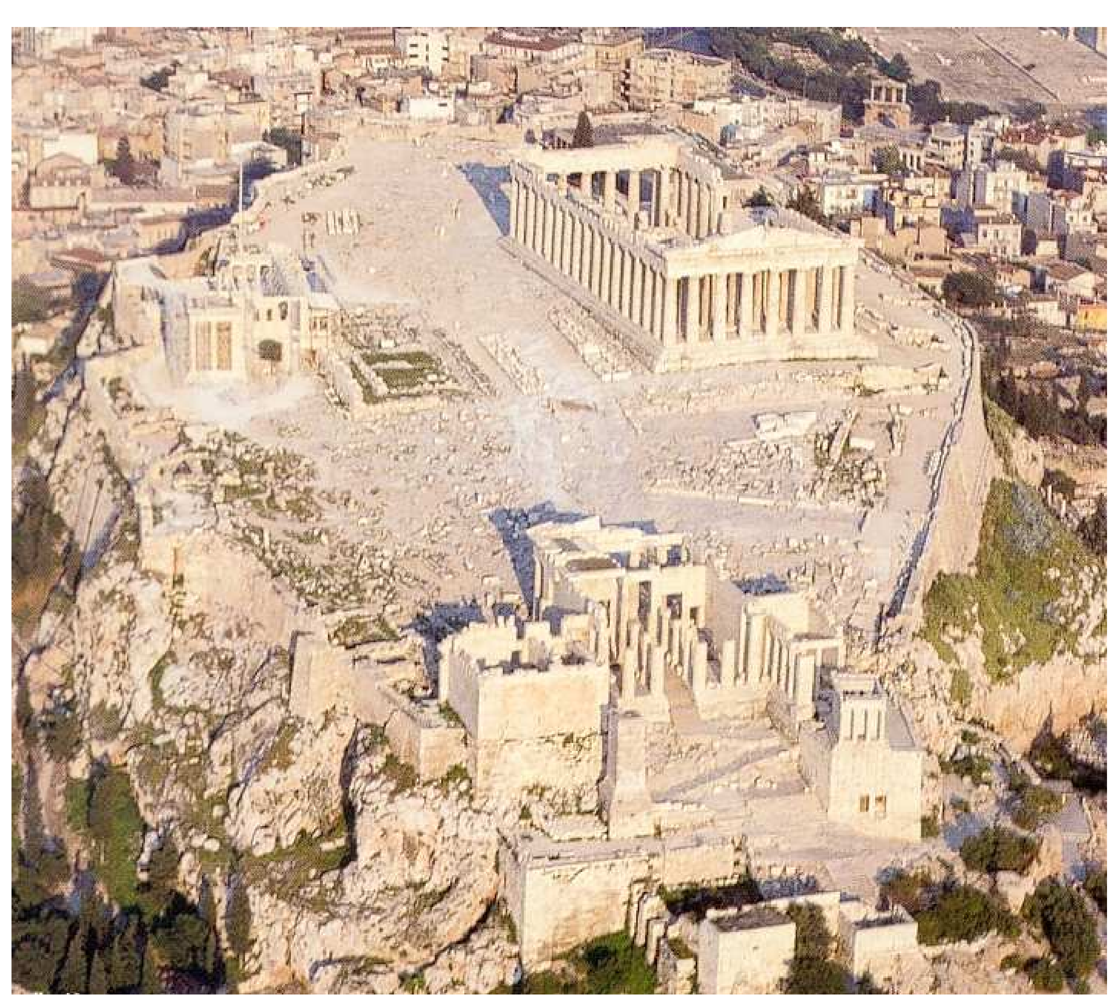
estas mismas rentas y nuestros conciudadanos gozan de ellas en plena libertad.»

Es inútil preguntarse si *De los ingresos* sirvió como programa político a Eúbulo y al grupo que lo rodeaba, en cuanto que la existencia de lazos entre ellos y Jenofonte sólo podemos intuirla. Por otra parte, es evidente que el proyecto de compra masiva de esclavos por parte de la ciudad no fue jamás realizado. Tampoco es menos cierto que la época de Eúbulo asiste también a una rápida recuperación de la actividad minera, como queda atestiguado en las listas de los goletas. Cabe preguntarse si ocurrió lo mismo con la actividad comercial, punto difícil de resolver puesto que no tenemos ninguna información precisa sobre el volumen de intercambios hacia mitad de siglo. Sin embargo, es indicativo que sea entonces cuando se perfile el derecho mercantil y cuando se generalicen procedimientos expeditivos que van a permitir a los comerciantes extranjeros defender sus intereses ante los tribunales atenienses. No es casual que sólo para la segunda mitad del siglo IV poseamos preciosas indicaciones sobre la organización del comercio marítimo en Atenas. Podemos admitir por tanto que el equipo de Eúbulo se esforzó para realizar en la práctica un cierto número de ideas contenidas en *De los ingresos*.

ISOCRATES

Otro escritor contemporáneo permite entrever quizá con más precisión lo deseado por Eúbulo y sus allegados. Se trata de Isócrates, profesor de retórica, amigo personal de cierto número de políticos atenienses y que, si bien se preocupó de permanecer al margen de la vida política ateniense, no cesó de enjuiciar los acontecimientos y la situación contemporáneos en discursos que jamás llegó a pronunciar pero que proponía como modelo a sus alumnos. Hacia el año 356, esto es, cuando Eúbulo, nombrado encargado del teórico, domina la política ateniense, Isócrates compone un discurso cuyo título es ya de por sí todo un programa: *Sobre la paz*. Se supone redactado poco antes de que la batalla de Embata obligara a los atenienses a renunciar a su dominio del Egeo. Ya desde el comienzo de su discurso, Isócrates se entrega a una profesión de fe que recuerda sorprendentemente al preámbulo del tratado de Jenofonte: «¿Sería suficiente para nosotros vivir con seguridad en la ciudad, tener abundancia de medios, el mismo parecer entre nosotros mismos y gozar de buena fama entre los griegos? Yo creo que con estas cosas la ciudad sería completamente feliz. La guerra, en cambio, nos ha privado de todo lo dicho. Porque nos hizo más pobres, nos obligó a soportar muchos peligros, nos enemistó con los griegos y nos ha agotado con toda clase de desastres. Por el contrario, si hiciéramos la paz y nos adaptáramos a lo que mandan los tratados comunes, habitaríamos la ciudad con enorme seguridad y alejaríamos las guerras, peligros y desorden en que ahora nos enfrentamos entre nosotros. Además aumentaría nuestra abundancia de recursos para cada día, pondríamos fin a los tributos, trierarquías y demás servicios públicos para la guerra, cultivaríamos sin miedo la tierra, navegaríamos por el mar y emprenderíamos las demás actividades que ahora están abandonadas por culpa de la guerra. Veríamos que la ciudad recibiría el doble de ingresos que en la actualidad, que estaría llena de comerciantes, extranjeros y

metecos, de los que ahora está desierta.» *(Sobre la paz,* 19-21.) Isócrates es menos preciso que Jenofonte a la hora de hablar de los supuestos ingresos para la ciudad debidos al retorno de la paz; pero al contrario, es más explícito al tratar de los inconvenientes que la guerra comporta: las eisforai, la trierarquía, cuestiones que van a parar a las espaldas de los más ricos, cuyo descontento es expresado por Isócrates. Sin que sea ya pertinente la antigua distinción entre fortunas honorables y fortunas recientes producto de una actividad artesanal, los ricos en conjunto se opondrían en lo sucesivo a una política imperialista cuyo peso recae por entero sobre ellos. Por este mismo lado entrevemos a través del discurso de Isócrates a los elementos de la sociedad ateniense sobre los que se apoyaba Eúbulo: los ricos, los hacendados, esos mil doscientos ciudadanos que hacían a la ciudad el avance de la eisforá y que, reunidos en las sinmorías trierárquicas creadas poco tiempo antes, debían asegurar el equipamiento de la flota ateniense. Tales hombres, al contrario de los oligarcas del siglo precedente, no eran adversarios de la democracia. Pero conscientes del peso cada vez más fuerte de la guerra, deseaban ver cómo Atenas renunciaba a la hegemonía y a las ventajas materiales que de ella pudieran extraerse para tratar de vivir con sus propios medios. De ahí la búsqueda de instrumentos que permitieran acrecentar los ingresos de Atenas y la aparición de lo que podríamos llamar una mentalidad económica, aunque como ya hemos visto, ésta comportara todavía un empirismo muy elemental. En cualquier caso, lo cierto es que estamos ante un giro importante en la historia de la ciudad que habría podido desembocar en una mutación considerable si la evolución de Atenas no se hubiera encontrado bloqueada ante el desarrollo del poderío macedonio.



5
ATENAS EN LA EPOCA DE FILIPO Y ALEJANDRO

El período comprendido entre los años 359 y 322 es uno de los mejor conocidos de la historia de Atenas, gracias al excepcional conjunto constituido por los discursos de Demóstenes, tanto los discursos políticos que pronunció ante la asamblea como por lo que respecta a los informes sobre asuntos públicos o privados, que nos introducen entre los atenienses y nos hacen compartir sus angustias y problemas. Esta excepcional documentación, completada por los discursos de Esquines, su adversario, ilumina viva y notablemente un momento crucial de la historia de Atenas, pues precede inmediatamente a su época de oscurecimiento y ocaso: la larga lucha que se vio obligada a llevar contra Filipo, el rey de Macedonia.

Macedonia era una región situada fuera de la Hélade propiamente dicha, pero cuya historia estaba estrechamente ligada desde bastante tiempo, atrás a la de los griegos. La dinastía imperante sobre ese pueblo de rudos campesinos montañeses pretendía ser de origen griego y, de hecho, los reyes de Macedonia habían mantenido relaciones tempranas con las ciudades griegas, singularmente con Atenas. Esta, por su parte, desde la época de los Pisistrátidas, estaba como hemos visto, interesada en las riberas septentrionales del Egeo. La debilidad de los reinos indígenas tracio y macedonio favoreció de forma evidente las tentativas atenienses. Pero la situación iba a cambiar bruscamente en el año 359 con el advenimiento al poder en Macedonia de un joven príncipe, Filipo, que trataría de hacer de ésta una gran potencia, comenzando por reforzar una autoridad monárquica hasta ahora bastante limitada. No es fácil hacerse una idea precisa del hombre que iba a dominar durante veinte años la política griega, pues las noticias al respecto proceden de las parciales críticas de Demóstenes o de las interesadas alabanzas de sus partidarios. No hay duda de que la persona poseía grandes valores: era a la vez político y estratega. Y supo admirablemente extraer partido de los viejos antagonismos que dividían a las ciudades griegas para introducirse de ese modo en sus asuntos e imponer poco a poco su hegemonía. En pocos años se convirtió en dueño de las costas septentrionales del Egeo; intervino a la vez junto a los tebanos en la guerra sagrada que opuso a éstos frente a los focidios por el control del santuario de Delfos y de la *anfictionía** délfica, y no sólo consiguió castigar a Tesalia sino que llegó a apropiarse de los dos votos de los focidios en el consejo anfictiónico, penetrando así en el seno de un organismo panhelénico. La llamada paz de Filócrates, en homenaje al negociador ateniense que tomó su iniciativa, sancionó una situación a la que Atenas había tratado inútilmente de oponerse. Frente a los proyectos de Filipo, la opinión ateniense estaba dividida: los partidarios de Eúbulo, los hacendados, fieles en su mayoría a una política pacifista, deseaban mantener a Atenas en una relativa neutralidad y evitar cualquier proyecto aventurado que pudiera costar caro a la ciudad y poner en peligro la política de recuperación emprendida por Eúbulo. Pero otros, por su parte, temían la amenaza que pesaría sobre Atenas caso de perder la ruta septentrional del Egeo, que conducía a los Estrechos y a la región póntica, vital para el abastecimiento de trigo a Atenas. Los

manejos de Filipo contra Anfípolis y Potidea, sus intrigas junto a los reyezuelos tracios tradicionalmente aliados de Atenas, su infiltración en la Grecia central mediante la guerra sagrada, todo ello hizo que concibiera la idea de una acción militar por costosa que fuera. Ahora bien, a partir del año 352, los partidarios de resistir a Filipo iban a encontrar un portavoz ante la asamblea en la persona de Demóstenes.

DEMOSTENES Y FILIPO

Demóstenes pertenecía a lo que podríamos llamar la «burguesía» ateniense. Su padre, que también se llamaba Demóstenes, era un hombre rico que poseía dos «talleres» de esclavos: uno de treinta obreros fabricantes de cuchillos y otro de veinte que fabricaba muebles; contaba además con una casa, mobiliario, objetos preciosos y algunas deudas activas: en total, una fortuna que se elevaba a catorce talentos. Murió relativamente joven, confiando su viuda y sus dos hijos a tutores que se apresuraron a dilapidar su fortuna. Así, el joven Demóstenes se vio obligado a trabajar para sobrevivir; si hizo logógrafo, autor de discursos, o sea, abogado. A la vez, incoó un proceso contra sus tutores que le permitió recuperar parte de sus bienes. Fue, por tanto, un hombre rico; más tarde recordaría las funciones desempeñadas a causa de esta riqueza: *coregía**, trierarquía, etc. Parece ser que al comienzo de su carrera fue amigo de Eúbulo y que compartió sus puntos de vista acerca de la necesidad de una política resueltamente pacifista. Pero pronto se separó de él y se convirtió en portavoz de los que andaban preocupados con los proyectos de Filipo, que veían la necesidad de golpear rápido y fuerte, con el riesgo de aceptar un cierto número de sacrificios, en primer lugar los de tipo financiero. Esquines, que lo odiaba, justificaba su hostilidad en razones personales. La madre de Demóstenes era de origen tracio y éste habría conservado lazos personales con esta región; particularmente amenazada por Filipo. Más tarde se lo acusó de ser agente del Gran Rey, con el pretexto de que estaba dispuesto a cualquier alianza contra Filipo, incluso con el Bárbaro. Pero no deja de ser impresionante la sinceridad de su pasión cuando se leen sus discursos. Y hay que reconocer que, contrariamente a las acusaciones que hacían a menudo los enemigos de la democracia ateniense contra los oradores, Demóstenes no pretendía engañar al demos; antes bien, lo enfrentaba bruscamente con sus responsabilidades. Rechazando el servicio militar y prefiriendo el recurso de los mercenarios, oponiéndose a la asignación de los medios de la ciudad a las necesidades de la guerra, tratando por todos los medios de escapar a las eisforai y a las trierarquías, los atenienses, y singularmente los más ricos de todos, escogían deliberadamente el camino de la servidumbre, porque no había que ilusionarse con las intenciones de Filipo ni creer en sus bellas palabras.

Sobre todo después del año 346, con posterioridad a esa paz a la que el propio Demóstenes había acabado por adherirse, su acción iba a convertirse en preponderante. Los repetidos éxitos de Filipo, a los que Atenas se enfrentaba siempre demasiado tarde, habían constituido un rudo golpe para el prestigio de Eúbulo. El partido moderado no había conseguido resolver las dificultades materiales de Atenas, y sus vacilaciones frente a las intrigas de Filipo habían agravado la situación. Esto, a los ojos de la opinión pública

ateniense,, fortalecía a los que habían denunciado desde el principio los proyectos de Filipo, y en principio a Demóstenes.

Este se había marcado un doble objetivo: se trataba en primer lugar de asegurar alianzas a Atenas para afrontar el conflicto que con seguridad iba a renacer, pues la paz del año 346 no era sino una tregua; a continuación, era preciso obligar a los atenienses a aceptar una serie de medidas encaminadas a reforzar el potencial militar de la ciudad. Al menos por dos veces se trasladó Demóstenes al Peloponeso para tratar de captar a sus ciudades a la causa ateniense: en el año 340 tuvo lugar en Atenas un congreso en el que se reunieron delegados de Corinto, de Megara, de la liga aquea y de las ciudades de la isla de Eubea. Se acordó una alianza que decidió equipar una flota de cien trirremes y reunir un ejército de diez mil hombres, a los que se añadirían mil jinetes. En este mismo año, Demóstenes emprendió también viaje a la región de los Estrechos con el fin de captar para Atenas a las grandes ciudades que se habían separado de ella a partir del año 356, Bizancio y Abidos, así como las grandes islas de Rodas y de Quíos. Desde el año 342, en efecto, Filipo constituía una grave amenaza para esas regiones, particularmente para el Quersoneso de Tracia, antigua posesión ateniense. A pesar de la oposición de parte de la asamblea, Demóstenes había conseguido enviar allí al estratego Diópites al frente de un ejército de mercenarios. Pero con los subsidios contados, éste no tardó en dedicarse a efectuar exacciones, capturando naves comerciales en particular. En Atenas, esto fue aprovechado por los aniversarios de Demóstenes para protestar, viéndose éste obligado a pronunciar un vehemente discurso para defender al estratego, según él, injustamente acusado: «No nos gusta sujetarnos a impuesto alguno, ni a pelear nosotros mismos, ni podemos renunciar a vivir a costa del estado, no proporcionamos recursos a Diópites ni aprobamos que se los procure él mismo... Porque si no estáis dispuestos ni a contribuir, ni a luchar, ni a renunciar a los subsidios públicos para vivir, ni a socorrer a Diópites, ni a dejarle que se procure él mismo lo necesario, ni a ejecutar lo que os toca, no tendré nada que hablar». *(Discurso sobre el Quersoneso,* 21, 23). Demóstenes, sin embargo, no estaba dispuesto a callarse. Y a la vez que pretendía convencer a los otros griegos del peligro común que les amenazaba, se esforzaba en reconstituir un ejército capaz de oponerse a Filipo y, para ello, encontrar los medios para costearlo. En este mismo texto, *Discurso sobre el Quersoneso,* señaló a los atenienses el camino a seguir: «Es preciso tener un ejército organizado, asegurar su supervivencia, tesoreros, un servicio público, inspeccionar rigurosamente la hacienda, y después de esto, que se os diga cómo han empleado los fondos esos tesoreros, en qué operaciones en concreto lo han hecho. Si estáis realmente resueltos a actuar de esta manera, entonces, o bien obligaréis a Filipo a guardar realmente la paz y a quedarse en su territorio, lo que sería más adecuado, o bien lucharéis contra él contando con las mismas oportunidades.»



Decreto contra la tiranía, 336. (Atenas, Museo del Agora.)

Por ello, en los años anteriores a Queronea (340-338), Demóstenes se esforzaría para encontrar los medios de esa política. Ni las reformas financieras emprendidas a principios de siglo por Calístrato ni la política de Eúbulo habían resuelto aparentemente el problema del erario público. Y ello porque el impuesto no era todavía una noción plenamente aceptada, lo que refleja el carácter aún primitivo del estado ateniense. Exceptuando las eisforai, cuyo montante era relativamente limitado, el equilibrio del presupuesto dependía de la buena voluntad de los hacendados. E incluso si la vuelta a la actividad minera por una parte y el crecimiento de los intercambios con El Pireo por otra proporcionaban ingresos a la ciudad, no hay que olvidar que parte de tales ingresos tenían la misión de alimentar las distribuciones y. el pago de los salarios públicos. Por ello, Demóstenes podía atacar a los ricos que rehúsan contribuir así como a los pobres que no querían renunciar a las distribuciones. Hacia el año 349 había sido creada una caja de *estratiotika**, o sea, una caja militar. Pero cuando al año siguiente Apolodoros, el amigo de Demóstenes, propuso que los fondos de la caja del teórico fueran asignados a los fondos militares, vio atacada su propuesta como ilegal y debió retirarla. Pero observando determinadas precauciones, Demóstenes volvió a tomar en consideración el proyecto de Apolodoros. En la *Cuarta Filípica,* cuya autenticidad, bien es verdad, ha sido puesta en duda, Demóstenes, que parece justificar la existencia del teórico, invita sin embargo a los pobres a «renunciar a un abuso que irrita a los ricos y justifica sus acusaciones» (§ 42). Parece que consiguió destinar los fondos del teórico al presupuesto militar. Pero también exigió, a los ricos contribuciones suplementarias. Al mismo tiempo, se hizo un esfuerzo considerable para reconstituir un ejército parcialmente cívico. Algunos años más tarde, a raíz del proceso sobre la Corona, haría balance de su actuación en los años anteriores a Queronea, valorando los resultados obtenidos: «Pues al ver, Atenienses, que vuestra marina se estaba deshaciendo y los más ricos quedaban exentos de impuestos con pocos gastos y, en cambio, los ciudadanos de módicos o pequeños ingresos estaban perdiendo lo que tenían y además, como consecuencia de ello, la ciudad llegaba tarde en las ocasiones, hice promulgar una ley por

la que obligué a los ricos a cumplir con su deber, liberé a los pobres de las injusticias que sufrían y conseguí que los preparativos se hicieran en el momento oportuno, lo cual era lo más útil para la ciudad.» *(Discurso sobre la corona,* 102). Esta ley consistía en volver parcialmente a determinados usos anteriores a la ley de Periandro, quien, en el año 357, para responder a las quejas de los ricos, creó las sinmorías trierárquicas. En lo sucesivo, los ricos asegurarán como antaño el equipamiento de una o incluso de dos trirremes si es que así se lo permite su fortuna, en vez de limitarse a participar en el equipamiento de una sola en el seno de la sinmoría. Parece que, cuando hizo promulgar su ley, tropezó con la oposición de los ricos que trataron incluso de sobornarlo para que retirara el proyecto. Sin embargo, la ley fue aprobada y rápidamente aplicada, si creemos a Demóstenes. Sin duda, ello permitió a los atenienses hacer frente a las tentativas de Filipo sobre Bizancio y la región de los Estrechos. Cuando la guerra volvió a comenzar en el año 340, Atenas se encontró en condiciones de enviar una importante flota al Egeo y consiguió que Filipo se viera obligado a levantar el asedio de Bizancio en el año 339. Pero éste no había renunciado a su objetivo, consistente —si se cree a Demóstenes— en reducir a la única ciudad capaz de hacerle frente en el Egeo, o sea Atenas. Evidentemente, hay que tener en cuenta la parcialidad del orador ateniense. Sin embargo, es posible que Filipo, quizá mediante sus intrigas, suscitara la nueva guerra sagrada que iba a desencadenar una reanudación de las operaciones militares en el continente. Como hemos visto, Filipo era desde el año 346 miembro de derecho de la anfictionía délfica. En tanto que tal, tomó parte en las operaciones que se decidieron llevar a cabo contra los locros de Anfisa, acusados de haber cultivado tierras sagradas dependientes del santuario. Pero esa intervención iba a tener consecuencias inesperadas. Los tebanos, que hasta ahora habían apoyado los proyectos de Filipo, empezaron a inquietarse por una vecindad tan potente. Demóstenes encontró pronto la ocasión y fue personalmente a Tebas para sellar una alianza con los tebanos contra Filipo. En su *Discurso sobre la corona* nos ha legado un relato particularmente vivo y elocuente de las circunstancias que impelieron a los atenienses a enviar a Tebas una embajada: Filipo había ocupado por sorpresa la fortaleza de Elatea en Beocia, con el fin de obligar a los tebanos a permanecer en la alianza. En Atenas, la noticia provocó un trastorno general: «Era ya tarde, y llegó un hombre para anunciar a los prítanis que Elatea había sido tomada. Y en seguida éstos le levantaron, interrumpiendo su cena, y, mientras unos echaban a los de los puestos de la plaza y prendían fuego a los mimbres, los otros se iban a buscar a los estrategos y llamaban al trompeta. En la ciudad todo era confusión. Al día siguiente, al amanecer, los prítanis convocaron al consejo en la sala de sesiones, vosotros os dirigisteis a la asamblea y, antes de que aquél hubiese terminado de deliberar y tomando resoluciones previas, todo el mundo estaba allá arriba sentado. Luego, cuando llegó el consejo, anunciaron los prítanis lo que les había sido comunicado a ellos, introdujeron al mensajero, habló éste y preguntó el heraldo: '¿Quién quiere hablar?'» (§ 169-170.) Demóstenes fue entonces el único superviviente, y a propuesta suya, se decidió el envío a Tebas de una embajada de diez personas, de la que él formaría parte.



Vista del Monumento corégico de Trasilo. Sobre el teatro de Dionisos.

Teatro de Dionisos, estado actual.

A pesar de la presencia de una embajada macedonia, se firmó la alianza entre tebanos y atenienses, tomando a su cargo estos últimos la mayor parte de los gastos de la guerra. Las operaciones militares se desarrollaron en Beocia. Nada se decidió durante el invierno del 339-338. Filipo consiguió apoderarse de Anfisa y, en setiembre, destrozaba al ejército griego en Queronea.

En Atenas, tal suceso constituyó una auténtica conmoción: Filipo, efectivamente, instaló una guarnición en Cadmea, la fortaleza de Tebas, después de su victoria. Atenas se encontraba directamente amenazada. Se decidió trasladar a toda la población al interior de los muros y organizar la defensa. La bulé en armas se reunió en asamblea permanente y tomó una serie de medidas de «salud pública»: movilización de los hombres de cincuenta a sesenta años para asegurar la defensa de las murallas, prohibición de abandonar la ciudad a todos los atenienses, regreso de los desterrados y reintegración de los derechos de los ciudadanos a quienes se les hubiera privado de ellos. Por último, el orador Hiperides propuso que fuera otorgada la ciudadanía a los metecos y a los esclavos la libertad, dotándolos de armas para defender la ciudad. Medida ésta muy grave que recordaba las tomadas por Cleofonte antes del combate de las Arginusas, a diferencia de que ahora no se trataba de movilizar a los esclavos como remeros sino de armarios para asegurar la defensa del suelo mismo de la ciudad. No hay que extrañarse de que la decisión de Hiperides fuera rápidamente atacada como ilegal por un tal Aristogitón. Los hombres del partido macedonio, aunque también los moderados, observaban no sin inquietud cómo dominaban la asamblea los elementos más exaltados. En su *Vida de Foción,* Plutarco pretende incluso que algunos estaban dispuestos a confiar el poder a Caridemo, un eubeo que había recibido la ciudadanía ateniense y que era tenido por uno de los jefes del partido antimacedonio. Nos gustaría conocer mejor los sucesos que a la sazón se desarrollaron en Atenas, dentro de un clima conflictivo y agitado. Nuestra fuente más elocuente al respecto la constituye el orador Licurgo que, algunos años más tarde, recordaría tales sucesos en su discurso contra Leocrates. Hiperides fue el protagonista, y, frente a él, el estratego Foción y el orador Demades. Este último, mediante intrigas, consiguió negociar una paz con Filipo que liberaba a Atenas de la ocupación extranjera y garantizaba su autonomía. Las propuestas de Demades fueron ratificadas por todos los que temían la agitación política y social en la ciudad. Meses más tarde, la asamblea aprobó un decreto que preveía las mayores penas para cualquiera que tratara de derribar al régimen y establecer la tiranía en Atenas. Se ha especulado con el hecho de que este decreto, de reciente descubrimiento, iba dirigido sobre todo contra las maniobras de los partidarios de Macedonia. Pero tal interpretación es absolutamente hipotética, pues se basa esencialmente en el hecho de que el Areópago está especialmente amenazado por el decreto. El Areópago era el refugio de los moderados y el sostén de la política promacedonia de Foción. Sin embargo, no es fácil concebir a Foción y a sus amigos estableciendo en Atenas una tiranía, mientras que el demos, a través, de su propia dinámica, podía estar tentado de conceder el poder a cualquier orador elocuente.

Panorama de Atenas: William Page, la Acrópolis vista desde la Pnyx.



Sea como fuere, la paz de Demades fue ratificada y Atenas debió aceptar la pérdida de Quersoneso y la disolución de la confederación. También fue obligada a adherirse a la liga constituida en Corinto en torno a Filipo. Concretamente, ello comportaba la obligatoriedad de contribuir a la expedición que Filipo, convertido en el *hegemón** de los helenos, preparaba contra el enemigo hereditario, el Gran Rey.

Filipo moriría asesinado en el año 336, y fue su hijo Alejandro quien realizaría su proyecto con el éxito conocido. Durante los trece años marcados por la prodigiosa aventura del joven rey macedonio. Atenas prosiguió aparentemente su vida tradicional. Filipo no había querido enajenarse Atenas y la forma política del régimen no iba a modificarse. Además, los hombres que habían animado la lucha contra el macedonio, Demóstenes e Hiperides en primer lugar, continuaban ejerciendo un papel protagonista en la cíudad. Pero si bien subsiste el régimen, la ciudad no es sino un pálido reflejo de lo que había sido en otro tiempo. De hecho, hasta la muerte de Alejandro, deja de tener casi por completo una política exterior independiente, sin jugar papel alguno en las relaciones internacionales, limitándose a satisfacer sus compromisos con el macedonio. Pero por paradójico que pueda parecer, cuando mejor se observa el funcionamiento de las instituciones y de los diferentes engranajes de la vida económica y social ateniense es cuando la ciudad se dispone a desaparecer de la escena política.



La Acrópolis vista desde la Pnix.

LA CONSTITUCIÓN DE ATENAS

Aristóteles enseña durante este período en el Liceo y reúne los elementos de su *Constitución de Atenas,* que aparece hacia el año 329. También entre el 336 y el 322 se elaboran numerosos informes civiles que nos han llegado bajo la firma de Demóstenes, testimonios elocuentes acerca de la vida ateniense en el último tercio del siglo IV. Por último, en este decenio hay que situar la postrer tentativa de restauración de la democracia de los antepasados que ordinariamente va ligada al nombre de Licurgo.

La constitución de Atenas es una de las últimas obras de Aristóteles, sólo conocida desde finales del siglo XIX. Sabemos que el filósofo, llegado a Atenas para seguir las lecciones de Platón, fundó su propia escuela filosófica en los jardines del Liceo e hizo a sus discípulos reunir datos sobre las constituciones de más de ciento cincuenta estados griegos o bárbaros a fin de elaborar su magno tratado conocido con el nombre de *La política.* Este fue publicado en Atenas, donde Aristóteles gozaba del estatuto de meteco, en el año 336, el mismo año de la llegada al poder de Alejandro, su antiguo alumno, y *La constitución de Atenas* algunos años más tarde. Aristóteles dividió su obra en dos partes: la primera era una historia de Atenas desde sus orígenes hasta el restablecimiento de la democracia en el año 403; la segunda se presentó como un cuadro dé las instituciones atenienses de esa época, es decir, del último tercio del siglo IV. Es interesante la comparación de los análisis de Aristóteles con los testimonios de los políticos contemporáneos y la confrontación de las indicaciones un tanto abstractas del filósofo con la realidad de los hechos.

A los ojos del filósofo, Atenas es el tipo mismo de democracia radical, donde la

soberanía se encuentra en manos de los pobres que constituyen la mayoría de los presentes en las sesiones de la asamblea. Sabemos que, en principio, ésta se reunía cuatro veces por pritanía, o sea cuarenta veces al año, y que el orden del día era fijado de manera precisa. La asamblea principal de cada pritanía, después de haber confirmado en su cargo a los magistrados mediante votación a mano alzada, deliberaba sobre los problemas fundamentales: avituallamiento, política exterior o acusaciones de alta traición. Las otras tres asambleas de la pritanía tenían un objeto más restringido, limitado a los asuntos corrientes, aunque tal programa podía ser modificado en caso de urgencia. También podían ser convocadas asambleas extraordinarias si el tiempo apremiaba: después de la ocupación de Elatea por Filipo, por ejemplo, se convocó al pueblo para que deliberara sobre las medidas a tomar.

Las sesiones de la asamblea tenían lugar generalmente en la colina de la Pnix, donde se había acondicionado un hemiciclo que contaba con unos ciento veinte metros de diámetro. Una plataforma tallada en la roca y rodeada de una balaustrada formaba la tribuna desde la que los oradores se dirigían a los atenienses sentados sobre las gradas. Sobre esta tribuna se situaban los nueve proedros que formaban la mesa de la asamblea. Los proedros eran sorteados entre las tribus con exclusión de la que a la sazón ejerciera la pritanía. El presidente, el *epístata** de los proedros era ayudado de un heraldo y de un secretario. Es él quien, después de abrir la sesión con un sacrificio a Zeus Agoreo, cuyo altar adornaba la tribuna, daba lectura al orden del día y al informe de la bulé, *probuleuma*,* sobre el que los atenienses presentes eran invitados a pronunciarse. Después de la discusión se producía la votación, a mano alzada las más de las veces o con papeletas secretas cuando se trataba de una medida particularmente grave.

Los adversarios de la democracia ateniense subrayan de buen grado el carácter arbitrario de las decisiones tomadas a veces en el tumulto, a veces también al final del día, cuando la mayor parte de los asistentes habían vuelto ya a sus casas. A comienzos del siglo IV, para luchar contra el creciente absentismo de los atenienses, se instituyó el mistos ekklesiastikós, es decir, la retribución por la asistencia a las sesiones de la asamblea. ¿Acaso tuvo ello como consecuencia que ésta se convirtiera en el refugio de todos los miserables ávidos de rapiñar los tres óbolos, como pretende Aristófanes? Esto es sin duda una exageración. No es admisible concebir que la asamblea a la que se dirigía Demóstenes se compusiera exclusivamente de pobres diablos. Es evidente que en tales asambleas el peso del demos urbano era preponderante, pero no lo es menos que un orador hábil que supiera adular al auditorio podía fácilmente manejarlo a su antojo. Esto es, al menos, lo que dejan entender los teóricos hostiles a la democracia, y debemos admitir que gran parte de la influencia de Demóstenes se debió a sus méritos como orador.

La asamblea era soberana y sus poderes teóricamente ilimitados. No sólo se hacía eco de todos los asuntos interesantes de la vida de la ciudad sino que estaba facultada para erigirse en corte suprema de justicia para cualquier problema que afectara a la seguridad del estado mediante el procedimiento de la *eisangelía*,* que, según parece, se generalizó durante el siglo IV, hasta constituir un abuso. Tal omnipotencia condujo con frecuencia a resultados incoherentes y contradictorios. Si bien deberíamos desconfiar de las críticas partidarias formuladas contra la ekklesia ateniense por los escritores del siglo

IV, los reproches que un hombre como Demóstenes dirige a ese demos del que se considera defensor a cualquier precio permiten sospechar que existe un fondo de realidad en esa imagen de una asamblea a la vez todopoderosa e ineficaz, que parece caracterizar a la agonizante democracia ateniense.

Tal ineficacia se debía en parte a que la bulé, según parece, había renunciado al papel moderador ejercido en el siglo V. Creada por Clístenes, órgano representativo de las diez tribus de Atenas, la bulé de los Quinientos constituía efectivamente un mecanismo esencial para el buen funcionamiento de la democracia. Los buleutas, a razón de cincuenta por tribu, eran sorteados entre las listas establecidas por los demos. No era preciso ningún carácter censatario para ser buleuta. El cargó se retribuía mediante un mistos cuyo montante en el siglo IV era de cinco óbolos. Por tanto, cualquier ateniense podía acceder al cargo. No obstante, lo que conocemos sobre el papel desempeñado por la bulé permite suponer que sus miembros eran reclutados entre gentes de condición acomodada que podían consagrarse durante un año sin ningún perjuicio para ellos al servicio del estado. Al tomar posesión de su cargo, los buleutas eran obligados a prestar un juramento por el que se comprometían a permanecer fieles a la constitución y a no contribuir a la caída de la democracia. Así se manifiestan como los guardianes de la constitución y de las leyes.

Las sesiones de la bulé tenían lugar generalmente en el *buleuterión**. Eran públicas, aunque los espectadores no podían intervenir en la discusión. Los cincuenta buleutas de la tribu que ejercía la pritanía formaban la mesa, recibiendo una dracma por día durante los treinta y seis o treinta y cinco días que duraba su función. Asimismo, durante esos días se alojaban en el pritaneo, para estar permanentemente al servicio de la ciudad. Son los prítanis quienes, en caso de urgencia, convocan a la asamblea y al consejo, los que reciben a los embajadores extranjeros y velan para que el estado restituya las cantidades que éste ha tomado del tesoro de la diosa. La función principal de la bulé reunida en sesión plenaria era la de preparar los decretos sometidos al voto de la ekklesia, pero además, directamente o mediante comisiones especializadas, tenía en sus manos toda la administración de la ciudad. De ella, efectivamente, surgían los treinta *sillogeis* que controlaban las reuniones de la ekklesia y se encargaban de entregar la ficha de presencia, los diez *trieropoioi* que controlaban las construcciones navales, los *logistes* o revisores de cuentas, los *eutines,* que recibían las quejas contra las cuentas rendidas por los magistrados, los *hieropoi* o comisarios encargados de los sacrificios, etc.

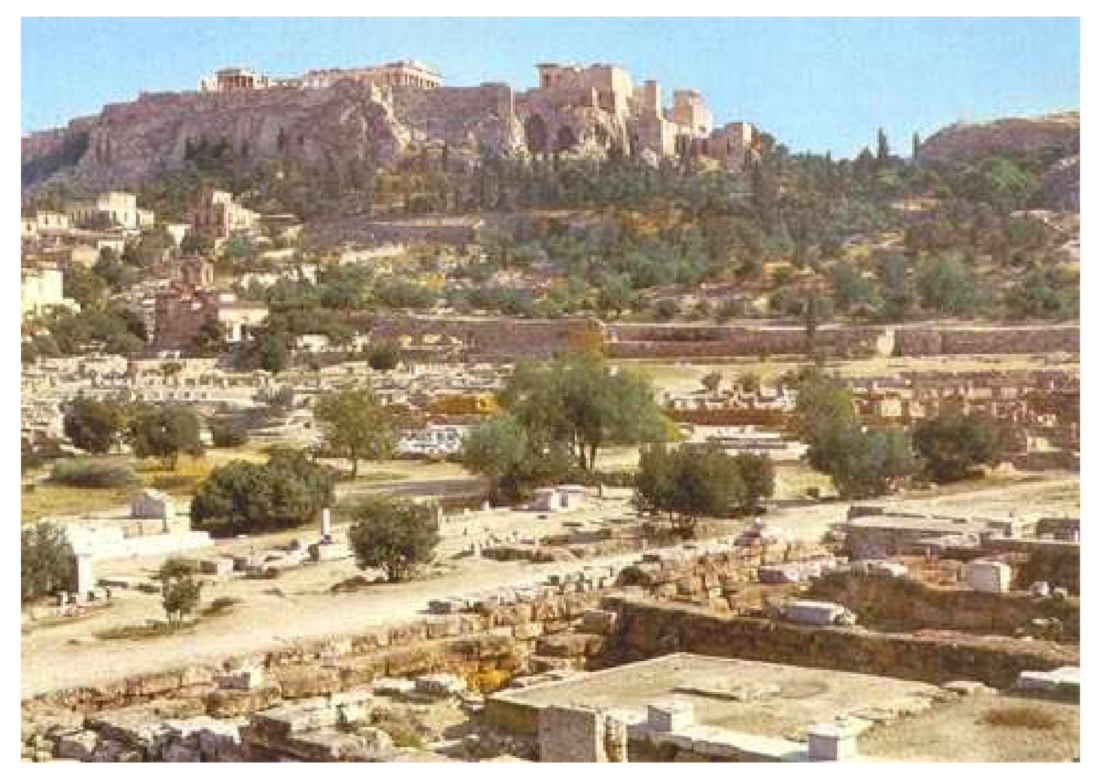
Además, la bulé ejercía un estrecho control sobre la organización militar de la ciudad, en particular sobre la *efebía*,* e intervenía en todo lo concerniente a las finanzas de la ciudad: subastas de los bienes confiscados, recaudación de impuestos, revisión de las cuentas, inventario de los tesoros sagrados, así como en las construcciones públicas, designando comisiones especiales de epistates para vigilar los trabajos, fijando los salarios de los obreros y cuidando el mantenimiento y la restauración de los templos.

Finalmente, al igual que la ekklesia, la bulé podía erigirse en tribunal supremo de justicia. En particular, seguía todas las actuaciones de los magistrados, sobre las que ejercía un control constante. Sin embargo, Aristóteles señala al respecto que los poderes de la bulé disminuyeron a lo largo del siglo Y de hecho, parece que progresivamente se fue instituyendo la práctica de apelar los juicios de la bulé ante un tribunal popular.

En la segunda mitad del siglo IV, la bulé da la impresión de haber perdido parte de sus prerrogativas en materia legislativa: un cierto número de decretos procedieron exclusivamente de la asamblea. Por ejemplo, cuando la asamblea fue convocada en el año 346 para discutir la paz con Filipo, no se presentó previamente ningún probuleuma, cosa que Esquines no dejaría de reprochar a Demóstenes. Puede pensarse, sin embargo, que una práctica como ésta podía ser excepcional, pero aunque las formas fueran respetadas, es evidente que la bulé tendía a convertirse en una simple cámara de registros frente a una todopoderosa asamblea.



La Acrópolis (Dibujo del siglo XIX)*



El Ágora.

* Se suprime la ilustración de la a Acrópolis, el Ágora, El Hefesteo vistos desde la Academia. (Dibujo de Stackelberg. 1810.)

En cuanto a las magistraturas, su número no hizo sino crecer a partir del siglo V, con tendencia al cambio de carácter. Surgidas de la división del poder real, tendían a convertirse progresivamente en puestos especializados. Así, los nueve arcontes poseían funciones básicamente judiciales cada vez más precisas: al colegio de los seis tesmotetas se confió el conocimíento de los *dikai* emporikai,* es decir, de las transacciones comerciales; el arconte-rey presidía toda la vida religiosa de la ciudad; el polemarco presidía el tribunal del Paladion ante el que se llevaban las acusaciones contra extranjeros y metecos; por último, el arconte epónimo instruía todas las causas relativas a lo que podríamos llamar el derecho privado. Al igual que los arcontes tendían a convertirse sobre todo en magistrados en el sentido moderno del término, los estrategos no eran sino generales. Ya se han indicado las razones de tal evolución. En la época que Aristóteles redacta la *Atenaion Politeia* se llegaría a una especialización de sus funciones: en lo sucesivo, por ejemplo, habrá un estratego de los hoplitas para mandar al ejército en campaña, un estratego del territorio encargado de la defensa del Ática, dos estrategos en El Pireo para la vigilancia de sus arsenales, un estratego de las sinmorías, encargado de controlar el reparto de la trierarquía.

Esta misma especialización vuelve a encontrarse en las otras magistraturas, sean electivas o sorteadas: por ejemplo, en los poletas o vendedores, encargados de la venta de los bienes confiscados y la adjudicación de los bienes públicos; en los *apodectos* o recaudadores generales; en los *astinomoi,* encargados de mantener el orden en la ciudad, en los *agoránomos* o inspectores de mercados, en los *metronomos* o inspectores de medidas, en los *sitofifilaques* o inspectores del trigo, etc. A lo largo del siglo IV aparecieron también magistraturas financieras especialízadas, como el encargado del teórico y el llamado *temías epi ten dioikésin,* intendente de la administración, cargos con los que Licurgo iba a iniciar después de Queronea su obra de reforma.

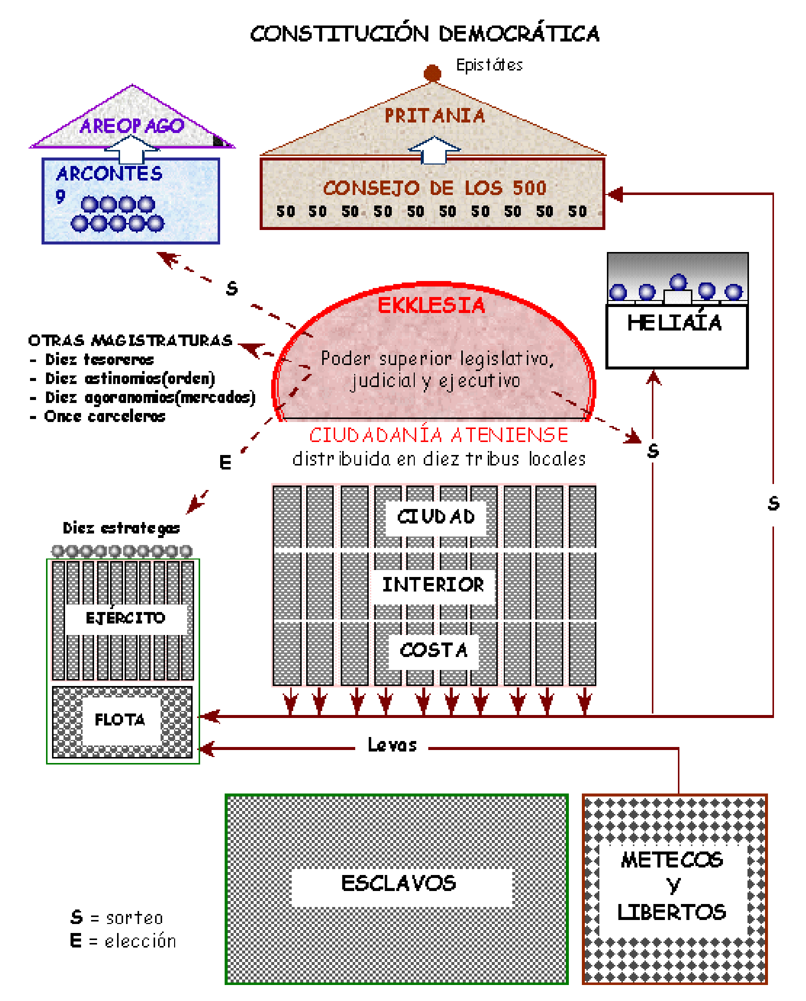
Tal especialización de las funciones es una expresión evidente de la evolución del estado ateniense en el siglo IV. Al dejar de confundirse en parte con la comunidad ciudadana, éste se convierte en un estado con sentido propio, cuyos magistrados ejercen las tareas de un cuerpo de funcionarios. Con la diferencia de que su cargo duraba solamente un año, al menos teóricamente, pues sorprende constatar que, como anteriormente ocurrió con el cargo de estratego, las magistraturas que exigieran una competencia técnica podían ser desempeñadas algunos años más, lo que contribuyó a asegurar una cierta continuidad en la administración.

Este cuadro de las instituciones atenienses de la segunda mitad del siglo IV estaría incompleto si no hiciéramos mención a los tribunales. La ekklesia y la bulé, como hemos visto, podían erigirse en tribunales supremos. Pero también existían tribunales especializados. El más antiguo y venerable era el Areópago. Con sede en la colina del mismo nombre, estaba formado de antiguos arcontes con su mandato expirado, que se convertían en miembros del tribunal de por vida. Tanto por su extracción como por la función ejercida anteriormente, representaban la tradición. A partir de las reformas de Efialto del año 462, se le privó de la mayor parte de sus atribuciones. Sin embargo, conservaba gran prestigio y, durante el siglo IV, parece haber sido requerido varias veces para ejercer el papel político de salvaguarda de las leyes. Después de la caída de la tiranía

de los Treinta, por ejemplo, o también después de Queronea, en el agitado periodo que siguió a la derrota. Sin embargo, no debemos exagerar la importancia del Areópago durante el siglo Si se pudo pensar en apelar a él en momentos críticos, hay que reconocer que su competencia fue muy limitada.

Muy diferente era el tribunal popular del *helieo**, al que podía pertenecer todo ateniense mayor de treinta años y en plena posesión de sus derechos cívicos. Cada año se sorteaban seis mil jueces, a razón de seiscientos por tribu. A su toma de posesión, los heliastas eran obligados a prestar juramento por el que se comprometían a respetar la constitución y las leyes, y, si concedemos crédito a un texto inserto en un discurso del *corpus* demosteniano, a no sentenciar sobre repartos de tierras ni sobre condonación de deudas. El helieo sólo se reunía excepcionalmente en sesión plenaria. Lo más frecuente era que, mediante un sorteo muy complicado, los heliastas se repartieran en los diversos tribunales que se reunían separadamente bajo la presidencia del arconte, de los tesmotetas, de los Once, etc. Un tribunal común se componía de quinientos un miembros. Los jueces eran retribuidos por un misthos que en el siglo IV se elevaba a tres óbolos. Se plantea aquí el mismo problema ya mencionado con respecto a la ekklesia y a la bulé: ¿estaba el tribunal en manos de los pobres que dictaban a su través la ley, o, por el contrario, los jueces se extraían únicamente de las clases acomodadas? Las acusaciones que *Las avispas* de Aristófanes hace contra la justicia ateniense incitan a preferir la primera fórmula, aunque evitando cualquier esquematismo simplificador. Es indudable que, si tenemos en cuenta que la retribución de los jueces procedía del producto de las multas, éstos estaban continuamente tentados de multiplicar las condenas contra ciudadanos ricos. Pero tales ciudadanos poseían también bastantes medios para defenderse, como así lo testimonian los numerosos informes llegados hasta nosotros.

Tales informes tienen el mérito de indicarnos el funcionamiento de la justicia de Atenas. Constituyen un cuadro viviente de la sociedad ateniense del siglo IV y nos introducen en el corazón de los problemas políticos y económicos que caracterizaban la vida de la ciudad.



Fuente: Kinder, H y Hilgeman, W. (1970) (Modificado)

El ágora en la época de Pericles





Ostraka con los nombres de Temístocles y de Pericles.

LA VIDA ECONOMICA

Como hemos visto, Atenas salió debilitada de la guerra del Peloponeso. Pero en breve, gracias a la reconstrucción del imperio y al aprovechamiento de sus recursos mineros, consiguió convertirse de nuevo en la primera potencia del mar Egeo. Si Jenofonte, en su obra *De los ingresos* (356), podía quejarse aún de la lentitud en la restauración del trabajo en las minas y de la disminución de las actividades de El Pireo, parece que a partir de mediados de siglo asistimos a un «renacimiento» manifestado en la abundancia de concesiones mineras durante los años que van del 350 al 330 y en la creciente actividad de El Pireo durante ese mismo período. Sin duda, es difícil hacerse una idea precisa del volumen de los productos comercializados así como de la importancia de la producción minera durante esos años. Pero lo cierto es que los concesionarios, cuya extracción procedía de los ciudadanos más ricos, obtuvieron pingües beneficios. Por lo demás, la institución posterior al año 350 de un procedimiento acelerado en materia de acción comercial manifestó el deseo ciudadano de favorecer a los comerciantes extranjeros y atraerlos a Atenas. Estos, en efecto, podían incoar un proceso ante el tribunal presidido por los tesmotetas sin tener que recurrir a la garantía de un ciudadano «patrono», como ocurría anteriormente. Ello nos proporciona una multiplicación de las actividades comerciales durante los años 350-330. De los informes a la sazón pronunciados, se desprende el retrato de un «mundillo financiero» particularmente vivo y colorista. Banqueros, armadores y hombres de negocios se dan cita en El Pireo y se asocian en empresas más o menos aventureras pero productoras siempre de sólidos beneficios. La iniciativa procede generalmente del negociante, del *emporos,* que contacta con un armador para organizar un viaje hacia Ponto-Euxino o hacia Sicilia. Para adquirir la mercancía que constituirá el cargamento del viaje, el hombre de negocios solicita un préstamo a un banquero o a un particular rico, una suma que se compromete a devolver a su vuelta con un interés elevado. Se firma un contrato con testigos de las diferentes partes, que se esgrimirá en caso de incumplimiento del o de los prestatarios. El préstamo queda avalado con la carga, pero en caso de naufragio, el deudor queda libre de su deuda y el prestamista no puede exigirle nada. Sospechamos los conflictos a los que tales normas pudieron dar lugar y la necesidad que surgió de arbitrar un procedimiento expeditivo para regularlas. Pero la existencia misma de la escritura es algo nuevo que revela la importancia adquirida a mediados del siglo V por las actividades comerciales en la vida de la ciudad.

Sin embargo, tales actividades comerciales se desarrollaban parcialmente al margen del mundo ciudadano; los comerciantes o los armadores que los informes nos dan a conocer son con frecuencia extranjeros o metecos. Hay pocos ciudadanos entre ellos, y cuando los suelen ser ricos que prestan a lo grande para que su dinero dé el, fruto apetecido, mientras ellos mismos permanecen al margen del asunto. ¿Quiere esto decir que, como en el siglo v, los atenienses se limitan a financiar una actividad comercial cuyos beneficios reales se les escapan? De hecho, parece que en esta segunda mitad del siglo IV asistimos a un cambio profundo de las estructuras tradicionales que testimonia —quizá todavía más que la crisis de las instituciones— el ocaso de la ciudad. Si la

mayoría de los ciudadanos permanecía ajena a este mundo de los negocios, es muy extraño sin embargo que, en lo sucesivo, estuviera jurídicamente integrada en la ciudad. La concesión de un procedimiento excepcional para los asuntos comerciales, el hecho de que su instrucción fuera confiada a los tesmotetas, la igualdad de los ciudadanos y de los extranjeros ante los tribunales de comercio, el desarrollo de las escrituras en materia de jurisdicción comercial: todo ello atestigua entrada oficial de dinero y el beneficio dentro de la ética de la ciudad. No es casual el hecho de que sea ahora precisamente cuando Aristóteles plantee el problema del origen de la moneda. Sus opiniones sobre la vida *crematística** se aclaran atendiendo al contexto histórico de la vida ateniense de la segunda mitad del siglo Bien es verdad que Platón, siglo y medio antes, denunció ya el «amor por la riqueza» como uno de los males sufridos por la ciudad. Pero se trataba de algo distinto al arte de ganar dinero; lo que Platón condenaba era el atesoramiento, la acumulación de vasijas, de lujosos trajes, de joyas, de armas, que convertían a los que detentaban todo ello en sospechosos y en gente poco fiable a los ojos de los pobres, mientras que Aristóteles condena la actividad enfocada hacia el mero provecho, hacia el arte de ganar dinero.

Este arte, precisamente, no es privativo de los extranjeros, residentes o de paso, durante la segunda mitad del siglo IV. Ya hemos visto que los atenienses ricos prestaban en cierto modo a lo que saliera y que no dudaban en tomar contacto con extranjeros con la esperanza de obtener lucrativos beneficios. Pero esta nueva mentalidad se encuentra también en las actividades tradicionales. Algunos informes de finales del siglo IV nos dan a conocer los considerables beneficios obtenidos por concesionarios de minas, que no dudaban en excavar galerías más allá de los límites de su concesión o en derribar so portes de mineral para extraer más plata de la mina. Poseemos datos de algunas ganancias considerables: un tal Eutícrates obtuvo sesenta talentos de su mina, Epícrates de Palene y sus socios habrían llegado a obtener un beneficio de trescientos talentos. Por lo demás, se trata de atenienses poco conocidos, simples particulares que conceden más importancia al dinero que a la vida de la ciudad.

Pero aparentemente, lo más significativo es observar cómo este arte de ganar dinero invade incluso el mundo por naturaleza más extraño a la crematística: el del campo. Desde la guerra del Peloponeso, con toda seguridad, la propiedad de la tierra había adquirido una movilidad que tendía a hacer de ella, si no una mercancía, sí al menos un objeto de compra y venta. Y como hemos visto a través de las alusiones de Jenofonte en *El económico,* había empezado mucho antes dentro de ese siglo. Pero se trataba aún de una especulación que podía justificarse mediante el «amor por la agricultura». Pero cuando hacia el año 330 el gran propietario Fenipo especula con el precio de los productos agrícolas, no se trata ya del amor por la agricultura, sino de la agricultura puesta al servicio del amor por las ganancias.

Frente a ellos, la masa de ciudadanos apegados a la tradicional ética de la ciudad esperaban, si no vivir de ella, la obtención al menos de sustanciosas ventajas materiales que compensaran los efectos de una creciente miseria. No se debe esconder que, si bien la fiebre por ganar dinero invadió la ciudad, sólo interesó a un pequeño número de habitantes. La masa campesina continuó viviendo dentro de sus precarias condiciones tradicionales, agravadas quizá por la vecindad de estos hombres ricos, dispuestos

permanentemente a redondear sus posesiones a costa del más pobre. Pero el más afectado por todo ello es el demos urbano, que ha perdido los beneficios materiales que comportaba el imperio. Se confirma el ocaso del artesanado libre, ligado a todo un cúmulo de factores entre los que hay que tener en cuenta la industrialización de los países bárbaros, antiguos clientes de Atenas. La cerámica ática sólo se encuentra en la península de Kertsch, qué da su nombre al postrer estilo de vasijas con figuras rojas. La moneda de Atenas va a entrar pronto en competición con las cantidades de metálico lanzadas al mercado egeo a causa de la conquista de Alejandro. La industria bélica se hunde, ahora que Atenas no tiene ni ejército ni política exterior. Las construcciones públicas, por último, no han vuelto a cobrar el ritmo de la gran época, y no son precisamente las pocas trirremes suministradas a Filipo las que bastaran para ocupar a los carpinteros de los arsenales. Pero básicamente, el demos del puerto y de la ciudad se encuentra amenazado por la escasez y el hambre. Las expediciones de trigo no llegaban ya a El Pireo, y hacia el año 330 la situación llegó a ser particularmente dramática. «Esta era la época, recuerda un pleiteante, en la que se distribuía a los habitantes de la ciudad harina de cebada en el Odeón, en la que los habitantes de. El Pireo recibían en el arsenal los panes por un óbolo y se apretujaban en el Gran Pórtico para que les dieran medio sextario de harina de cebada.» (Dem., *Contra Formión,* 37-39).



Arquitectura militar: murallas de Eleuteras, segunda mitad del siglo IV.

El avituallamiento de Atenas depende a la sazón de la generosidad de los ricos metecos, a los que la ciudad recompensa con la concesión de privilegios honoríficos. Que el evergetismo sea ahora algo más propio de extranjeros que de ciudadanos es una de las mayores paradojas que a la sazón pueden observarse.

En cuanto a los esclavos, constituyeron una masa anónima sobre la que sólo contamos con datos esporádicos. Un censo operado a finales del siglo IV evalúa su número en cuatrocientos mil. Pero tal cifra, transmitida por una fuente tardía, ha sido puesta en duda. Hemos de confesar nuestra ignorancia por lo que respecta a su número real. Se los encuentra por doquier, en el campo y en los talleres, en las canteras públicas y en las minas. Algunos incluso cuentan con un puesto en el ágora, limitándose a entregara su amo un canon fijo que les permitiría, en caso que fueran hábiles, comprar su libertad. No obstante, si los esclavos gozan de ciertas garantías jurídicas y si, como ya señala al final del siglo V el autor de *La república de los atenienses,* nada los distingue de los hombres libres pobres, el hecho de que consiguieran su libertad sigue siendo raro, y, entre los

años 340 y 320, se ha calculado que la obtuvieron unos cincuenta por año. Hemos visto cómo rechazaban los atenienses las liberaciones masivas de esclavos: en el año 338, el proyecto de Hiperides fue atacado y el orador debió retirarlo. El esclavo seguía siendo un objeto de propiedad, el esclavismo una realidad que nadie pensó en contestar, salvo algunos filósofos raros que vivían al margen de la ciudad.

LA VIDA COTIDIANA

Aparentemente, la vida de la ciudad ha cambiado poco desde la época arcaica. La ciudad propiamente dicha sigue siendo un conglomerado de casas alrededor de la acrópolis. Pero se ha extendido considerablemente, invadiendo la antigua necrópolis de Cerámica, donde se amontonan los talleres y los puestos. Únicamente la acrópolis y el ágora presentan un carácter monumental. Ninguna construcción nueva ha venido a modificar la fisonomía de la acrópolis de Pericles, y solamente en la época helenística, la generosidad de los reyes de Pérgamo ha permitido elevar un nuevo pórtico a orillas del ágora. El único monumento importante construido en el siglo IV es el teatro de Dionisos, al pie de de la acrópolis, en el lugar del antiguo teatro de madera. Un orador del siglo IV podía quejarse con razón de que, en lo sucesivo, el lujo de las mansiones de los ricos iba a eclipsar al de las edificaciones públicas.

Estas ricas casas, decoradas con estucos y mosaicos, repletas de vajillas y tejidos preciosos, seguían, sin embargo, siendo excepción. La mayoría de las casas atenienses, hechas de adobe, sin abertura hacia la calle salvo la puerta, eran bastante modestas, sin la menor decoración interior. En *El económico,* Jenofonte proporciona una descripción bastante precisa de la casa de un ateniense de condición acomodada. La habitación principal es el *talamos,* donde se guardan los objetos más preciados, o sea, la vajilla decorada, la plata, los muebles, algunos asientos, arcas, camas. Las diferentes habitaciones de la casa se abren a un patio interior, que a veces, aunque sólo en las casas más ricas, está cercado de pórticos. Cuando la casa tiene un piso, éste está orientado hacia mediodía para aprovechar el sol del invierno. Ahí se encuentran las habitaciones de estar, mientras que los alimentos se conservan en habitaciones orientadas al Norte. En las grandes casas se distingue con claridad el cuarto de los hombres, el *andron,* del de las mujeres, el *gineceo,* donde está la señora de la casa rodeada de sus criadas. En la casa de Eufileto, un cliente de Lisias, el cuarto de mujeres está en el primer piso, mientras que el de los hombres se encuentra en el bajo. También en el bajo están los puestos y los talleres que dan a la calle.

Puestos y talleres, en efecto, eran sitios donde de buena gana se entretenían los atenienses para charlar o para discutir acerca de los últimos acontecimientos políticos. La barbería, el puesto de perfumes, la alfarería o la herrería eran lugares de reunión y de discusión en los que se aguzaba el sentido crítico de los atenienses. También aquí se arreglaban las discrepancias y, a veces, se entablaban pleitos. Un informe de Lisias nos ofrece un cuadro particularmente pintoresco de esta vida callejera. El pleiteante relata la circunstancia en la que descubrió que su adversario era de origen servil, aunque él pretendiera ser ciudadano: «Como no cesara durante mucho tiempo de agraviarme, me

fui al batán donde trabajaba y lo cité a comparecer ante el polemarco, creyendo que era meteco. Pero, afirmando el acusado que era de Platea, le pregunté a qué demo pertenecía, por haberme aconsejado uno de los presentes que le citara a comparecer ante los jueces de la tribu Hipotóntide, y luego me fui a la barbería que está junto a los Hermes, donde suelen ir con frecuencia los deceleos, y me dediqué a interrogar a la gente, preguntando a cuantos deceleos encontraba si conocían a un tal Pancleón, vecino del demo de Decelia. Como nadie dijera conocerle, habiéndome enterado de que había sido demandado e incluso condenado en otros procesos ante el polemarco, le entablé yo también uno. (...) Pero una vez que hubo presentado en contra la excepción de que no era admisible, teniendo yo un gran interés en que no pareciera a nadie que mi deseó era más bien el de agraviar que el de recibir satisfacción por las injurias de que había sido objeto, pregunté en primer lugar a Eutícrito, el más anciano plateense que conocía y opinaba que estaba mejor informado que nadie, sí conocía a un tal Pancleón, natural de Platea e hijo de Hiparmodoro. Luego, como aquél me respondiera que a Hiparmodoro si le conocía pero no tenía noticia de que tuviera ningún hijo llamado Pancleón ni descendencia alguna en absoluto, fui preguntando a cuantos sabia que eran de Platea. Todos ellos, como no conocieran su nombre, me dijeron que me podría informar con la mayor exactitud si iba al mercado de quesos frescos el último día de mes, porque en ese día se reunían allí todos los meses los plateenses. Así que, yéndome al mercado del queso ese día, les fui preguntando si conocían a un tal Pancleón, conciudadano suyo. Todos los demás afirmaron no conocerle, pero uno de ellos dijo que si bien no tenía noticias de que así se llamara ninguno de sus conciudadanos, había, en cambio, un siervo suyo huido que tenía tal nombre, señalándome la edad de éste y el oficio que ejerce.» (Lisias, *Contra Pancleón, 2-8.)*

Las mujeres permanecían al margen de tales discusiones. Sin embargo, no debemos imaginar a la mujer ateniense del siglo IV como a una reclusa. Bien es verdad que la mujer de Iscómaco, el principal interlocutor de Sócrates en *El económico* de Jenofonte, se muestra de entrada como ama de casa. Ignorando todo aquello que no pertenezca al ámbito de la economía doméstica, asigna el trabajo a las criadas, hila y teje las prendas que vestirán a las diferentes personas de la casa, vigila para que todo esté en orden. Para lo demás, se somete al albedrío de su esposo, el único y verdadero señor de la casa. Pero se trata de una casa acomodada, donde se perpetúan las viejas tradiciones. Las mujeres del pueblo llevan una vida muy diferente.

Con frecuencia se ven obligadas también a trabajar, y van al mercado para vender los productos de su trabajo. Quizá las protagonistas de Aristófanes no sean muy corrientes, y hay que sospechar que no todas las mujeres de Atenas tenían la libertad de lenguaje de Praxágora o de Lisístrata. Pero no se puede dudar de su participación en la vida de la ciudad, que sí bien no se daba en el ámbito político, prohibido para ellas, si se producía al menos en el de la vida cotidiana. Las festividades religiosas eran además para estas mujeres la ocasión de «salir» de su casa y de participar en ceremonias cuyas licencias no dejan de sorprender. Algunos informes testimonian que, incluso en los medios acomodados, las mujeres podían tener un papel más activo de lo que se suele pensar y que eran capaces de urdir tortuosas maniobras para encarrilar en beneficio propio una herencia o de abusar de la idiotez de un vejestorio. La mujer, menor política y

socialmente, jugaba también un papel importante en la vida cotidiana. Sin embargo, la educación de sus hijos se le escapaba en gran parte. Si bien las hijas se quedaban en la casa, al lado de su madre, hasta la hora de su matrimonio que se producía alrededor de los quince años, los niños dejaban la tutela materna a los cinco o seis años. Entonces se los confiaba a un pedagogo, a menudo de condición servil, cuya principal tarea era la de conducir al niño junto a maestros que le enseñaran a leer, a escribir y a recitar los poemas de los grandes maestros de la literatura griega, Homero, Hesíodo, Simónides y también de Solón, al que en Atenas se veneraba como al padre de la democracia griega. De igual manera, el niño recibía educación musical, mientras que hacía gimnasia en la palestra. A partir de los quince años, frecuentaba el gimnasio, donde proseguía su educación física a la vez que discutía acerca de los grandes problemas filosóficos o políticos. Pero no hay que engañarse: aunque fueran bastantes los atenienses de la ciudad que sabían leer, pocos podían frecuentar el gimnasio. La práctica del atletismo estaba reservada, si no de derecho, sí al menos de hecho a los jóvenes de condición acomodada, a aquéllos que no tenían necesidad de aprender un oficio para vivir. Son los que encontramos en la Academia oyendo las lecciones de Platón o en el Liceo, en el Cinosarges, son aquéllos a los que está reservada esta *paideia,* esa educación cuyo retrato ideal había diseñado Platón en *La república* y en la que cifraba sus esperanzas de finalización de los males de la ciudad. Son también los jóvenes de las familias ricas de Atenas que pueden costearse las lecciones de un retórico famoso como Isócrates, junto al que, discutiendo problemas políticos, aprenden el arte del bien hablar. Los otros, los hijos de artesanos o de campesinos, aprendían muy pronto el oficio paterno, sin que su educación fuera demasiado lejos. Si, como le ocurre al Estrepsíades de *Las nubes* de Aristófanes, se casan con una mujer de la ciudad y su hijo recibe una educación más esmerada, se encuentran rápidamente «superados» por la situación. No hay que perder de vista que el cuerpo de los ciudadanos estaba muy lejos de la homogeneidad, sobre todo en el siglo IV, y que la vida de los habitantes de la ciudad, sobre todo la de los ricos, sólo proporciona una idea parcial de lo que era la vida cotidiana de los habitantes del Ática. El Pireo, por ejemplo, formaba un importante conglomerado urbano en el que ciudadanos, esclavos y extranjeros se codeaban cotidianamente. Los planos habían sido diseñados por Hipodamos de Mileto, y a diferencia de Atenas, cuyas casas se apilaban sin un plan preestablecido, El Pireo se caracterizaba por un cuadriculado de calles cortadas en ángulo recto con grandes espacios reservados para las instalaciones portuarias. Una abigarrada muchedumbre se apiñaba a lo largo de las dársenas y de los almacenes. Santuarios dedicados a divinidades extranjeras atraían los días de procesión a extranjeros e incluso a esclavos. Tabernas, «posadas» que eran con frecuencia propiedad de ciudadanos acomodados, acogían a los viajeros. Los habitantes de la ciudad, por su parte, no dudaban en acudir a El Pireo para asistir a alguna de estas fiestas, quedando asombrados y seducidos por su original carácter: al comienzo de *La república,* Sócrates recuerda que en una ocasión bajó a El Pireo para asistir a las fiestas en honor de Bendis, la diosa tracia, y una vez dispuesto a volver a Atenas, Polemarco, el hijo del rico armero *meteco* Céfalo, lo invitó a quedarse en su casa para asistir a la procesión nocturna. Esperando la procesión, se entabló entre los huéspedes de Céfalo la famosa discusión sobre la justicia en la que tomaron parte un célebre sofista de Calcedonia, Trasímaco,

algunos jóvenes atenienses de condición acomodada como Adimanto y Glaucón, el meteco Polemarco, que encontraría la muerte condenado por los Treinta en el año 403 y, por supuesto, Sócrates. La casa del rico Céfalo era, evidentemente, un tanto excepcional. Pero es indudable que también otros metecos con fortuna gustaban de rodearse de amigos o de gentes relacionadas con los negocios. Los banquetes reunían por la noche en estas ricas casas a gente con ganas de distraerse en medio de flautistas y cortesanas. Estas podían ser mujeres libres dedicadas a sacar partido de sus encantos. Pero lo más a menudo, emancipadas o esclavas, pertenecían a un señor o señora que extraía sustanciosos beneficios de su «alquiler». Un informe que figura en el *corpus* de las obras de Demóstenes, aunque no pertenezca visiblemente a él, hace alusión a una tal Nicarete, emancipada y casada con un célebre cocinero: «Poseía la facultad de reconocer la belleza de las niñas, y, como mujer experta, deseaba criarlas y educarlas; oficio éste en el que había llegado a convertirse en maestra, ganándose la vida a costa de sus discípulas. Las llamaba sus hijas con el fin de obtener mayores ganancias de aquéllos que, creyéndolas libres, querían tenerlas. Extraído el rendimiento de su juventud, vendió en bloque a las siete.» *(Contra Neera,* 18-19). Una de ellas, Neera fue a Corinto a ejercer su oficio, después de haber conseguido comprar su libertad gracias a la generosidad de antiguos amantes. Posteriormente, volvió a Atenas con uno de ellos: «Frinión la trajo aquí. Llevaba con ella una vida de alocados excesos: lo acompañaba a los festines y a cualquier parte donde fuera a beber; estaba en todas las fiestas; hacía ostentación de ella siempre que se le antojaba, vanagloriándose de su escandaloso desaliño.» (Id., 33). Neera acabó por huir de casa de su amante llevándose joyas y ropa, pasó dos años en Pegara para volver después a Atenas con un tal Estéfano, que la hacía trabajar de firme en su propio provecho haciéndola pasar por su mujer: «Sólo prestaba sus favores a un precio muy elevado, pues ahora tenía un marido y unas apariencias que guardar. En connivencia con ella, Estéfano practicaba el chantaje en cuanto pescaba a algún extranjero ingenuo y rico: lo secuestraba como adúltero y le sacaba de mala manera una fuerte suma de dinero.» (Id., 41). Esta edificante historia proporciona una imagen de la vida ateniense algo diferente de la que evocan las esculturas del Partenón o los diálogos de Platón, aunque sin duda tan real como estas últimas.

No obstante, la gran masa de la población del Ática vivía en el campo y permanecía al margen tanto de la vida política como de los juegos del gimnasio o de los desenfrenos posteriores al banquete. Evidentemente, el teatro de Aristófanes es el que nos proporciona más indicaciones sobre esta vida de los campos del Ática. Sin temor a equivocarnos, podemos tomar como válida tal descripción aún para el siglo IV, pues las condiciones de vida de los campesinos debieron de cambiar muy poco. Una vida dura, sin lugar a dudas, aún teniendo en cuenta que las heridas dejadas por la guerra del Peloponeso fueron restañadas con cierta rapidez. Una vida en la que no se está fuera del alcance ni de una mala cosecha, ni de un invierno particularmente duro o de un verano excesivamente seco, en la que, a costa de grandes esfuerzos, se extrae lo justo para sobrevivir y para reunir algunas monedas que permitan comprar en el mercado aperos, harina o calzado. Pero una vida que ofrece también algunos alicientes sencillos como el de la salida del sol, tenderse a la sombra de un árbol un día de calor o divertirse con los compañeros de demo en las fiestas en honor del Dionisos rústico. Es en estas ocasiones

cuando se come carne asada en vez de la ordinaria torta o de la papilla de cereales, cuando uno puede gastar alegres bromas entremezcladas con cantos y bailes detrás de la procesión del *fallos*. Después, todo es amargo y hay que volver al duro trabajo cotidiano, pero el recuerdo de tales fiestas hace que éste sea más llevadero.

Escena del Gineceo (Pixis con figuras rojas. Museo del Louvre).





Escena de un banquete.

Sin embargo, las festividades religiosas no marcan las únicas pausas en la vida de los campesinos del Ática. A veces, si el problema a debatir es particularmente importante, van a la ciudad para reunirse en la Pnix. Entonces hay que levantarse muy temprano. En *Las asambleístas,* el coro evoca esta partida de los campesinos al despuntar el alba: «Marchemos a la Asamblea, varones, que el tesmoteta ha dicho en tono de amenaza que al que no llegue muy temprano, en pleno crepúsculo, cubierto de polvo, satisfecho con su sopa de salmuera y ajo, con mirada de salsa picante, no le dará el trióbolo (...) En cuanto cojamos el vale, ved de que juntos nos sentemos, para que, levantando la mano, votemos todo cuanto sea menester que nuestras amigas..., aunque, ¿qué estoy diciendo?, «amigos» debiera de llamarles yo. Ved de empujar fuera a éstos que llegan de la ciudad, cuantos antaño, cuando por venir un óbolo sólo había que recibir, sentados se estaban en el mercado de coronas charlando, ahora, en cambio, excesivo barullo están armando. Mas no, cuando el noble Mirónides era comandante, nadie se hubiera atrevido a administrar los asuntos de la ciudad cobrando plata.

Por el contrario, cada uno hubiera venido trayendo de beber en un odrecito, y, a la vez, un pan para sí mismo y dos cebollas y tres aceitunas. Ahora, en cambio, un trióbolo procuran coger cuando a cabo llevan pública gestión.» (v. 289-309).

La venta de algún excedente puede ser también el pretexto para ir a la ciudad.

Pero el campesino teme siempre ser «timado» por el ciudadano, más hábil que él mismo, y desea volver a su tierra y a la tranquila vida de su pueblo. Se explica que una guerra como la del Peloponeso, al obligarlos a vivir dentro de los muros de Atenas, fuera para ellos una prueba particularmente penosa, y que en el siglo IV defendieran una política pacifista. La guerra no les importaba en cuanto que, progresivamente, iba convirtiéndose en un oficio, al igual que ocurría con la política. No queda lejos el día en que un campesinado cada vez más empobrecido dejará de tener peso en las decisiones de la ciudad.



Mármol griego (Museo Nacional, Atenas.)

LA OBRA DE LICURGO

Sin embargo, algunos todavía aspiraban a devolver a Atenas su tradicional fisonomía.

A ello se entregaría Licurgo, uno de los oradores del partido anti-macedonia. Licurgo fue nombrado hacia el año 335 para el puesto de «encargado de la administración financiera», función nueva pero que, al igual que ocurría en época de Eúbulo con el encargado del teórico, confería al que la detentara poderes excepcionales. Licurgo pertenecía a esa vieja aristocracia ateniense que, a partir del siglo v, se había visto despojada lentamente de sus antiguas prerrogativas políticas. Había sido discípulo de Platón y de Isócrates, y parece que, como este último, soñaba con una vuelta al pasado

sobre una clase estable de campesinos-soldados. No se conocen con exactitud los medios a través de los que logró sacar a flote la economía de la ciudad, pero los ingresos anuales de Atenas se elevaron pronto a mil doscientos talentos. Suele repetirse alegremente que contaba con la «confianza» de los ricos, lo que para nosotros no quiere decir gran cosa. Todo lo más, puede admitirse que la paz interior y el desinterés de Atenas por la política exterior (no participa ni del sobresalto que sacude al mundo griego con el anuncio de la muerte de Filipo ni en el levantamiento de Agis, el rey de Esparta, en el año 331) favorecieron una cierta reactivación de la actividad minera (entre los años 350330, las listas de los paletas contienen el mayor número de nombres) y de los intercambios comerciales que, si bien no aceptan directamente como hemos visto a los ciudadanos, sí reportaban beneficios reales a la ciudad a través de multas y de tasas de índole diversa.

El equilibrio del presupuesto puede explicarse también por una restricción de los gastos. No se trataba de una supresión de los mistoi, que constituían la base misma del régimen democrático. Y además, el mantenimiento de un cierto equilibrio social después de la agitación desarrollada con posterioridad a Queronea implicaba la restauración del teórico, suprimido por orden de Demóstenes. Pero lo esencial de las cargas, en el período precedente, radicaba en los gastos militares y, sobre todo, en los comportados por la manutención de ejércitos de mercenarios. Durante largo tiempo se ha atribuido a Licurgo la reorganización de la efebía, que nos da a conocer la *Atenaion Politeia,* y cuyo objeto había sido el de volver a formar un ejército cívico. Se ha demostrado recientemente que tal reorganización es anterior y que se remonta sin duda al final de los años sesenta del siglo. Pero debió surtir efecto en los años posteriores a Queronea, de los que disponemos de una documentación relativamente importante. Todos los jóvenes atenienses, una vez inscritos en las listas de los demos, debían servir dos años como efebos. Estaban agrupados por tribus, bajo el mando de un sofronista que recibía cuatro óbolos por hombre y día para la alimentación y manutención de su tropa. Encabezando el conjunto de los efebos se encontraba el cosmeta, directamente elegido por la asamblea. Los efebos servían durante un año en El Pireo, en las ciudadelas de Muniquia y de Acté. Después el segundo año, mantenían guarnición en las fronteras del Ática. La reorganización de la efebía ponía por tanto a disposición de Atenas un ejército permanente encargado de asegurar la defensa del territorio. Estamos evidentemente muy lejos de la Atenas de Pericles, encerrada dentro de sus muros y dueña de los mares. En lo sucesivo, la defensa del suelo del Ática se haría prioritaria y traduciría el nuevo equilibrio entre las fuerzas sociales y políticas de la ciudad.

Atenas, sin embargo, no renunciaba a mantener una flota. Se necesitaban naves para escoltar a los barcos comerciales. Y, sobre todo, hemos de sospechar que, a pesar de la situación que reina en ese instante, no habían desaparecido completamente las ilusiones hegemónicas. Los inventarios de la marina atestiguan que, hacia el año 330, Atenas contaba en sus diques con un número apreciable de naves de guerra. Sin embargo, es plausible pensar que muchas de ellas no estaban equipadas. Cuando la flota ateniense se enfrente con la macedonia en el año 332 no se encontrará en condiciones de soportar el choque.

De igual manera, es costumbre relacionar la obra de Licurgo con una tentativa de

restauración de los antiguos cultos y festividades religiosas. En Atenas, en efecto, el siglo IV se caracterizó por un claro retroceso de los cultos cívicos. Las fiestas en honor de Atenea, la diosa tutelar de Atenas, continuaban celebrándose brillantemente cada cuatro años. Bien es verdad que para dar mayor esplendor a las fiestas en honor de Dionisos, se había sustituido el antiguo teatro de madera donde tenían lugar las representaciones por uno de piedra, cuyos restos pueden verse todavía al pie de la acrópolis. Pero los atenienses se sentían cada vez más atraídos por los cultos orientales que, a través de los comerciantes, se iban introduciendo en la ciudad. El propio Licurgo, quizá con el deseo de ganarse las simpatías de los extranjeros habitantes en El Pireo, autorizó a los mercaderes de Kitión, en la isla de Chipre, a elevar un santuario dedicado a Afrodita, al igual que hizo con los mercaderes egipcios, que introdujeron en El Pireo el culto de Isis. Pero por la misma necesidad existente de hacer tales concesiones, también se hacía preciso devolver su esplendor a los cultos cívicos, que evidentemente habían padecido el ocaso del Imperio. Por ello, Licurgo se afanó en reconstituir el tesoro de Atenea pidiendo ofrendas a los particulares. Al mismo tiempo, recomenzaron los trabajos del santuario de Zeus Olímpico, mientras que en Eleusis comenzaban los de un nuevo *telesterion**. Si Demóstenes se quejaba a mediados de siglo de que las edificaciones privadas eclipsaban por su majestuosidad a las públicas, el período de Licurgo parece comportar una renovada afluencia de ofrendas de los ciudadanos más ricos para los santuarios.

Sin embargo, se puede dudar de que todo ello contribuyera a resucitar la grandeza de Atenas. De hecho, Licurgo trataba desesperadamente de restaurar la Atenas tradicional en un contexto que, desde tiempos de Solón, como hemos visto, había evolucionado considerablemente. A este respecto, su tentativa se asemeja a la que, aproximadamente a la vez, llevaba a cabo el corintio Timoleón en Siracusa. Y si en ambos casos los resultados fueron indiscutibles, se inscribían sin embargo en un contexto que era su negación misma. De ahí, en Atenas como en Siracusa, su carácter efímero.

LA CRISIS DE LOS AÑOS 330-326

En el año 330 se abre una crisis que no tardaría en reducir a la nada los resultados obtenidos. La crisis tiene en principio un aspecto económico. En el periodo comprendido entre los años 330 y 326, Atenas conoce un alza de los precios de los comestibles y —ya hemos aludido a ello— de escasez de trigo. A pesar de la generosidad de algunos príncipes del. Bósforo, faltaron en Atenas trigo y cebada. Los especuladores se aprovecharon de ello y elevaron artificialmente los precios, agravando la situación de los más pobres. Por ello, fueron concedidos honores particularmente importantes a los metecos que favorecieran el avituallamiento de la ciudad. Pero estas medidas constituyeron un paliativo que resultó insuficiente, y es lógico por tanto, pensar que la agitación subsistió en Atenas durante estos confusos años. Y más en cuanto que las pasiones políticas, apaciguadas durante cierto tiempo, volvieron a despertar. Un tal Ctesifonte propuso después de Queronea que le fuera concedida a Demóstenes una

corona de oro en recompensa por los servicios prestados a la ciudad. Esquines atacó su propuesta como ilegal con el pretexto de que Demóstenes, a la sazón magistrado, no podía ser coronado con anterioridad a su rendición de cuentas. En el año 330, hacia el fin del verano, Esquines relanzó su acusación contra Ctesifonte. Para ambos adversarios fue la oportunidad de tirarse a la cabeza los argumentos machacados durante más de diez años. Demóstenes hizo del *Discurso sobre la corona* una vibrante defensa de su política, siendo absuelto por el tribunal, que condenó por su parte a Esquines a una fuerte multa.

Pero el éxito de Demóstenes, que era una especie de aprobación por parte del demos de la política antimacedonia, iba a estar seguido muy pronto por la eliminación de Licurgo. En el año 326 no fue reelegido para el puesto de encargado de la administración financiera, y Mnesecmos, su sucesor, incoó un proceso de rendición de cuentas contra él. Licurgo fue absuelto y murió poco después. Cabe preguntarse por las razones de su no reelección: ¿Tenía una significación política? ¿Cuál podía ser ésta? ¿Significaba una vuelta a la política belicista, o por el contrario constituía el triunfo en Atenas de los hombres del partido macedonio a los que Licurgo siempre se opuso? Efectivamente, este partido macedonio cobró más fuerza después de la victoria de Filipo; los informes de Demóstenes y de Hiperides citan por su nombre a algunos de sus principales representantes. Entre éstos se contaban hombres como Demado, que negoció la paz después de Queronea, orador vulgar que ni siquiera trataba de esconder su venalidad y que a partir del año 326 poseyó un cargo oficial; Esquines fue otro de sus hombres, al menos hasta su condena después del proceso sobre la corona; también, aunque más discretamente, Foción, que aunque se diera a conocer en la guerra contra Filipo, aconsejó muy pronto a sus compatriotas la entente con el macedonio. Después de Queronea, y siguiendo las directrices del Areópago, se le habían confiado poderes excepcionales. Se unió sin embargo a las propuestas de Filipo defendidas por Demado y propuso a los atenienses su adhesión a la liga de Corinto. Después de la muerte de Filipo, les aconsejó permanecer al margen de la agitación que sacudía al resto de Grecia. Según Plutarco, Foción habría dicho a un Demóstenes dispuesto a defender a los tebanos amenazados por Alejandro: «¿Acaso deseas extender el gran incendio que existe en tierras vecinas a nuestra ciudad? Por lo que a mí respecta, aun cuando los atenienses estén dispuestos a perderse, no lo toleraré; por eso acepté el cargo de estratego.» Adquirió gran ascendencia respecto a Filipo, quien no le escatimó honores. Pero —al menos esto cuenta la tradición— Foción no quiso de ningún modo aparecer como un vulgar asalariado del rey; de hecho, rechazó en múltiples ocasiones los suntuosos regalos con que éste lo colmaba. Se distinguió en esto de la multitud de partidarios del macedonio, hombres dispuestos a venderse y que Demóstenes pudo fustigar sin demasiado esfuerzo.

EL EPISODIO DE HARPALO

En cualquier caso, es indiscutible que, con excepción de Foción, reelegido estratego en varias ocasiones, estos hombres no ocuparon cargos importantes en la ciudad, dominada todavía por los oradores del partido antimacedonio. Pero a partir del año 326 iban a reaparecer sobre la escena con ocasión de lo que se ha dado en llamar el asunto de Harpalo. Este es un episodio extremadamente oscuro y que siempre incomodaría a los administradores de Demóstenes. Harpalo era el tesorero de Alejandro. En el año 329, momento en que la escasez alcanzó en Atenas caracteres particularmente graves, condujo a El Pireo un barco de cereales, ganándose de esta forma la gratitud de los atenienses que le concedieron, a título honorífico, el estatus de ciudadano. Ahora bien, en el año 325 llega a Atenas con treinta navíos, seis mil soldados y cinco mil talentos de oro robados a Alejandro. Una vez en Atenas, pidió asilo como ciudadano con objeto de preservarse contra las iras de su antiguo señor. Después, habría propuesto a determinados dirigentes atenienses la utilización de su oro y de sus tropas para una eventual guerra de desquite. ¿Fue favorablemente acogida su propuesta? Es difícil contestar. En cualquier caso, Harpalo se quedó a vivir en Atenas con la cortesana Pitiónique, rodeado de amigos más o menos mantenidos a su costa, uno de los cuales fue el escultor Caricles, yerno de Foción. Sin embargo, las intrigas de Harpalo inquietaron a Alejandro. ¿Acaso se le detuvo por orden de este último? Lo ignoramos. Pero consiguió huir a Creta donde encontró la muerte. Después de su huida, parte del oro que había traído a Atenas y que había sido embargado y depositado en el Partenón no fue encontrado. Se incoó un proceso a todos los allegados al tesorero de Alejandro y entre ellos a Demóstenes, acusado de haber malversado parte de los fondos y de haber recibido regalos personales. Demóstenes pidió que fuera el Areópago el encargado de llevar a cabo el proceso. El tribunal supremo condenó a los acusados. Demóstenes tuvo entonces que comparecer ante un tribunal ordinario que lo condenó a una multa de cincuenta talentos, después de un vehemente informe de Hiperides que lo acusó de haber roto por codicia su amistad, de haberse convertido en la vergüenza de todos los que antaño habían sido sus partidarios. Incapaz de pagar la multa, lo que invalida en parte los reproches de sus adversarios, Demóstenes se vio obligado a tomar el camino del exilio. En principio se refugió en Egina, y más tarde en Trecena. Todos estos sucesos se desarrollaron en un lapso de tiempo muy corto, a lo largo del año 324 y durante los primeros meses del 323. Alejandro estaba a la sazón en el punto más alto de su poderío. Señor del mundo oriental, faraón de Egipto, hombre predestinado que exigía la más fiel obediencia a sus sometidos, quiso perfilar su obra haciéndose adorar como un dios por los helenos. A tal efecto, envió a las olimpíadas del año 324 a uno de sus embajadores, Nicanor de Estagira, para transmitir a los griegos la voluntad del rey de los macedonios, hegemón de los helenos, que declaraba que le fueran rendidos honores divinos. Alejandro, además, resucitando las preocupaciones que ya animaron a su padre Filipo en tiempos de la firma del pacto de Corinto, exigió de las ciudades griegas que favorecieran la vuelta de los desterrados. Tal medida era de extrema gravedad para los griegos en general y para Atenas en particular, pues aceptar el decreto de Alejandro suponía la

pérdida de la isla de Samos, donde Atenas había instalado un gobierno democrático a su disposición y, sobre todo, a la de los clerucas.

Asimismo, el combate en la ekklesia fue particularmente violento. Algunos oradores se pronunciaron por el rechazo puro y simple de las propuestas de Alejandro, con el riesgo de afrontar la eventualidad de una guerra. Demóstenes, que había representado a Atenas en Olimpia —un poco antes de que estallara el episodio de Harpalo- aconsejó ceder en el punto que le parecía secundario, o sea la introducción de Alejandro en el panteón griego, para poder resistir mejor en lo más grave: la llamada a los desterrados y la pérdida de Samos. Poco después, Demóstenes fue condenado, sin que Hiperides dejara de reprocharle su moderación con respecto al macedonio. Pero el asunto suscitó en Atenas una violenta agitación que subsistía todavía cuando en julio del año 323 llegó la noticia de la muerte de Alejandro. Plutarco, en su *Vida de Poción,* relata la exaltación que se apoderó entonces de los atenienses. Si el rey no existía, todo era ya posible. Foción trató de calmar los ánimos. Pero cabe pensar que su amistad con Alejandro lo hizo sospechoso. Sin embargo, Atenas no se encontraba apenas en condiciones de enfrentarse a las tropas que el macedonio había dejado en Europa bajo el mando de Antípatro. Pero ni Hiperides ni menos aún el estratego Leóstenes estaban resueltos a dejar pasar semejante ocasión. Mientras Hiperides se empeñó en constituir una coalición en torno a Atenas, Leóstenes reclutaba en el cabo Tenaro un ejército de mercenarios. Todos los hombres menores de cuarenta años fueron movilizados y una flota de doscientos cuarenta barcos fue equipada y enviada a los Estrechos. Por último, se decretó la amnistía en Atenas, lo que permitió volver a Demóstenes para participar en el combate postrero.

LA GUERRA LAMIACA Y EL FIN DE LA DEMOCRACIA ATENIENSE

Las principales operaciones se desarrollaron en torno a Lamia, donde Leóstenes había obligado a encerrarse a Antípatro. Pero el estratego ateniense encontraría la muerte cuando, tras un largo asedio, se decidió a pasar al asalto. Aprovechando el desconcierto que la muerte de su general produjo en los asaltantes, Antipatro consiguió salir de la ciudad y unirse a los ejércitos de Leonnatos, el sátrapa de Frigia, y de Cráteros. El ejército macedonio, con más de cincuenta mil hombres, se dirigió hacia Tesalia. La batalla decisiva tuvo lugar en setiembre del año 332 en Crannon. La coalición griega tardó en replegarse, y, mientras las defecciones se multiplicaban en sus filas, fueron iniciadas negociaciones tendentes a la paz.

Mientras que tales sucesos tenían lugar en Tesalia, la flota ateniense, derrotada una primera vez en las cercanías de Abidos, se encontraba prácticamente deshecha como resultado de un enfrentamiento habido en el verano del año 322 a la altura de Amorgos.

Sólo quedaba por tanto, a través de negociaciones, evitar lo peor, o sea, la entrada de Antipatro en Atenas. Se votó un decreto propuesto por Demades mediante el que se decidió el envío de una embajada a parlamentar con Antípatro, a la sazón en Tebas. Foción se encargó de ella y volvió a Atenas con las siguientes propuestas del embajador macedonio: Atenas recibiría a una guarnición macedonia, pagaría los gastos de la guerra y

una fuerte multa, perdería definitivamente Oropos, en la frontera beocia, y Samos. Además, Demóstenes e Hiperides serían entregados al enemigo. Los atenienses se vieron obligados a aceptar tales condiciones y fue enviada una nueva embajada al macedonio. Plutarco nos ha legado un relato que resalta el interés de esta segunda embajada: «Poción regresó otra vez a Tebas con otros embajadores, habiendo sido elegido para ponerse al frente de ellos el filósofo Jenócrates (que desde el año 339 dirigía la Academia de Platón: nota autor). Porque era tal su dignidad, su opinión y su fama de virtud entre todos, que se tenía por cierto que no podía haber tanta insolencia, tanta crueldad y tanto encono en el corazón humano, que con sólo ver a Jenócrates no se convirtiera en respeto y estimación hacia él; pero sucedió lo contrario, por la barbarie y perversidad de Antípatro. Empezó por no saludar siquiera a Jenócrates, habiendo abrazado a los demás, acerca de lo cual se refiere haber dicho aquél que hacía muy bien Antipatro en desairarle a él solo, cuando meditaba tratar tan injustamente a la república. Después, habiéndose puesto a hablar, no le dejó, sino que, oponiéndosele y mostrándose disgustado, le obligó a callar. Habiendo hablado Foción, respondió que habría amistad y alianza con los atenienses, entregando a Demóstenes e Hiperides; gobernándose por las leyes patrias según el catastro; recibiendo guarnición en Muniquia y pagando, por fin, los gastos de la guerra y una multa. Los demás embajadores aceptaron como humano el tratado, a excepción de Jenócrates, pues dijo que para esclavos los había tratado muy bien Antípatro, pero para hombres libres de un modo muy duro. Reclamó y rogó Foción sobre el artículo de la guarnición, pero se dice haber respondido Antípatro: 'Nosotros, oh Foción, queremos dispensarte todo favor, menos en aquello que ha de ser para tu perdición y la nuestra.'» (*Vida de Foción,* 27.) Esta última frase es reveladora de la agitación y de los conflictos que a la sazón reinaban en Atenas. De hecho, sólo protegido por la guarnición macedonia encabezada por su amigo Menilo, fue como el viejo estratega consiguió que se aprobara el decreto que reservaba la plena ciudadanía a los únicos que poseyeran una fortuna cifrada al menos en dos mil dracmas. Según Plutarco, así fueron degradados doce mil atenienses. Diodoro da una cifra algo diferente, pues de los treinta mil ciudadanos con que a la sazón contaba Atenas, sólo nueve mil habrían conservado el favor de la politeia. Entre los ciudadanos desposeídos, un cierto número emigraron a Tracia. Los otros permanecieron en Atenas «en situación lamentable y humillante». Porque para estos miserables, la pérdida de la plena ciudadanía significaba también la pérdida de las ventajas materiales ligadas a la condición de ciudadano. De esta forma, acabó por estar justificada la asimilación efectuada por Demóstenes e Hiperides de los promacedonios con los adversarios de la democracia. El temor a una subversión popular que no había hecho sino crecer desde el año 330 arrojó a los moderados al partido macedonia y los llevó a aceptar un régimen oligárquico que en lo sucesivo se basaría —esto hay que constatarlo— en el único criterio de la fortuna, viniera ésta de no importa dónde. Aunque ahora, como en el año 411, se colocara bajo el patrocinio de la constitución de los antepasados, la sociedad que exigió el decreto de Antípatro fue una sociedad muy diferente de la de la Atenas clásica.

La historia de Atenas no finaliza con el establecimiento de una guarnición macedonia en El Pireo. En los años posteriores a la victoria de Antípatro, los atenienses, aprovechando los conflictos entre los propios generales de Alejandro, consiguieron

restablecer la democracia, si bien es verdad que sin deshacerse de la guarnición de Muniquia. Cuando después del año 280 se repartió casi por completo el imperio de Alejandro, los atenienses supieron jugar con los conflictos suscitados entre los soberanos helénicos para extraer de ellos ciertas ventajas materiales. En el siglo II, la benevolencia del rey de Pérgamo permitió a la ciudad cubrirse de grandiosos monumentos. Pero la vida política sólo era un simulacro, y los decretos tomados por la ekklesia a propuesta de la bulé, en la forma tradicional, no eran más que decisiones sin mayor alcance. El Pireo fue progresivamente abandonado por los barcos y mercaderes en favor de Rodas, de Alejandría, o, posteriormente, de Delos. Las masas empobrecidas vegetaban dentro de su miseria, mientras que una «burguesía» acomodada participaba de los «favores» reales. Todavía llegaban de toda Grecia a iniciarse en Eleusis. También llegaban para oír las lecciones de los grandes maestros que enseñaban en la Academia platónica o en el Liceo, en el Pórtico de Zenón o en los jardines de Epicuro. Pero Atenas había dejado de ser una potencia política, y únicamente el esplendor de su pasada civilización le permitió no caer aún en el olvido. Después de la conquista romana, Atenas continuará interpretando su papel de escuela de Grecia y del mundo civilizado. A la ciudad de Pericles, el futuro emperador Juliano irá en el siglo IV de nuestra era a iniciarse en la filosofía pagana, de la que sería su último defensor frente al triunfante cristianismo.



LA HERENCIA DE ATENAS

Los atenienses sólo jugaron un papel de primer orden durante dos siglos. Pero la civilización a cuyo nacimiento contribuyeron tendría una larga y brillante prosperidad, una civilización "que, si bien no se confunde completamente con la griega general, fue su expresión más radiante.

Se ha dicho y repetido que esta civilización era en principio una civilización del hombre. Para apoyar tal afirmación se citan las grandes obras de arte y los escritos de los filósofos que ilustraron la vida ateniense del siglo IV; también se recurre a los autores trágicos tanto como a ese admirable testimonio de la vida cotidiana de Atenas que fue Aristófanes. En realidad, tales pruebas de la grandeza de la ciudad no deben inducirnos al engaño. Junto a este mundo de luz y claridad subsistió siempre otro de sombras y violencia; aparentar ignorarlo equivaldría a desconocer la realidad ateniense. La religión que impregnaba todos los aspectos de la vida cotidiana no tenía ese aspecto refinado que parece expresar el célebre friso de las Panateneas. Las festividades agrarias conservaban en plena época clásica cierto \carácter primitivo y mágico, herencia de un pasado lejano. La túnica negra que revestía a los efebos del siglo IV, como ha demostrado P. Vidal-Naquet, conservaba el recuerdo de los primitivos ritos de iniciación. También entre la filigrana de esas obras que parecen expresar el mayor grado de cultura al que jamás haya llegado el espíritu humano es posible encontrar numerosas huellas aún vivas de un cierto «pensamiento salvaje».

No es menos cierto, sin embargo, que los atenienses, sobre todo durante los dos siglos en los que ejercieron su hegemonía sobre el mundo egeo, elaboraron una civilización que hoy podemos leer como una civilización del hombre. Y si jamás consideraron a ese hombre —salvo casos excepcionales— de otra manera que no fuera como un elemento de la naturaleza, de la *physis,* si frente a los hombres de hoy jamás pensaron en hacerse dueños de esa naturaleza, soñaron al menos con someterla a ciertas leyes, a *nomoi.*

De ahí proceden a la vez la unidad y la diversidad de la civilización ateniense. En el ámbito artístico, Antenor puede señalar el comienzo de una lista de grandes nombres que le dieron lustre. Este, contemporáneo de los Pisistrátidas y de los primeros años de la democracia ateniense, introdujo en la escultura la armonía geométrica, de forma que su arte ha podido ser calificado de isonómico *(Clisthéne l'Athénien,* p. 89). Esta misma armonía, en la que el *nomos** introduce a un orden perfecto, vuelve a encontrarse en el siglo siguiente en las esculturas de Fidias, en la arquitectura y, singularmente, en las realizaciones de la acrópolis, cuyas obras dirigió. Y no hay que sorprenderse de que cuando los sofistas afirmen la relatividad del nomos y la superioridad de la naturaleza, aún cuando fuera desordenada, aparezcan nuevas formas en el arte ateniense, más atormentadas, que triunfarán en el siglo siguiente, mientras que la sensualidad religiosa de Praxíteles creará un tipo femenino cuyo modelo fue quizá la cortesana Friné y que se impondrá al mundo romano. Tal evolución de la sensibilidad ateniense se encuentra también en todos los ámbitos de la civilización y de la cultura. La pintura, al menos tal

como la conocemos bajo el género menor de la cerámica decorada, sigue una evolución paralela a la de la escultura. El teatro de Esquilo, impregnado aún de los mitos primitivos, anuncia ya el equilibrio que triunfará con Sófocles, el amigo de Pericles, mientras que Eurípides expresa los desgarros y los conflictos de finales del siglo V a través de su obra, que constituye uno de los testimonios más vivos de lo que fue la cultura ateniense y que puede confrontarse con la de su contemporáneo, el historiador Tucídides, testigo lúcido y desgarrado del ocaso de un mundo. En e! siglo IV, la historia se hace crónica o se pone al servicio de los hombres políticos para justificar las pretensiones hegemónicas de la ciudad. El teatro pierde su valor de testimonio a la vez político y religioso para convertirse en diversión. Pero entonces toma el relevo la reflexión filosófica. El magisterio de Sócrates abre el camino a una nueva andadura que se refiere conjuntamente al hombre y a la ciudad. Frente a los desórdenes del siglo, se trata de volver a crear un orden eterno e inmutable que sólo puede ser elaborado por el espíritu, el *nous**, sin referencia al mundo sensible. En torno a Platón, y posteriormente a Aristóteles, se forman las escuelas filosóficas que atraen a Atenas a los jóvenes ávidos de ciencia. El problema político late en lo más profundo de sus debates, puesto que no conciben al hombre de otra manera que no sea un «animal político».

Y quizá sea ésta la palabra clave de la civilización ateniense. Los atenienses, sobre todo, fueron ciudadanos, y ello constituyó la grandeza de su propia ciudad. Poco importa que tales ciudadanos fueran una mínima parte, quizá un décimo, de la población del Ática. El problema del carácter esclavista de la sociedad ateniense es un falso problema en torno al que se han enfrentado generaciones de historiadores, y debe ser descartado de una vez por todas. Es verdad que entre los treinta mil ciudadanos con que contaba Atenas a comienzos del siglo IV eran muchos los que ejercían un trabajo manual, en el campo o en el taller. Pero no es menos cierto que una gran parte de la actividad económica de la ciudad, bien en el campo, en las minas o en las canteras del puerto y de la ciudad, reposaba en el trabajo de millares de esclavos, que quizá estuvieran mejor tratados que en otros sitios pero que estaban excluidos de la comunidad de los ciudadanos. Y esta comunidad es la que constituía la ciudad; al margen de ella permanecían los extranjeros libres y a la vez privilegiados en cuanto que no era posible prescindir de su presencia. Formar parte integrante de ella significaba que se estaba dispuesto a defenderla, pero también que se tenía la esperanza de compartir sus frutos. Y para ello, era importante que el grupo de los ciudadanos permaneciera cerrado, lo que por supuesto no impidió que, en el seno del grupo, surgieran antagonismos que acabarían por hacerlo estallar. Esta situación explica el carácter esencialmente *político* de toda la civilización ateniense. El teatro, el arte, la filosofía, están impregnados de ese carácter, y en ninguna otra época de la historia ha existido una vida intelectual más «comprometida» que en la Atenas de los siglos V y IV. El apoliticismo era inconcebible en cuanto que significaba renunciar a la esencia misma del ateniense, su pertenencia al cuerpo político, a la ciudad. Con seguridad, no nos engañemos, había atenienses que, rendidos por su trabajo agrícola, se desinteresaban de los debates desarrollados en la ekklesia. Otros, sobre todo en el siglo IV, preferían atender sus asuntos privados antes que los del mundo griego. Pero el número de los que se encontraban cotidianamente en contacto con las realidades políticas era proporcionalmente considerable. Ello se tradujo

en la primacía de lo político dentro de todos los ámbitos del pensamiento.

Creo que a esto se debe la sensibilidad del hombre actual, al igual que habían sido sensibles los que a través de los siglos encontraron en la democracia ateniense el modelo para oponerse a cualquier tiranía o forma de opresión. La libertad y la igualdad, tan caras a los atenienses, de las que hicieron el símbolo de su politeía, serían la consigna de todos los partidarios de derribar al absolutismo monárquico o la opresión extranjera. Sabemos el prestigio que tuvo Atenas entre los hombres que hicieron la revolución francesa. El siglo XIX, que vio triunfar en Europa la revolución democrática burguesa, fue también el que conoció el mayor desarrollo de los estudios atenienses. Y por hablar exclusivamente de Francia, aún en las primeras décadas del siglo XX, Clemenceau pudo identificarse con Demóstenes, mientras que el historiador Glotz hablaba del «socialismo» de Pericles. Pero precisamente el desarrollo de los movimientos socialistas comportaría un golpe muy duro para la «democracia» ateniense. Mientras que con el fin de seguir defendiendo a Atenas, los historiadores liberales se las ingeniaban para demostrar que el esclavismo sólo conoció un mínimo desarrollo, los socialistas (F. Engels fue el primero de ellos) denunciaban el carácter parasitario y opresor de la democracia ateniense, confluyendo de manera curiosa en una misma crítica de la Atenas de Pericles y de Demóstenes con los partidarios de los regímenes autoritarios.

En los años setenta del presente siglo, cuando se hunde un mundo que algunos creían inmutable, cuando la cultura «burguesa» se ve contestada por una juventud rebelde de uno a otro confín, cabría preguntarse si aún puede concederse alguna importancia a los atenienses y si su historia puede todavía aportarnos alguna enseñanza. Quizá la respuesta no sea posible. Pero lo cierto es que la civilización nacida hace dos mil quinientos años a orillas del mar Egeo supo elaborar en menos de dos siglos un pensamiento crítico y político cuyas resonancias se han prolongado hasta nosotros, y que los atenienses tienen su puesto en la historia de los hombres que construirán el mañana.



GLOSARIO

Areópago: Nombre de una colina de Atenas dedicada al dios Ares y, por extensión, nombre del tribunal con sede en esta colina. Formado en la época clásica por antiguos arcontes.

Ágora: Plaza pública en las ciudades griegas. Originalmente fue el lugar donde se reunía la asamblea de los ciudadanos. En la época clásica, se convierte frecuentemente en lugar de mercado, alrededor del que se instalan los puestos.

Anfictionía: Asociación de delegados encargados de la administración de un santuario.

Arconte: El término designa al supremo magistrado de la ciudad. En Atenas hubo en principio tres, y posteriormente nueve. En la época clásica, sus funciones fueron básicamente judiciales.

Bulé: Es el consejo, órgano principal de la democracia ateniense, formado de quinientos miembros elegidos por sorteo.

Buleuta: Miembro de la *bulé.*

Buleuterion: Edificio donde tienen lugar las sesiones de la *bulé.*

Coregía: Cargo consistente para un ateniense rico en equiparar y adiestrar a un coro para las fiestas de Dionisos.

Crematística: Arte de ganar dinero.

Cleruquía: Este nombre designa en el siglo V a las guarniciones más o menos permanentes de soldados atenienses que, instalados en territorio enemigo o bárbaro, reciben un *cleros,* lote de tierra a título de retribución. En el siglo IV, algunas de esas cleruquias llegaron a convertirse en colonias permanentes.

Demo: El demo es una circunscripción territorial. El desglose del territorio del Ática en demos reagrupados en el interior de tritias es obra de Clístenes. El demo posee sus propias asambleas, sus magistrados, sus festividades religiosas. En él efectúan los atenienses su aprendizaje de la vida política.

Demos: Término que designa en los textos oficiales al conjunto de los ciudadanos atenienses. En el lenguaje político, se emplea para designar a la masa en oposición a los ricos o a los aristócratas.

Diké: Proceso judicial sobre un asunto privado.

Dokimasía: Examen previo al que se sometía a un magistrado antes de la toma de posesión de su cargo.

Dracma: Unidad monetaria. Una dracma equivale a seis óbolos. Ekklesia: Asamblea general de todos los ciudadanos de Atenas.

Eisangelía: Proceso incoado a cualquiera que hubiera atentado contra los intereses de la ciudad.

Eisforá: Impuesto extraordinario recaudado en tiempo de guerra.

Efebía: En la época clásica, servicio militar de dos años de duración al que estaba obligado todo joven ateniense.

Eforo: Magistrado espartano cuyo colegio de cinco miembros era elegido anualmente.

Epístata: Presidente de una asamblea o de un colegio de magistrados. Episcopoi: Inspectores.

Estátero: Unidad monetaria. En Atenas, el estátero de plata vale cuatro dracmas.

Estratego: Magistrado supremo, particularmente encargado de la dirección de las operaciones militares.

Estratiotika: Presupuesto destinado a cubrir los gastos militares.

Fratría: Asociación religiosa que agrupa alrededor de un *genos* a los partidarios de aquélla *(orgeones).*

Fisis: La naturaleza, opuesta con frecuencia al *nomos,* a la ley.

Genos (plur. Gene): Es la familia en sentido amplio. Parece ser que en Atenas, el término fue empleado solamente para designar a las grandes familias aristocráticas.

Grafé: Proceso judicial sobre un asunto público.

Hegemón: Jefe militar de una coalición. Atenas es el *hegemón* de la liga de Delos; Hipo, el de la liga de Corinto.

Helieo: Tribunal popular de Atenas, compuesto por sorteo y del que cualquier ateniense podía formar parte.

Hetería: Agrupación de camaradas. En principio, grupos aristocráticos. Después, en la época clásica, facción política.

Hippeis: Caballeros. En la legislación de Solón, el término designa a los ciudadanos de la segunda clase censataria.

Hoplita: Soldado de infantería armado pesadamente.

Ilotas: Término que designa a los habitantes dependientes en Laconia y en Mesenia. A los ojos de los atenienses, los ilotas eran un tipo particular de esclavos.

Kaloi-Kagatoi: Los «bellos y buenos», es decir, la gente «bien», los de buena familia y buena educación.

Meteco: «El que vive al lado», o sea, el extranjero autorizado a vivir en la ciudad, sin formar parte de ella completamente.

Mina: Unidad de medida monetaria. Equivale a cien dracmas.

Mistos: Salario.

Nomos: Ley.

Nomoteta: Magistrado designado excepcionalmente para efectuar una revisión de las leyes. A partir del siglo IV, el colegio cíe los nomotetas fue permanente.

Nous: Espíritu.

Óbolo: La moneda de menos valor. Hay seis óbolos en una dracma.

Oligarcas: Partidarios de un régimen político en el que la autoridad, la *arqué,* debía estar en manos de un pequeño número de personas *(oligoi).*

Ostrakoforía: Sistema de votación mediante el que cada ateniense escribe sobre una teja *(ostrakon) el* nombre del que desea ver alejado durante algún tiempo de la ciudad.

Panoplia: Conjunto de armas del hoplita: coraza, escudo, casco, graba, lanza y espada.

Pentacosiomedimnos: Los que recolectan más de quinientas medidas de cereal. A partir de Solón, el término designa a los atenienses de la primera clase censataria.

Polemarco: Uno de los nueve arcontes. Hasta las guerras médicas, es comandante en jefe del ejército ateniense. Después, sus funciones puramente judiciales le hacen presidir el tribunal ante el que comparecen los extranjeros.

Poletas: Magistrados encargados en Atenas de la venta y adjudicación de los bienes públicos.

Polis: Término específico que designa al estado griego en la época clásica. La *polis* comprende generalmente una ciudad y su territorio. Pero el término tiene un sentido muy rico y matizado del que sólo puede darnos una idea la expresión Ciudad-Estado.

Politeia: El conjunto de leyes y de instituciones que componen la constitución de una ciudad, incluido también el derecho de esa ciudad.

Probuleuma: Proyecto elaborado por la *bulé* y sometido al voto de la *ekklesia*.

Prítanis: Los prítanis son los cincuenta buleutas de la tribu que ejerce la pritanía durante una décima parte del año, esto es, la presidencia de la *bulé*. El orden en el que las diez tribus del Ática ejercen sucesivamente la pritanía es sorteado cada año.

Psefisma: Decreto.

Seisacteia: Abolición de cargas. De aquí proviene la abolición de las deudas por Solón.

Sinmaquía: Alianza de carácter básicamente militar.

Sinedrión: Asamblea federal.

Sintaxeis: Contribuciones.

Talento: Equivale a seis mil dracmas.

Tamias: Tesorero.

Telesterion: Sala de las iniciaciones en Eleusis.

Tesmotetas: Colegio de seis arcontes, encargados en principio de la redacción de las leyes y, posteriormente, de salvaguardarlas.

Tetes: Los que nada poseen y forman parte de la última clase censataria.

Trierarco: Ateniense rico escogido para equipar una trirreme; que posteriormente dirigirá.

Tritia: Subdivisión territorial. Una tribu agrupa a tres tritias. La de la costa, la de la ciudad y la del interior.

Tiranía: Término asignado por los escritores griegos a la autoridad absoluta ejercida en la ciudad por un individuo llegado al poder mediante la fuerza y al margen del marco de las instituciones legales.

Zeugita: Los que poseen un tiro de caballos. A partir de Solón, el término designa a los ciudadanos de la tercera clase censataria.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía acerca de la historia de Atenas es considerable y no se trata aquí de recordarla de una manera exhaustiva. Por lo tanto, nos limitaremos a proporcionar los títulos más recientes y, excepcionalmente, las obras que hayan aportado elementos nuevos en la apreciación de lo que fue la civilización de Atenas.

Atenas es el centro de *todas las historias generales de la Grecia antigua:*

— G. Glotz, *Histoire grecque,* 4 vol., París, PUF, 1936 s. Los hechos económicos están desarrollados básicamente en el tomo II, *La Gréce au V siècle;*

— A. Aymard, J. Auboyer, *L'Orient et la Grèce,* tomo I de L' Histoire générale des civilisations publicada bajo la dirección de M. Crouzet (1ª ed., Paris, PUF, 1953) que resalta sobre todo los hechos de civilización; [Trad. cast.: *Historia general de las civilizaciones: Oriente y Grecia antigua,* Ed. Destino, Barcelona 1958.1

— P. Lévêque, *L' Aventure grecque,* París, A. Colin, 1964, síntesis rápida y brillante [Trad. cast.: *La aventura griega,* Ed. Labor, Barcelona 1968.]

— y, para el período clásico en conjunto: E. Will, *Le Monde grec et l'Orient,* t. I, *Le V siécle,* París, PUF, 1973 (notable por la riqueza de sus análisis); E. Will, C. Mossé, P. Goukowski, *Le Monde grec et L'Orient* T. II, *Le IV siècle et l'Epoque hellénistique,* París, PUF, 1975 (la puesta al día más reciente para el final del período). Sobre la época arcaica, la obra más sugestiva sigue siendo la de P. Lévéque y P. Vidal-Naquet, *Clisthène l'Athénien,* París, 1964.

Para la evolución de las instituciones, C. Hignett, A *History of the Athenian Constitution,* Oxford, 1958, y mi libro *Institutions politiques grecques,* París, A. Colin, coll. U2, 1967.

Sobre Solón, existe una considerable bibliografía: nos limitaremos a citar la ponencia aportada por E. Will a la *Deuxième Conférence internationale d'histoire économique* (Aix-en-Provence, 1962), *Actes,* t. I, París, Mouton, 1964, p. 59 s.

Sobre Pisístrato, cf. el capítulo IV de mi libro titulado *Tyrannie dans la Grèce antique,* París, PUF, 1969, así como el conjunto de textos reunidos por J. Delorme en *La Gréce primitive et archaique,* Paris, A. Colin, coll. U2, 1969, p. 249 s.

Para la época arcaica, por último, pueden leerse algunas páginas particularmente sugestivas de M. I. Finley, *Early Greece, The Brome and Archaic Ages,* Londres, 1970 (trad. francesa, *Les Premiers Temps de la Gréce, l'Age de bronze et l'Epoque archaïque,* París, Maspero, 1973). [Trad. cast.: *Los Imperios del Antiguo Oriente. III: la primera mitad del primer milenio,* en «Historia Universal» Siglo XXI, Madrid 1971, Vol. 4, Cap. 7, Págs. 255-305].

Sobre el período clásico, el de la mayor expansión de Atenas, las obras abundan. Una de las más recientes y agradables de leer es la de V. Ehrenberg, *From Solon to Socrates, Greek History and Civilization during the 6th and 5th centuries b. c.,* Londres, 1968. Del mismo autor, *The People of Aristophanes. A sociology of* Attic Comedy*,* Oxford, 1951. Puede también consultarse la obra colectiva *Athènes au temps de Périclès,* coll. «Ages d'or et realités», París,

1964.

La guerra del Peloponeso es un momento esencial de la historia de Atenas, y nada puede sustituir a la lectura de Tucídides para apreciar su importancia. La edición dirigida por J. de Romilly en la colección de las Universités de France es completa. Trad. cast. cit. al principio del libro sobre los sucesos desarrollados a la sazón en Atenas, en particular sobre las revoluciones oligárquicas, puede leerse con interés, por el análisis de la ideología de éstas, el libro de A. Fucks, *The Ancestral Constitution. Four Studies in Athenian Party Politics at the End of the 5th Century b.c.,* Londres 1953, y también leer para entretenimiento el panfleto publicado bajo el seudónimo de Junius por J. Isaac, *Les Oligarques, essai d'histoire partiale,* París, ed. de Minuit, 1944.

Para el siglo IV disponemos de la documentación más abundante, tanto por lo que respecta a las instituciones como a la vida económica. Para el establecimiento e interpretación de esa documentación, cf. mi libro titulado *Fin de la Démocratie athénienne,* París, PUF, 1962. Algunas conclusiones siguen siendo válidas, mientras que otras tienen que ser seriamente matizadas, en particular por lo que respecta a la «crisis» económica del siglo IV. Cf. en último lugar, C. Mossé, *The Ancien World al Work,* Londres, Chatto et Windus, 1969, y el volumen II de *Le Monde grec et l'Orient,* citado *supra.*

Sobre los problemas de la tierra y de sus formas de propiedad, la obra fundamental sigue siendo la de M. I. Finley, *Horoi, Studies in Land and Credit in Ancient Athens* (500-200 b.c.), New Brunswick, 1952. Sobre las minas, R. J. Hopper, «The Attic Silver Mines in the fourth Century b.c.», *Annual of the British School at Athens,* 48, 1953, p. 200-254. «The Laureion Mines: a Reconsideration», *id.,* 1968, p. 293-325.

Sobre el comercio, hay que consultar la siempre interesante obra de J. Hasebroeck, *Trade and Politics in Ancient Greece,* 1933, así como el artículo de L. Gernet, «Sur les actions commerciales en droit grec», *Droit et societé dans la Gréce ancienne,* París, 1955. El librito de F. Vannier, *Le IV siécle,* París, A. Colín, coll. U2, 1967, ofrece una abundante selección de textos sobre el período, al igual que el de M, Austin y P. Vidal-Naquet, *Economies et Societés en Grèce ancienne,* París, A. Colin, coll. U2, 1972. Sobre los problemas económicos en general y su función en la vida ateniense es preciso leer la importante obra de M. I. Finley, *Ancient Economy,* Londres, 1973 (trad. franc., *L'Economie antique,* París, ed. de Minuit, 1975). [Trad. cast.: *La economía de la antigüedad,* Ed. F.C.E., Méjico 1974]. El siglo IV es también la época de expansión de la democracia. Pero también cuando sufre los ataques más violentos por parte de sus adversarios y se enfrenta a las mayores dificultades. Desde ópticas diferentes, dos obras publicadas recientemente han tratado de establecer tales dificultades, a fin de discernir si eran o no inherentes al sistema democrático: M. I. Finley, *Democracy Ancient and Modern,* Londres 1973 (trad. franc., *Démocratie antique et Démocratie moderne,* Paris, Payot, 1976) [Trad. cast.: *Vieja y nueva democracia,* Ed. Ariel, Barcelona 1979] y J. de Romilly, *Problèmes de la démocratie grecque,* París, 1975. [Trad. cast.: *Los fundamentos de la democracia,* Ed. Cupsa, Madrid, 1977].

Los diversos aspectos del pensamiento religioso, jurídico y político griegos, y singularmente ateniense, han sido descubiertos por los sagaces análisis de L. Gernet, *Anthropologie de la Grèce antique,* París, Maspero, 1968, y por los trabajos del equipo dirigido por J.-P. Vernant, entre los que citaremos:

— J.P. Vernant, *Mythe et Pensée chez les Grecs,* París, Maspero, 1965 [Trad. cast.:

Mito y pensamiento en la Grecia antigua, Ed. Ariel, Barcelona 1973]. *Mythe et Societé en Grèce ancienne,* París, Maspero, 1974;

— J.P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mythe et Tragèdie en Grèce ancienne,* París, Maspero, 1972;

M. Detienne y J.P. Vernant, *Les Ruses de l'intelligence, la Métis des Grecs,* París, Flammarion, 1974.

Por último, sobre e1 arte, debe consultarse el bello libro de J. Charbonneaux, R. Martin, F. Villard, *Grèce classique,* «L'univers del formes», París, 1969, [Trad. cast.: Ed. Aguilar, Madrid, 1969], y para el conocimiento de la ciudad de Atenas, la guía publicada por la Escuela americana de Atenas, *The Athenian Agora. A Guide to the Excavations and Museum,* 2ª Ed., 1962.